Dónde aterrizar

Cómo orientarse en política

Bruno Latour

taurus



Dónde aterrizar

Cómo orientarse en política

Bruno Latour

taurus

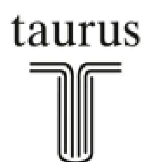
Bruno Latour

Dónde aterrizar

Cómo orientarse en política

Traducción de Pablo Cuartas

taurus



SÍGUENOS EN

megustaleer

 @megustaleer

 @taurus editorial

 @megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Ya hemos leído suficientes libros.[1]

JARED KUSHNER

1

Este ensayo se propone aprovechar la elección de Donald Trump, el 11 de noviembre de 2016, para relacionar tres fenómenos que algunos comentaristas ya han identificado, pero cuyos vínculos no siempre advierten —lo que equivale a no ver la inmensa energía política que podría derivarse de su asociación—.

A comienzos de los años noventa, justo después de la «victoria contra el comunismo», simbolizada por la caída del Muro de Berlín, en el mismo momento en que algunos creían que el curso de la historia había terminado, [2] empieza subrepticiamente otra historia.

Una historia marcada, ante todo, por lo que se ha dado en llamar «desregulación», que otorga a la palabra «globalización» un sentido cada vez más peyorativo. Pero dicha historia señala también, en todos los países simultáneamente, el inicio de una explosión cada vez más vertiginosa de las desigualdades. Por último, y aunque sea lo menos señalado, comienza en esta época la empresa de negar de forma sistemática la existencia de la mutación climática («clima» se toma aquí en el sentido general de las relaciones de los humanos con sus condiciones materiales de existencia).

Este ensayo, pues, propone percibir esos tres fenómenos como síntomas de una misma situación histórica. Todo parece indicar que una buena parte de las clases dirigentes (lo que hoy se llama, de forma muy imprecisa, las «élites») ha llegado a la conclusión de que ya no hay suficiente espacio en la tierra para ellas y para el resto de sus habitantes.

Por consiguiente, las élites han terminado por considerar inútil la idea de que la historia se dirige a un horizonte común donde «todos los hombres» podremos prosperar de igual manera. Desde los años ochenta, las clases dirigentes ya no pretenden dirigir, sino ponerse a salvo fuera del mundo. De esa fuga, de la que Donald Trump es apenas un síntoma entre muchos, todos

sufrimos las consecuencias, enajenados como estamos por la ausencia de un mundo común que compartir.

La hipótesis es que las posiciones políticas asumidas desde hace cincuenta años nos resultan incomprensibles si no se concede un lugar central a la cuestión del clima y su negación. Sin la idea de que hemos entrado en un «nuevo régimen climático»,[3] no se pueden comprender la explosión de las desigualdades, el alcance de las desregulaciones ni la crítica de la mundialización, ni, sobre todo, el pavor que da origen al anhelo de regresar a las antiguas protecciones del Estado nacional —lo que muy injustificadamente se viene llamando el «ascenso del populismo»—.

Para resistir a esta pérdida de orientación común, será necesario «aterrizar» en alguna parte. De ahí la importancia de saber cómo orientarse. Y, en consecuencia, de trazar algo así como un mapa de las posiciones impuestas por este nuevo paisaje en el que se redefinen no solamente los afectos de la vida pública, sino también lo que está en juego.

Las reflexiones que siguen, escritas en un estilo voluntariamente abrupto, intentan explorar si pueden canalizarse algunas emociones políticas hacia nuevos objetos.

El autor, carente de cualquier autoridad en ciencias políticas, solo puede ofrecer a los lectores la oportunidad de poner esta hipótesis en tela de juicio y buscar otras mejores.

2

Hay que agradecer a los votantes de Donald Trump que contribuyeran a sacar a la luz estas cuestiones, impulsándolo a retirarse, el 1 de junio de 2017, del acuerdo de París sobre el clima.

No lo lograron ni el activismo de millones de ecologistas, ni las alertas de miles de científicos, ni la acción de centenares de industriales, ni siquiera el papa Francisco ha podido llamar la atención sobre el tema.[4] En cambio, Trump lo ha conseguido: ahora todo el mundo sabe que la cuestión climática está en el corazón de todos los retos geopolíticos y directamente vinculada al problema de la injusticia y la desigualdad.[5]

Al retirarse del acuerdo, Trump desencadenó por fin, explícitamente, si no una guerra mundial, por lo menos una guerra sobre la concreción del teatro de operaciones: «Nosotros los estadounidenses no pertenecemos a la misma Tierra que vosotros. ¡La vuestra puede estar amenazada, la nuestra jamás lo estará!».

Esta actitud revela cuáles son las consecuencias políticas, muy pronto militares, y en todo caso existenciales, de lo que había anunciado Bush padre en 1992, en Río de Janeiro: «¡Nuestro modo de vida no es negociable!». Ahora, por lo menos, las cosas están claras: ya no existe el ideal de un mundo compartido por lo que, hasta ahora, se llamaba «Occidente».

Primer acontecimiento histórico: el Brexit. El país que inventó el espacio indefinido del mercado, tanto en el mar como en tierra; el que conminó sin descanso a la Unión Europea a no ser simplemente una vasta *boutique*… Ese mismo país, ante la irrupción de unas cuantas decenas de miles de refugiados, decide, por un impulso, no seguir jugando a la mundialización. En busca de un imperio desaparecido desde hace mucho tiempo, está

intentado desprenderse de Europa a costa de dificultades cada vez más inextricables.

Segundo acontecimiento histórico: la elección de Trump. El país que había impuesto al mundo su particular mundialización, y con qué violencia; el país que se había fundado en la emigración, eliminando a sus primeros habitantes, le confía su destino a quien promete aislarlo como una fortaleza, no dejar entrar refugiados, no participar en ninguna causa fuera de su suelo, al tiempo que sigue interviniendo en todas partes con la misma descarada torpeza.

Este nuevo interés por las fronteras en quienes habían abogado por su desmantelamiento sistemático sella el fin de una manera de concebir la mundialización. Dos de los principales países del antiguo «mundo libre» les dicen a los demás: «¡Nuestra historia ya no tiene nada que ver con la vuestra; idos al diablo!».

Tercer acontecimiento histórico: el retorno, la extensión, la amplificación de las migraciones. Al mismo tiempo que cada país se resiente de las múltiples amenazas de la mundialización, muchos tienen que organizarse para acoger en su suelo a millones de personas —¡algunos dicen decenas de millones!—[6] que la acción acumulada de las guerras, los fracasos del desarrollo económico y la mutación climática lanza a la búsqueda de un territorio habitable para ellos y para sus hijos.

¿Puede afirmarse que se trata de un viejo problema? No, porque esos tres fenómenos son aspectos diferentes de una misma y única metamorfosis: *la noción misma de suelo está cambiando de naturaleza.* El suelo soñado de la mundialización comienza a desaparecer. Ahí está toda la novedad de lo que, púdicamente, se llama la «crisis migratoria».

Si la angustia es tan profunda es porque empezamos a sentir que el suelo desaparece bajo nuestros pies. Porque estamos descubriendo, con relativa claridad, que todos estamos en migración hacia territorios por redescubrir y por reocupar.

Y esto es así en razón de un cuarto acontecimiento histórico, el más importante y el menos discutido: el 12 de diciembre de 2015, en París, durante el acuerdo sobre el clima: la cumbre COP21.

Para medir el verdadero impacto de la cumbre lo importante no es tanto lo que todos los delegados han decidido, ni siquiera el hecho de que ese acuerdo sea o no aplicado (los negacionistas harán lo que sea para

destrozarlo). No, lo importante es que ese día todos los países firmantes, al mismo tiempo que aplaudían el éxito de un acuerdo improbable, comprendieron con horror que si llevaran a cabo sus respectivos planes de modernización, no habría un planeta compatible con sus expectativas de desarrollo.[7] Necesitarían varios planetas, pero solo tienen uno.

Ahora bien, si no hay un planeta, tierra, suelo o territorio que pueda albergar al Globo de la globalización, hacia el cual todos los países pretendían dirigirse, entonces nadie tiene, como suele decirse, un *chez soi*(1) garantizado.

Así, cada uno de nosotros se encuentra ante la siguiente pregunta: «¿Debemos alimentar sueños de fuga o buscar un territorio habitable para nosotros y para nuestros hijos?».

En otras palabras, o bien negamos la existencia del problema, o bien buscamos dónde aterrizar. Es esto lo que nos divide a todos, mucho más que la adhesión a la derecha o a la izquierda.

Y esto vale tanto para los antiguos habitantes de los países ricos como para los futuros. Para los primeros, porque deberán comprender que no hay planeta propicio para la mundialización y que se verán obligados a cambiar la totalidad de su modo de vida; para los segundos, porque tendrán que abandonar su antiguo suelo devastado y aprender, a su vez, a cambiar su modo de vida.

Dicho de otra manera, asistimos a la generalización de la crisis migratoria.

A los migrantes venidos del exterior, que tienen que cruzar fronteras al precio de inmensas tragedias para abandonar su país, hay que sumar desde ahora a los migrantes del interior que sufren, permaneciendo en el mismo lugar, el drama de verse abandonados por su país. Lo que hace difícil pensar sobre la crisis migratoria es que esta es el síntoma desgarrador, en mayor o menor grado, de una prueba común para todos: encontrarse privados de tierra.

Esta prueba es lo que explica cierta indiferencia ante la urgencia de la situación, y permite entender por qué todos somos «quietistas climáticos» cuando confiamos en que, sin hacer nada, «todo acabará por solucionarse…». Es inevitable preguntarse por el efecto en nuestra mentalidad de las noticias diarias sobre el estado del planeta. ¿Cómo no

sentirse interiormente destruido por la ansiedad de no saber cómo enfrentar la situación?

Esta inquietud, a la vez personal y colectiva, es la que hace cobrar tanta importancia a la elección de Trump, sin la cual no sería más que el guion de una mediocre serie de televisión. Estados Unidos tenía dos opciones: al darse cuenta del alcance del cambio y la magnitud de su responsabilidad, podía, al fin, ser realista y llevar al «mundo libre» fuera del abismo. O, por el contrario, podía profundizar más en la negación. Quienes se ocultan detrás de Trump han decidido retrasar el aterrizaje y prolongar el sueño de América unos cuantos años más, lo que termina por arrastrar a los otros países al abismo —tal vez de manera definitiva—.

3

Hasta ahora, los países que habían decidido «modernizar» el planeta no se habían planteado esta pregunta. La pregunta se la hacían, y con cuánto dolor, aquellos que sufrían, desde hacía cuatro siglos, el impacto de los «grandes descubrimientos», de los imperios, la modernización, el desarrollo y, por último, la globalización. Ellos saben perfectamente qué significa verse privado de su tierra, e incluso ser expulsado de ella. A fuerza de vivir ambas experiencias se volvieron expertos en sobrevivir a la conquista, al exterminio y al despojo de su suelo.

La gran novedad para los pueblos modernizadores es que, a partir de ahora, esta pregunta se dirige tanto a ellos como a los demás. Quizá es menos sangriento, menos brutal, menos detectable, pero se trata de un ataque extremadamente violento para arrebatarles el territorio a quienes, hasta el momento, poseían un suelo —la mayoría de las veces porque se lo habían robado a los otros en el transcurso de las guerras de conquista—.

Esto agrega un sentido imprevisto al término «poscolonial», como si hubiera un parentesco entre dos sentimientos de pérdida: «Perdisteis nuestro territorio? ¿os lo robamos nosotros? Sabed que ahora nosotros también lo estamos perdiendo…». Entonces, curiosamente, a falta de una fraternidad que sería indecente, aparece algo así como un vínculo nuevo que desplaza el conflicto clásico: «¿Cómo hicisteis para resistir y sobrevivir? Sería bueno que nosotros también aprendiéramos de vosotros».[8] Preguntas seguidas de una respuesta irónica, expresada al principio en sordina: «Bienvenidos al club».

En otras palabras, la impresión de vértigo, casi de pánico, que atraviesa toda la política contemporánea, viene de que el suelo de pronto está cediendo bajo los pies de todo el mundo, como si cada uno se sintiera atacado desde todas partes en sus costumbres y en sus bienes.

El lector habrá notado que las emociones no son las mismas cuando le piden defender la naturaleza —en ese caso bosteza de tedio— o defender su territorio —entonces, en cambio, se moviliza de inmediato—.

Si la naturaleza se ha convertido en territorio, ya no tiene sentido hablar de «crisis ecológica», de «problemas de medio ambiente», de «biosfera» por recuperar, por reparar, por proteger. Se trata de algo mucho más vital, existencial —y también mucho más comprensible por ser mucho más directo—. Cuando alguien tira de la alfombra, se comprende de inmediato que debe preocuparse por el suelo…

Lo que nos están arrancando tiene que ver con el arraigo, los modos de vida, el suelo y las propiedades que vemos derrumbarse. Y esta inquietud mortifica a todo el mundo por igual: a los antiguos colonizadores y a los antiguos colonizados. ¡No! Les produce mucho más pánico a los antiguos colonizadores, menos acostumbrados a esta situación. Lo cierto es que todos se encuentran frente a una carencia universal de espacio que compartir y de tierra habitable.

Pero ¿de dónde viene el pánico? De ese profundo sentimiento de injusticia que tuvieron quienes fueron despojados de su tierra durante las conquistas. Luego, en la colonización y, por último, en la era del «desarrollo»: una potencia venida de otra parte había ido a privarlos de su territorio sin que los nativos tuvieran sobre ella ningún control. Si eso es la mundialización, entonces se puede entender, retrospectivamente, por qué resistirse a ella ha sido siempre la única solución y por qué los colonizados han tenido siempre razón al defenderse.

Esta es la nueva manera de experimentar la universal condición humana, una universalidad, es cierto, completamente perversa (*a wicked universality*), pero la única que tenemos a disposición. La anterior, la de la globalización, parece alejarse del horizonte. La nueva universalidad consiste en sentir que el suelo se está desintegrando.

¿No basta con esa universalidad para entenderse y prevenir guerras futuras por la apropiación del espacio? Probablemente no, pero es nuestra única salida: descubrir entre todos qué territorio es habitable y con quién compartirlo.

La otra rama de la alternativa consiste en hacer como si nada y prolongar, protegiéndose detrás de una muralla, el sueño americano, sueño del que ya sabemos que nueve o diez mil millones de humanos no disfrutarán…

Migraciones, explosión de las desigualdades y nuevo régimen climático son, entonces, la misma amenaza. La mayoría de nuestros conciudadanos subestiman o niegan lo que le está sucediendo a la tierra, pero entienden perfectamente que el problema de los migrantes pone en peligro el sueño de una identidad protegida.

Por el momento, bien estimulada, bien trabajada por los partidos llamados «populistas», dicha mayoría solo toma en cuenta una de las dimensiones de la mutación ecológica: esta última empuja a cruzar fronteras a las personas que ellas no quieren recibir. De ahí su respuesta: «Levantemos fronteras estancas y así nos libraremos de ser invadidos».

Ahora bien, tales partidos no han experimentado plenamente la otra dimensión de la mutación: el nuevo régimen climático arrasa todas las fronteras desde hace tiempo y nos expone a los cuatro vientos, sin que podamos construir muros contra esos nuevos invasores.

En efecto, si queremos defender nuestras pertenencias, tendremos que identificar también estas migraciones sin forma ni nación que se llaman clima, erosión, contaminación, agotamiento de los recursos, destrucción de los hábitats. Ni siquiera sellar las fronteras a los refugiados bípedos podrá evitar que aquellos otros las traspasen.

¿Entonces ya nadie está *chez soi*?

No, en efecto. Ni la soberanía de los estados, ni la impermeabilidad de las fronteras podrán llegar a sustituir la función de la política.

«¿Entones todo está abierto, habrá que vivir fuera, sin ninguna protección, a merced de los cuatro vientos, mezclados con todo el mundo, peleándose por todo, sin garantías, trasladándose sin cesar, habrá que perder toda identidad, todo confort? ¿Quién puede vivir así?». Nadie, es cierto, ni un pájaro, ni una célula, ni un migrante, ni un capitalista. Incluso Diógenes tuvo derecho a un tonel; un nómada a su carpa; un refugiado a su asilo.

No hay que creer un ápice a quienes predican la llamada del mar abierto, el afrontar riesgos y abandonar todas las protecciones mientras siguen apuntando con el dedo al horizonte infinito de la modernización para todos. Esos fariseos solo aceptan riesgos cuando su confort está garantizado. En lugar de escuchar lo que dicen de dientes para fuera, hay que mirar más bien lo que llevan a la espalda: se verá entonces brillar el paracaídas dorado, cuidadosamente plegado, que los asegura contra todos los azares de la existencia.

El derecho más elemental es sentirse aliviado y protegido, sobre todo en momentos en que las antiguas protecciones están en vía de desaparición.

He ahí el sentido de la historia que está por descubrirse: ¿cómo rehacer los bordes, los revestimientos, las protecciones, cómo recuperar un punto de apoyo teniendo en cuenta, a la vez, el fin de la mundialización, la dimensión de las migraciones y los límites de la soberanía de los estados frente a las mutaciones climáticas?

Sobre todo, ¿cómo tranquilizar a quienes no ven otra salvación a no ser una identidad nacional o étnica —siempre recién inventada—? Y, por último, ¿cómo organizar una vida colectiva en torno al gran desafío de acompañar a millones de extranjeros en la búsqueda de un suelo perdurable?

La cuestión política consiste en tranquilizar y albergar a todas las personas obligadas a desplazarse, desviándolas, al mismo tiempo, de la falsa protección de las identidades y de las fronteras estancas.

Pero ¿cómo tranquilizar? ¿Cómo dar a todos los migrantes el sentimiento de estar protegidos sin apoyarse en una identidad de origen, de raza autóctona, de frontera estanca y de seguro a todo riesgo?

Para dar seguridad habría que realizar dos movimientos complementarios que la modernización había vuelto contradictorios; por una parte, aferrarse a un suelo; por otra, mundializarse. Hasta aquí, es cierto, tal operación se consideraba imposible: había que escoger. Es posible que sea a esa aparente contradicción a lo que la historia presente esté poniendo fin.

4

¿Qué significan, en el fondo, los estragos de la mundialización? Parecería que de ella es de donde viene todo el mal, que contra ella los pueblos se han rebelado de improviso, por un esfuerzo supremo de toma de conciencia que, según se dice, les ha abierto los ojos sobre los excesos de las élites.

Es momento de prestar atención a las palabras que utilizamos. En la palabra «globalizar» hay mucho contenido *globaladí*, es cierto, pero también está la palabra «globo» que tal vez debamos conservar. En «mundializar» está la bella palabra «mundo»: sería verdaderamente triste privarse de ella.

Desde hace cincuenta años, lo que llamamos «globalización» o «mundialización» designa, en realidad, dos fenómenos opuestos que sistemáticamente se han confundido.

Pasar de un punto de vista local a un punto de vista global o mundial debería significar que se multiplican los puntos de vista, que se toma en cuenta un número mayor de variedades, de seres, de culturas, de fenómenos, de organismos y de personas.

Ahora bien, parece que hoy se entiende por mundializar justo lo contrario de esa multiplicación. Esto quiere decir que una sola visión, absolutamente provinciana, propuesta por algunas personas que representan un número minúsculo de intereses, limitada a unos cuantos instrumentos de medida, a unos cuantos estándares y formularios, se nos ha impuesto a todos y se ha extendido por todas partes. No es sorprendente, entonces, que ya no sepamos si hay que entregarse a la mundialización o si, por el contrario, hay que luchar contra ella.

Si se trata de multiplicar los puntos de vista para volver más compleja toda mirada provinciana o cerrada con nuevas variantes, el combate vale la pena; si se trata de hacer que decrezcan el número de alternativas sobre la

existencia y el curso del mundo, sobre el valor de los bienes o las definiciones del Globo, se entiende que sea necesario resistir con todas las fuerzas a tal simplificación.

A fin de cuentas, parece que, cuanta más mundialización, más se limita la mirada. Cada uno de nosotros está dispuesto a renunciar a su pequeño pedazo de tierra, pero sin dejarse imponer la visión estrecha de otro pedazo de tierra por el mero hecho de venir de lejos.

Distingamos entonces, desde ahora, la mundialización-más y la mundialización-menos.

El proyecto de aterrizar en alguna parte se complica porque esta definición de mundialización entraña, en contrapunto, la invención del «reaccionario».

Desde hace tiempo, los partidarios de la mundialización-menos acusan de ser arcaicos y atrasados a quienes se resisten a su despliegue; de no pensar más allá de su pequeño terruño y de querer protegerse de todos los riesgos permaneciendo encerrados en su pequeño *chez soi.* (¡Ah! ese gusto por el gran mar abierto que predican los que están a salvo en todas partes adonde sus millas les permiten volar…)

Para mover a ese pueblo reacio, los globalizadores le implantaron la palanca de la modernización. Desde hace dos siglos, la flecha del tiempo permite situar, a un lado, a quienes van adelante —los modernizadores, los progresistas— y, al otro, a quienes se quedan atrás.

El grito de guerra «¡modernizaos!» no vehicula más que un solo contenido: toda resistencia a la mundialización será tachada de ilegítima. No hay nada que negociar con quienes desean permanecer atrás. Aquellos que se refugien al otro lado del irreversible frente de modernización quedarán descalificados de antemano.[9] No solamente están vencidos, sino que son también irracionales. *Vae victis!*

Apelar a este tipo de modernización define, por oposición, el gusto de lo local, el apego al suelo, la conservación de las tradiciones, la atención a la tierra. Ya no como un conjunto de sentimientos legítimos, sino como la expresión de una nostalgia hacia posiciones arcaicas y oscurantistas.

Apelar a la mundialización es tan ambiguo que vuelve ambiguo, contamina, lo que puede esperarse de lo local. Por esta razón, desde el comienzo de la modernización, el arraigo a cualquier suelo quedó estigmatizado como actitud reaccionaria.

Así como hay dos maneras completamente distintas de enfocar la mundialización y de consignar la variedad inherente al Globo, hay también al menos dos maneras, igualmente opuestas, de definir el apego a lo local.

Es ahí donde a las élites, que tanto se han aprovechado de las mundializaciones (tanto de la más como de la menos), les cuesta tanto entender qué preocupa a los que quieren ser sostenidos, protegidos, asegurados, tranquilizados por su provincia, su tradición, su suelo o su identidad. Los primeros los acusan entonces de prestar oídos a los cantos de sirena del populismo.

Rechazar la modernización es quizá un reflejo de temor, una falta de ambición, una pereza endémica, sí, pero, como bien apuntó Karl Polanyi, la sociedad siempre tiene razón en defenderse de los ataques.[10] Rechazar la modernización es también resistir con valentía a trocar la provincia de cada cual por otra —Wall Street, Pekín o Bruselas— aún más estrecha y, sobre todo, infinitamente alejada y por lo tanto indiferente a los intereses locales.

¿Es posible hacer entender a quienes les sigue entusiasmando la mundialización-menos que es normal, justo e imprescindible querer mantener, conservar y afirmar la pertenencia a una tierra, a un lugar, a un suelo, a una comunidad, a un espacio, a un ambiente, a un modo de vida, a un oficio, a un saber hacer? Precisamente para seguir siendo capaces de consignar más diferencias, más puntos de vista y, ante todo, para no empezar a reducir su número.

Sí, los reaccionarios confunden las mundializaciones, pero los progresistas se equivocan también acerca de lo que mantiene a aquellos apegados a sus usos y costumbres.

En ese sentido, conviene distinguir a lo local-menos de lo local-más, al igual que debe distinguirse la mundialización-menos de la mundialización-más. En el fondo, lo único que cuenta no es saber si alguien está a favor o en contra de la mundialización, a favor o en contra de lo local, sino comprobar si logra apropiarse, cuidar o simpatizar con el mayor número posible de alternativas de pertenecer al mundo.

Se dirá que es hilar demasiado fino e introducir divisiones artificiales para disimular mejor alguna vieja ideología de la sangre y el suelo (*Blut und Boden*). No obstante, hacer semejante objeción es olvidar el acontecimiento masivo que ha puesto en peligro el gran proyecto de modernización: de todas maneras, este último ha resultado ser imposible, pues no hay Tierra

capaz de contener su ideal de progreso, de emancipación y de desarrollo. [11] En consecuencia, son todas las pertenencias las que están en proceso de metamorfosis —pertenencia al globo, al mundo, a las provincias, a los terruños, al mercado mundial, a los suelos o a las tradiciones—.

Es necesario hacer frente a un problema que es, literalmente, de dimensión, de escala, de habitabilidad: el planeta es demasiado estrecho y limitado para el globo de la globalización, y demasiado grande, activo y complejo para ser contenido dentro de las fronteras estrechas y limitadas de cualquier localidad. Así, estamos rebasados por partida doble: por algo demasiado grande y por algo demasiado pequeño.

Y, como resultado, nadie tiene respuesta a la pregunta de cómo encontrar un suelo habitable. Ni los partidarios de la mundialización (de la más tanto como de la menos), ni los partidarios de lo local (del más tanto como del menos). Nadie sabe a dónde ir, cómo habitar ni con quién cohabitar. ¿Qué hacer para encontrar un lugar? ¿Cómo orientarnos?

5

Algo ha debido de suceder, un acontecimiento realmente formidable, para que el ideal de la mundialización haya cambiado tan rápido de signo. Para detectarlo, es necesario precisar la hipótesis de ciencia política —digamos mejor de política ficción— anunciada en la introducción.

Hay que suponer que, a partir de los años ochenta, cada vez más gente —activistas, científicos, artistas, economistas, intelectuales, partidos políticos— ha comprendido el aumento de los peligros inherentes a las relaciones, hasta ahora más bien estables, que la Tierra mantenía con los humanos.[12] A pesar de las dificultades, esta vanguardia logró acumular las evidencias necesarias para demostrar que eso no iba a durar, que también la Tierra terminaría por resistirse.

En otro tiempo, todo el mundo presentía que la cuestión de los límites tendría que plantearse, pero la decisión común, en todo caso en los modernos, había consistido en ignorarla con coraje mediante una extraña forma de desinhibición.[13] De suerte que pudimos seguir saqueando el suelo, hacer uso y abuso de él sin escuchar a los profetas de la desgracia, pues este en sí mismo se mantuvo más o menos tranquilo.

Sin embargo, poco a poco, bajo el suelo de la propiedad privada, del acaparamiento de tierras, de la explotación de los territorios, otro suelo, otra tierra, otro territorio comenzó a removerse, a temblar, a estremecerse. Una especie de terremoto, si se quiere, que advirtió a esos pioneros: «Tened cuidado, ya nada será como antes; vais a tener que pagar muy caro el regreso de la Tierra, el regreso de potencias hasta ahora dóciles».

Es aquí donde interviene la hipótesis de política ficción: esta amenaza, esta advertencia habría sido entendida a la perfección por otras élites, imaginarias, quizá menos lúcidas pero con grandes recursos e intereses y,

sobre todo, muy sensibles a la seguridad de su inmensa fortuna y a la permanencia de su bienestar.

Esas élites habrían entendido a la perfección que la advertencia iba en serio, pero no habrían concluido de esa evidencia, cada vez más indiscutible, que ellas serían las llamadas a pagar, y muy caro, el vuelco de la Tierra. De ese modo, serían lo bastante lúcidas para registrar la alerta, pero no lo suficiente para compartir públicamente sus consecuencias.

Por el contrario, las élites existentes parecen haber sacado dos conclusiones que dieron lugar a la elección de Ubú rey(2) en la Casa Blanca: «En primer lugar, sí, habrá que pagar caro ese vuelco, pero son los otros los que van a pagar los platos rotos, en ningún caso nosotros; en segundo lugar, vamos a negar la existencia misma de la verdad, cada vez más indiscutible, de un nuevo régimen climático».

Esas dos decisiones permiten establecer el vínculo entre lo que se llama, desde los años ochenta, la «desregulación» o el «desmantelamiento del Estado providencia», es decir, lo que desde comienzos del siglo XXI se conoce como el «negacionismo climático»[14] y, sobre todo, lo que desde hace cuarenta años se denomina «extensión vertiginosa de las desigualdades».[15]

Si nuestra hipótesis es correcta, todo esto participa del mismo fenómeno: las élites han estado tan persuadidas de que no habría vida futura para todo el mundo que decidieron desembarazarse, lo más rápido posible, de todos los lastres de la solidaridad: he ahí la desregulación. Que había que construir una especie de fortaleza dorada para el pequeño porcentaje que lograría estar a salvo: he ahí la explosión de las desigualdades. Y que, para disimular el egoísmo craso de esa fuga del mundo común, había que rechazar de plano su motivación original: he ahí la negación del cambio climático.

Retomemos la gastada metáfora del *Titanic*: las clases dirigentes están comprendiendo que el naufragio es inevitable; se adueñan de los botes salvavidas y le piden a la orquesta que siga tocando para disfrutar de la noche antes de que la agitación excesiva alerte a las otras clases.[16]

O, si se quiere, podemos pensar en un episodio ilustrativo aunque nada metafórico: a comienzos de los años noventa, la compañía ExxonMobil, con pleno conocimiento de la situación y tras haber publicado excelentes

artículos científicos sobre los peligros del cambio climático, decidió invertir masivamente en la extracción frenética de petróleo y en la campaña, también frenética, que negaba la existencia de tal amenaza.[17]

Esa gente —habrá que llamarla «élites oscurantistas»— ha entendido que, si querían sobrevivir cómodamente, había que dejar de simular que compartía la tierra con el resto del mundo. Esta hipótesis permitiría explicar cómo la mundialización-más se convirtió en la mundialización-menos.

Si hasta los años noventa podía asociarse modernización con progreso, emancipación, riqueza, confort, lujo y, sobre todo, racionalidad, la ferocidad de la desregulación, la explosión de las desigualdades y el abandono de la solidaridad, en cambio, han hecho de la modernización una decisión arbitraria tomada en favor de unos cuantos. El mejor de los mundos se convirtió en el peor.

Desde la borda, las clases inferiores ven alejarse cada vez más los botes salvavidas. La orquesta sigue tocando *Más cerca de ti, Dios mío*, pero la música ya no basta para cubrir los gritos de ira. Porque hay que hablar de ira si se quiere entender la reacción desafiante y de incomprensión contra tal abandono, contra semejante traición.

Si las élites sintieron en los años ochenta o noventa que la fiesta había terminado y que era necesario construir rápidamente urbanizaciones cerradas a cal y canto (*gated comunities*)[18] para no tener que compartir lo suyo con las masas —sobre todo con las masas de color que pronto comenzarían a deambular por el planeta porque habían sido expulsadas de sus territorios—, es de esperar que también los dejados-de-lado entendieran que, si la globalización se había ido al diablo, tenían que construir sus propias urbanizaciones cerradas.

La reacción de unos implica la reacción de otros; ambos reaccionan a una reacción, mucho más radical, que es la de la Tierra, la cual ha dejado de encajar los golpes y los devuelve cada vez con más violencia.

El engranaje solo parecería irracional si se olvidara que se trata de una misma y única reacción en cadena, cuyo origen debe buscarse en la reacción de la Tierra a nuestras iniciativas. Nosotros hemos comenzado: nosotros, el antiguo Occidente y, más precisamente, Europa. No hay nada que hacer: hay que aprender a vivir con las consecuencias de esos desencadenamientos.

La creciente desigualdad, la «ola de populismo» y la crisis migratoria deben ser asumidas como tres respuestas, comprensibles aunque ineficaces, ante la tremenda reacción del suelo a los estragos que la globalización le ha hecho padecer.

Ante la amenaza, parece haberse decidido no actuar sino huir. Los unos al exilio dorado del 1 por ciento —«¡Los más ricos deben ser protegidos antes que el resto!» —, otros, aferrándose a fronteras estancas —«¡Tened piedad, dejadnos al menos la certeza de una identidad estable!»—, y otros, por último, los más miserables, tomando la vía del exilio.

Si hacemos un balance, todos pertenecen a los «dejados-de-lado de la mundialización» (menos), que comienza a perder su poder de atracción.

6

En el curso de los últimos treinta o cuarenta años, las élites oscurantistas parecen haber tomado en serio la amenaza y haber concluido que su dominación estaba amenazada; parece que han decidido desmantelar la ideología de un planeta común para todos y haber comprendido que ese abandono no podía hacerse público, que había que actuar en secreto obliterando los conocimientos científicos que estaban en la raíz del movimiento.

La hipótesis parece inverosímil: la idea de negación remite demasiado a una interpretación psicoanalítica; se acerca en exceso a una teoría del complot.[19]

Sin embargo, es posible documentarla suponiendo razonablemente que la gente sospecha muy pronto que le ocultan información y actúa en consecuencia.

A falta de pruebas flagrantes, los efectos son palmarios. Por el momento, el más elocuente es el delirio epistemológico que se apoderó de la escena pública desde la elección de Trump.

La negación no es una situación cómoda. Negar es mentir fríamente y luego olvidar que uno mintió (y, pese a todo, recordar siempre la mentira). Es una actitud que menoscaba. Es posible imaginar lo que un nudo semejante produce en las personas: las vuelve locas.

La negación enloquece, ante todo, a ese «pueblo» que los comentaristas autorizados parecen descubrir de repente. Los periodistas se han apoderado de la idea de que el plebeyo se ha vuelto partidario de «hechos alternativos», hasta el punto de olvidar toda forma de racionalidad.

Ahora se acusa a la gente de complacerse en su visión estrecha, en sus miedos, en una desconfianza natural hacia las élites, en su deplorable indiferencia a la idea misma de verdad, y sobre todo en su pasión por la

identidad, el folclor, el arcaísmo y las fronteras. Añadiendo, para redondear, una culpable indiferencia ante los hechos.

De ahí el éxito de la expresión «realidad alternativa».

Pero esto equivale a olvidar que ese «pueblo» ha sido traicionado fríamente por quienes abandonaron la idea de realizar de verdad la modernización del planeta incluyendo a todo el mundo, porque supieron antes que los demás que tal modernización era imposible: falta, ni más ni menos, un planeta suficientemente vasto para sus sueños de crecimiento para todos.

Antes de acusar al «pueblo» de no creer en nada, hay que medir primero el efecto de esta descomunal traición: ha sido dejado a su suerte en un campo raso.

Sabemos de sobra que ningún conocimiento digno de ese nombre se mantiene por sí solo. Los hechos solo pueden ser robustos cuando existe una cultura común que los sostiene, instituciones confiables, una vida pública más o menos decente y medios de comunicación respetables.[20]

Y, sin embargo, se quiere que esa gente, a la que no se le ha dicho abiertamente (aunque lo presiente) que todos los esfuerzos de dos siglos de modernización están a punto de fracasar, que sus dirigentes han lanzado por la borda todos los ideales de solidaridad, se quiere que esa gente tenga, en los hechos científicos, la confianza que tenían Louis Pasteur o Marie Curie.

Pero el desastre epistemológico es igualmente grande entre los encargados de consumar dicha traición colosal.

Para convencerse de ello, basta con enterarse del caos que reina cada día en la Casa Blanca desde la llegada de Trump. ¿Cómo respetar los hechos mejor establecidos cuando se debe negar la enormidad de la amenaza y estar, sin decirlo, en una guerra mundial contra todos los demás? Es como vivir con el proverbial «elefante en la cacharrería» o con el rinoceronte de Ionesco. Nada más incómodo. Esos grandes animales roncan, cagan, barritan, te aplastan y te impiden alinear tres ideas. El Despacho Oval se ha convertido en un verdadero zoológico.

Y es que la negación envenena a quienes consuman el abandono como a los supuestamente engañados (veremos más adelante el engaño o la trampa tan particular del «trumpismo»).

La única diferencia, aunque es enorme, reside en que los multimillonarios, a los que Trump sirve de mediador, han añadido a su fuga

un crimen imposible de redimir: la negación obsesiva de las ciencias del clima. A ella se debe que la gente haya tenido que arreglárselas en medio de una bruma de desinformación, sin haberles dicho en ningún momento que la modernización había terminado y que el cambio de régimen era inevitable.

Si las personas del común ya tenían tendencia a desconfiar de todo, se las ha incitado, además, mediante la inversión de miles de millones de dólares en desinformación, a desconfiar también de un pequeño hecho masivo: la mutación climática,[21] si bien para evitarla a tiempo habría sido necesario dar crédito enseguida a la veracidad del hecho y así obligar a los políticos a actuar antes de que fuera demasiado tarde. Así, en caso de que el público encontrara la salida de emergencia, sería inútil dirigirse a ella: los escépticos climáticos se han puesto delante para cerrarle el paso. Cuando llegue el tiempo de juzgar, este es el crimen que habrá que incoar.[22]

No tenemos suficiente conciencia de que el negacionismo climático organiza toda la política del presente.[23]

A falta de esa conciencia, los periodistas hablan con gran ligereza de «posverdad». Sin embargo, lo que no señalan es por qué algunos siguen en política, aunque hayan abandonado voluntariamente una verdad que los horrorizaba —con razón—. Tampoco explican por qué las personas del común han decidido —también con razón— no creer en nada. En vista de las mentiras que les han hecho tragar, se entiende que desconfíen de todo y ya no quieran escuchar a nadie.

La reacción de los medios de comunicación prueba que la situación no es más alentadora —¡lástima!— entre quienes se precian de ser «mentes racionales», indignados por la indiferencia ante los hechos del rey Ubú, y condenando la estupidez de las masas ignorantes. Estos últimos siguen creyendo que los hechos se sostienen solos, sin mundo compartido, sin instituciones, sin vida pública, y que bastaría con llevar al pobre pueblo a un aula a la antigua, con tablero negro y tareas en el pupitre, para que al fin triunfe la razón.

También ellos han caído en las redes de la desinformación. Por ejemplo, no ven que no sirve de nada indignarse porque la gente cree en hechos alternativos cuando ellos viven, en efecto, en mundos alternativos.

La cuestión no es tanto cómo reparar los defectos del pensamiento, sino de qué modo compartir la misma cultura, cómo hacer frente a los retos de

un paisaje que podemos explorar colectivamente. Aquí nos encontramos de nuevo el vicio habitual de la epistemología, consistente en atribuir a los déficits intelectuales lo que es apenas un déficit de práctica común.

7

Si no se debe buscar la clave de la situación actual en una falta de inteligencia, conviene buscarla más bien en la forma de los territorios a los cuales dicha inteligencia se aplica. Pero ese es precisamente el cuello de botella: ahora existen varios territorios incompatibles entre sí.

Para simplificar, podemos suponer que, hasta ahora, los que aceptaban adherirse al proyecto de modernización eran guiados por un vector que iba de lo local a lo global.

Todo se movía hacia el Globo con G mayúscula, y ese Globo dibujaba el horizonte científico, económico y moral: el Globo de la mundialización-más. Era un referente al mismo tiempo espacial —la cartografía— y temporal —la flecha del tiempo lanzada hacia el futuro—. Ese Globo, que ha entusiasmado a generaciones enteras por ser sinónimo de riqueza, emancipación, conocimiento y acceso a una vida confortable, llevaba consigo una definición universal de lo humano.

¡Por fin el mar abierto! ¡Por fin salir de *chez soi*! ¡Por fin el universo infinito! Son muy pocos lo que no han sentido esa llamada. Imaginemos el entusiasmo que ha debido despertar en quienes se beneficiaron de tal apertura —sin sorprendernos por el horror que suscita en quienes han sido arrasados a su paso—.

Lo que era necesario abandonar para modernizarse era lo Local. También con mayúscula para no confundirlo con algún hábitat primordial, con alguna tierra ancestral, con el suelo del que surgen los autóctonos. No hay nada de aborigen, de nativo ni de primitivo en ese terruño reinventado después de que la modernización hiciera desaparecer viejos arraigos. Se llama Local por contraste: es un anti-Global.

Una vez identificados ambos polos, puede trazarse un frente pionero de modernización. Dicho frente nos preparaba para todos los sacrificios, por

ejemplo, abandonar nuestra provincia natal, dejar atrás las tradiciones y romper con nuestras costumbres si queríamos «avanzar», participar en el movimiento general de desarrollo y, a fin de cuentas, disfrutar del mundo.

Sin duda, estábamos divididos entre dos imposiciones contradictorias: hacia adelante, hacia el ideal de progreso; hacia atrás, hacia el retorno a las antiguas certidumbres. Pero esa vacilación, ese tira y afloja, nos resultaba, finalmente, aceptable. Así como los parisinos saben identificar el curso del Sena por la serie de números pares e impares de sus calles, todos sabíamos situarnos en el curso de la historia.

Había quienes expresaban sus protestas, pero estaban al otro lado del frente de modernización. Eran los (neo)autóctonos, los arcaicos, los vencidos, los colonizados, los dominados, los excluidos. Con esa piedra de toque, era posible tratarlos, sin duda, como reaccionarios o, en todo caso, como antimodernos o dejados-de-lado. Podían protestar, pero su algarabía no hacía más que justificar a sus críticos.

Era brutal, quizá, pero el mundo tenía por fin un sentido. La flecha del tiempo se dirigía hacia alguna parte.

La diferencia Izquierda/Derecha, hoy cuestionada, había estado marcada por ese vector, lo que hacía más fácil su identificación.

No obstante, esta división no estaba exenta de complejidad, pues según los temas de controversia, Izquierda y Derecha no siempre iban en el mismo sentido.

Si se hablaba de economía, por ejemplo, había una Derecha que buscaba ir siempre más lejos hacia lo Global, mientras que había una Izquierda (pero también una Derecha más tímida) que hubiera deseado limitar, ralentizar, proteger a los más débiles contra las fuerzas del Mercado (las mayúsculas son utilizadas aquí para recordar que se trata de referentes ideológicos).

A la inversa, si se hablaba de «liberación de las costumbres» y, más concretamente, de cuestiones sexuales, se encontraba una Izquierda que trataba de ir cada vez más lejos, hacia delante, hacia lo Global, mientras que había una Derecha (pero también una Izquierda) que rechazaba con firmeza dejarse arrastrar a esa «pendiente resbaladiza».

Es evidente que la atribución de calificativos como «progresista» y «reaccionario» resulta complicada. Pero uno podía encontrar, de todas maneras, verdaderos «reaccionarios» —a la vez contra las «fuerzas del mercado» y contra la «liberación de las costumbres»—, así como

verdaderos «progresistas», de Izquierda o de Derecha, que se dejaban atraer por lo Global para liberar las fuerzas del capital y la diversidad de las costumbres.

Más allá de estas sutilezas, era posible reconocerse en tales distinciones por la sencilla razón de que todas las posiciones se situaban a lo largo del mismo vector. Esto permitía identificarlas de la misma manera que se puede leer la temperatura de un paciente de acuerdo con la graduación del termómetro.

Una vez establecida la dirección de la historia, podían reconocerse los obstáculos, los «retrocesos», los «avances rápidos», incluso las «revoluciones» y las «rehabilitaciones», pero sin cambiar nada radicalmente en el ordenamiento general de las posiciones. En función de los temas en disputa, el sentido podía variar, pero había una sola dirección que producía tensión entre ambos polos de atracción: lo Global y lo Local (una vez más, estas no son más que cómodas abstracciones).

Como las cosas empiezan a complicarse, sería oportuno presentar un esquema. La forma canónica (figura 1) permite situar a lo Local por modernizar y a lo Global de la modernización como dos polos de atracción (numerados 1 y 2). Entre los dos se sitúa el frente de modernización que distingue claramente adelante y atrás, así como la proyección sobre el vector de las diferentes maneras de ser de Derecha o de Izquierda, aunque por fuerza simplificadas.

Evidentemente, ese Global y ese Local omiten todas las otras maneras de ser global y local reveladas por la antropología e invisibles para los modernos y, por lo tanto, excluidas del esquema —al menos por ahora—. Ser moderno, por definición, es proyectar en todas partes, sobre todos los demás, el conflicto de lo Local contra lo Global, de lo arcaico contra un futuro con el cual los no modernos, por supuesto, no tienen nada que hacer.

(Para completar el esquema, habría que agregar una prolongación al infinito del proyecto del polo de atracción 2, con el que sueñan todavía quienes desean escapar de los problemas del planeta desplazándose a Marte, teletransportándose al interior de los ordenadores o volviéndose poshumanos gracias a un maridaje de ADN, ciencias cognitivas y robots. [24] Esta forma extrema de «neohipermodernismo» acelera vertiginosamente el antiguo vector, de modo que no tiene ninguna importancia para lo que sigue.)

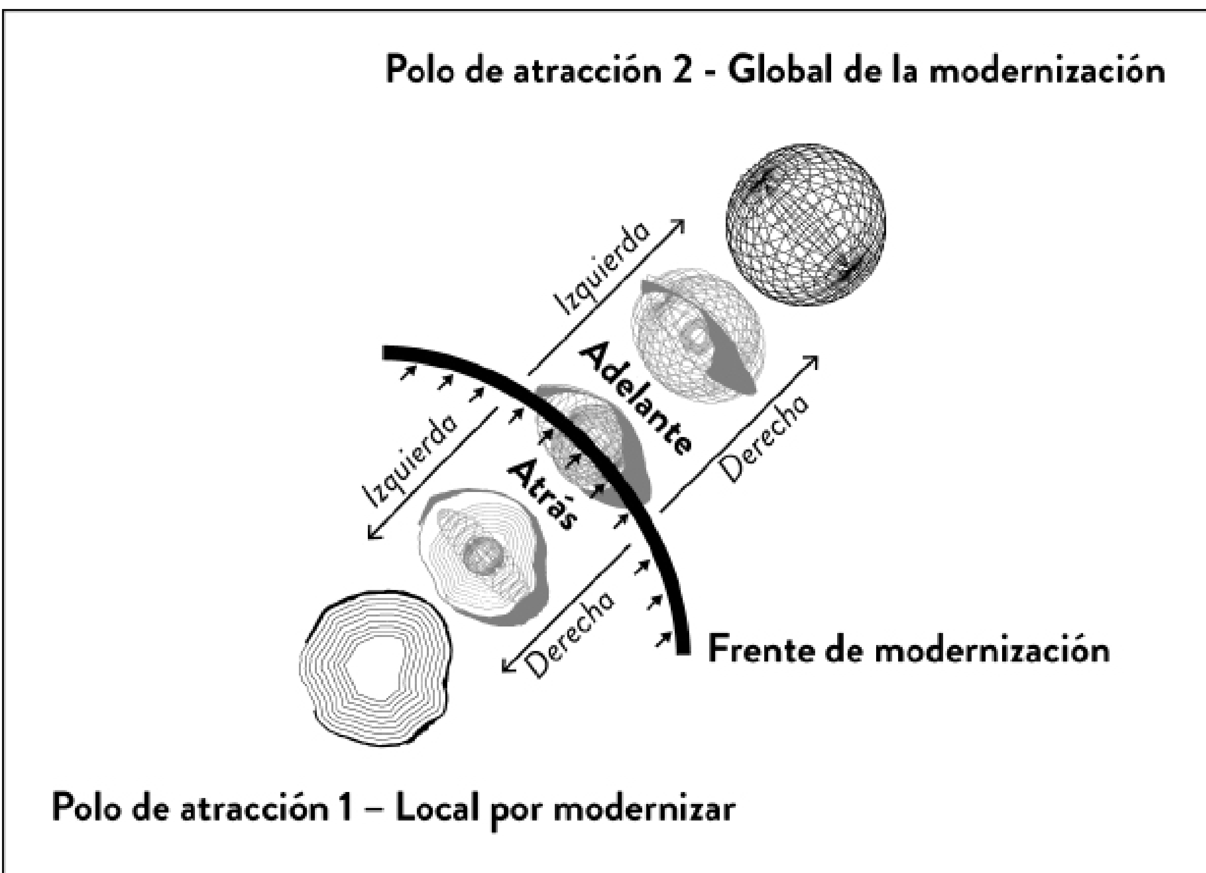


Figura 1. Esquema canónico de identificación de los modernos

¿Qué sucedería en ese sistema de coordenadas si la mundialización-más se convirtiera en mundialización-menos? ¿Si lo que atraía con la fuerza de la evidencia, arrastrando al mundo entero, se convierte en algo que repele, de lo cual solo algunos serán beneficiarios? Inevitablemente, también lo Local, por reacción, volverá a ser atrayente.

Pero ya no es el mismo Local. A la fuga impetuosa hacia la mundialización-menos hace de contrapunto la fuga impetuosa hacia lo Local-menos, aquel que promete tradición, protección, identidad y certeza dentro de las fronteras nacionales o étnicas.

He aquí el drama: el nuevo rostro de lo local ya no es verosímil y no es más habitable que la mundialización-menos. Es una invención retrospectiva, un territorio rezagado, el resto que queda después de modernizarse. ¿Qué puede haber más irreal que la Polonia de Kaczyński, la Francia del Frente Nacional, la Italia de la Liga del Norte, la Gran Bretaña replegada del Brexit o la América grande de nuevo del Gran Tramposo?

De cualquier manera, el segundo polo atrae tanto como el otro, sobre todo cuando las cosas van mal y el ideal del Globo parece alejarse aún más.

Los dos polos de atracción han terminado por distanciarse hasta tal punto que ya ni siquiera hay lugar para vacilar, como antes, entre los dos. Es lo que algunos comentaristas llaman la «banalización» de las discusiones políticas.

Para que el frente de modernización gozara de cierta credibilidad y lograra organizar de forma duradera el sentido de la historia, era necesario que todos los actores residieran en el mismo lugar o, por lo menos, que pudieran compartir algo así como un horizonte común, los unos tirando a la derecha y los otros a la izquierda.

Ahora bien, tanto los partidarios de la globalización como los de la vuelta atrás se han dado a la fuga lo más rápidamente posible, en una especie de rivalidad entre irrealismos. Burbuja contra burbuja, urbanización cerrada contra urbanización cerrada.

En lugar de una tensión, tenemos, desde ahora, un abismo. En lugar de una línea de frente, solo vemos en el planeta entero la cicatriz del antiguo combate a favor o en contra de la modernización. Ya no existe un horizonte compartido —ni siquiera para decidir quién es progresista y quién reaccionario—.[25]

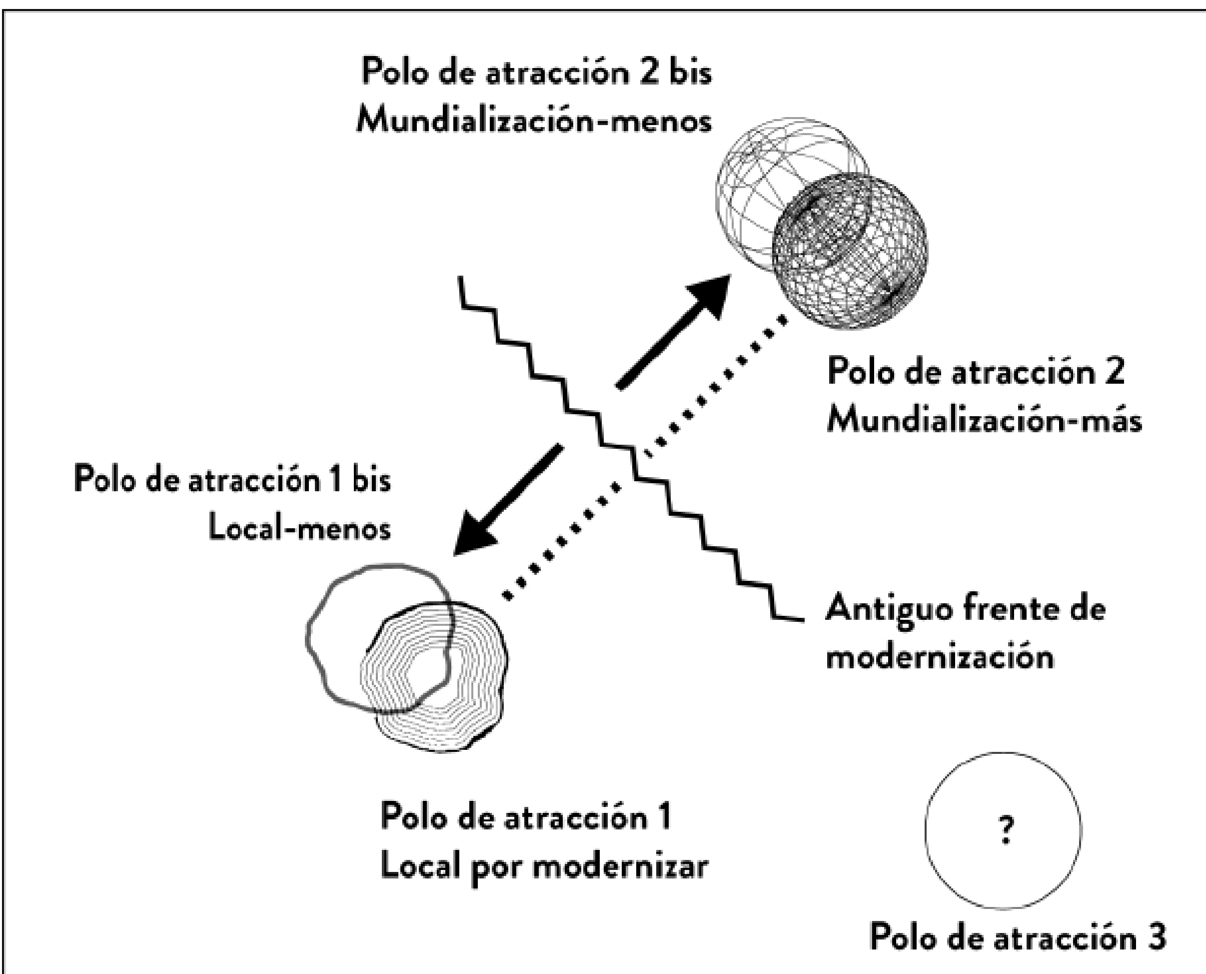


Figura 2: La irrupción de un tercer polo de atracción rompe el habitual sistema de coordenadas de los modernos

Nos encontramos como los pasajeros de un avión que hubiera despegado hacia lo Global y a quienes el piloto les anuncia que debe regresar porque ya no puede aterrizar en ese aeropuerto, y que oyen, con espanto («Señoras y señores pasajeros, el capitán les habla de nuevo») que la pista de emergencia, lo Local, también está inaccesible. Se entenderá que los pasajeros se apresuren con angustia hacia las ventanillas para tratar de discernir dónde podrán aterrizar, con grave riesgo de estrellarse —aun si cuentan, como en la película de Clint Eastwood, con los reflejos de Sully, su comandante a bordo—.[26]

¿Qué ha sucedido? Hay que suponer que algo ha venido a torcer la flecha del tiempo, una potencia a la vez antigua e imprevista que primero ha

inquietado, luego ha perturbado y, finalmente, ha dispersado los proyectos de los modernos.

Es como si la expresión «mundo moderno» se hubiera convertido en oxímoron. O bien es moderno pero deja de ser mundo, o bien es mundo pero no será modernizable. Es el fin de un arco histórico.

Todo sucede como si, de modo abrupto, en todas partes y al mismo tiempo, un tercer polo de atracción desviara, extrajera o absorbiera a todos los temas de conflicto, haciendo que toda orientación se vuelva imposible según la antigua línea de fuga.

Y en este punto de la historia, en esta articulación, es donde nos encontramos hoy.

Estamos demasiado desorientados para clasificar las posiciones a lo largo del eje que iba de lo antiguo a lo nuevo, de lo Local a lo Global, y somos incapaces de darle nombre, de fijar una posición, sencillamente de describir a ese tercer polo de atracción.

Y, sin embargo, toda la orientación política depende de ese paso a un lado: hay que decidir quiénes nos ayudan y quiénes nos traicionan, quién es nuestro amigo y quién es nuestro enemigo, con quién aliarse y con quién enfrentarse —pero según una dirección que ya no está trazada—.

En todo caso, nada nos autoriza a reutilizar antiguos referentes como «Derecha» e «Izquierda», «liberación», «emancipación», «fuerzas del Mercado». Ni siquiera esos referentes de espacio y de tiempo que parecen evidentes como «futuro» o «pasado», «Local» o «Global».[27]

Es necesario cartografiar todo de nuevo y, además, urgentemente, antes de que los sonámbulos aplasten en su ciega huida lo que más apreciamos.

8

Si hemos sugerido, al comienzo de este texto, que la decisión de Estados Unidos de retirarse del acuerdo sobre el clima clarificó la nueva situación política, es porque este nuevo rumbo es diametralmente opuesto a la dirección que se va a tomar y termina por definir bastante bien, por contraste, la posición de este tercer polo de atracción.

Para entender en qué medida se clarifica la situación, basta con imaginar que la campaña por el Brexit hubiera fracasado en junio de 2016, que Hillary Clinton hubiera sido elegida, o que, después de su elección, Trump no se hubiera retirado del acuerdo de París. Todavía estaríamos sopesando los beneficios y los inconvenientes de la mundialización como si el frente de modernización siguiera intacto. Felizmente, si se me permite, los acontecimientos del último año han convertido la mundialización en un polo aún menos atrayente.

El trumpismo es una innovación poco frecuente, y por eso es necesario tomársela en serio.[28]

En efecto, la astucia de quienes lo apoyan ha consistido en crear un movimiento radical dirigido a la negación sistemática de la mutación climática.

Con todo, es como si Trump hubiera logrado identificar un cuarto polo de atracción. Podemos nombrarlo sin dificultad: es el Fuera del Suelo (figura 3), horizonte de quien ha dejado de pertenecer a las realidades de una Tierra que reacciona a sus acciones. Por primera vez, el negacionismo climático define la orientación de la vida pública de un país.

Somos muy injustos con los fascistas cuando comparamos el síntoma que representa Trump en nuestro mundo con los movimientos de los años treinta. Los dos movimientos solo tienen en común una invención

imprevista en la gama de los afectos políticos que deja desorientadas por un momento a las antiguas élites.

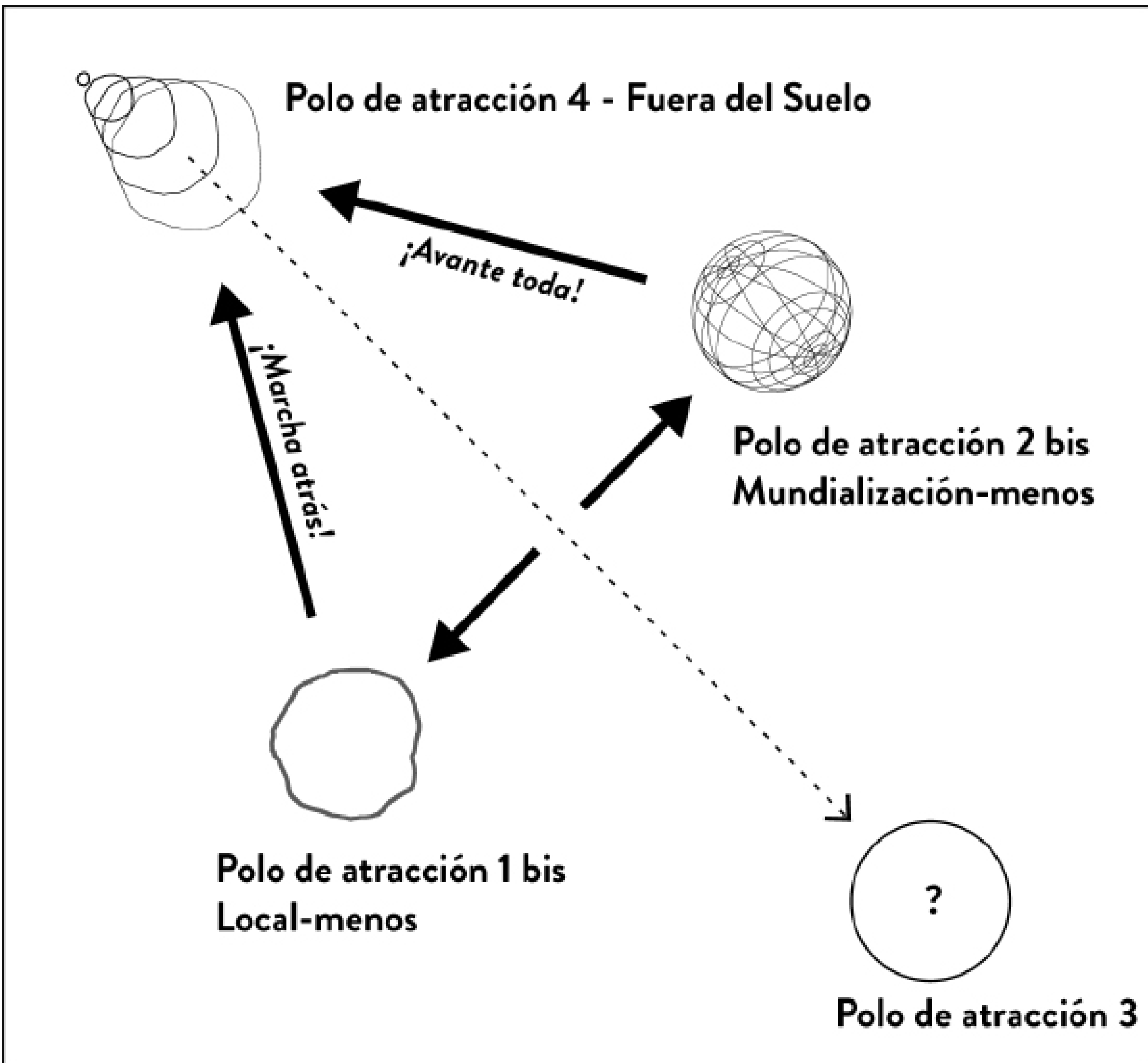


Figura 3. El trumpismo como invención política de un cuarto polo de atracción

Lo que los fascistas lograron conjugar siguió estando a lo largo del antiguo vector —el que va hacia la modernización a partir de los antiguos terruños—. Consiguieron amalgamar el regreso a un pasado soñado —Roma o Germania— con los ideales revolucionarios y la modernización industrial y técnica, reinventando de paso una figura del Estado total —y del Estado en guerra— contra la idea misma de individuo autónomo.

No hay nada de eso en la innovación actual: el Estado es denigrado, el individuo es rey, y lo que hay que hacer ante todo es ganar tiempo relajando todas las restricciones, antes de que los plebeyos se den cuenta de que no hay ningún mundo que corresponda a esa América.

La originalidad de Trump estriba en saber conjugar, en el mismo gesto, en primer lugar, la huida hacia delante en dirección al beneficio máximo abandonando el mundo a su suerte (¡para representar a la «gente humilde» se apela a millonarios!); en segundo lugar, la huida hacia atrás de todo un pueblo para regresar a las categorías nacionales y étnicas («Hagamos grande América de nuevo… ¡detrás de un muro!»).

En lugar de oponer, como se hacía en otros tiempos, las dos fugas —hacia la globalización y hacia el viejo territorio nacional—, quienes apoyan a Trump hacen como si ambas fugas pudieran fusionarse. Pero, evidentemente, dicha fusión solo es posible si la existencia misma de la situación de conflicto entre modernización, por un lado, y condición terrestre, por otro, ha sido negada de antemano.

De ahí el papel constitutivo del escepticismo climático, que de lo contrario no sería del todo comprensible (recordemos que, hasta Clinton, los asuntos de política ecológica eran objeto de acuerdo entre republicanos y demócratas).[29]

Y se entiende muy bien por qué. La total carencia de realismo de semejante alianza —imaginemos a Wall Street instando a millones de miembros de las clases medias a regresar al pasado— saltaría a la vista. Por el momento, el trumpismo funciona porque permanece totalmente indiferente al nuevo régimen climático, rompiendo así todas las formas de solidaridad, tanto en el exterior, entre naciones, como en el interior, entre clases.

Por primera vez, un movimiento de gran envergadura pretende no afrontar seriamente las realidades geopolíticas, sino situarse explícitamente fuera de toda restricción, literalmente *offshore* —como los paraísos fiscales —. Lo más importante es no tener que compartir con los otros un mundo que jamás volverá a ser común. Y esto, manteniendo el ideal americano de la frontera. ¡Estamos despegando hacia la irrealidad!

Es como si quisiéramos alejarnos con rapidez de ese tercer polo de atracción, ese espectro que obsesiona a toda la política y que el trumpismo, esa es su virtud, parece haber detectado claramente.

(Por otra parte, es notable que esta intención venga de un desarrollador constantemente endeudado, corriendo de quiebra en quiebra y famoso gracias la telerrealidad, esa otra forma de irrealismo y de escapismo.)

Cuando se ha prometido a quienes iban hacia lo Local-menos que recuperarían el pasado al mismo tiempo que se prometen a sí mismos inmensos beneficios, de los cuales será privada la gran masa de los electores, no hace falta ser demasiado meticuloso con las pruebas empíricas.

Como se ha visto, es inútil indignarse con el pretexto de que los electores trumpistas «no creen en los hechos». Tales electores no son idiotas. Como hay que negar la situación geopolítica de conjunto, la indiferencia a los hechos se vuelve esencial. Si se aceptara la contradicción entre huida hacia delante y huida hacia atrás, habría que prepararse para aterrizar.

Ese movimiento define el primer gobierno totalmente orientado hacia la cuestión ecológica —pero al revés, en negativo, ¡por rechazo!—, lo que termina facilitando la localización: basta con ponerse detrás de Trump, como en la figura 3, y trazar una línea que lleve directamente adonde tendría que dirigirse.

Y, por supuesto, los «débiles» no deben hacerse demasiadas ilusiones sobre esta aventura. Trump trabaja para aquellos que pertenecen, precisamente, a esas minúsculas élites que habían detectado a comienzos de los años ochenta que no habría espacio para ellos más los nueve millones de dejados-de-lado. «Desregulemos, desregulemos; lancémonos a la extracción masiva de todo lo que queda por extraer —¡perfora, perfora!—; terminemos de aprovechar, apostando por este loco, la tregua de treinta o cuarenta años que tenemos para nosotros y nuestros hijos. Después de nosotros el diluvio: de todas maneras estaremos muertos.»

Los contables conocen bien a los empresarios que llevan a cabo ruedas de pagarés: la novedad del trumpismo es hacer que la nación más grande del mundo se acoja a esta práctica. Retrato de Trump como Madoff de Estado.

Sin olvidar lo que explica toda la situación. Trump preside el país que tenía más que perder ante un posible regreso a la realidad; el país cuyas infraestructuras materiales son las más difíciles de reorientar, cuyas responsabilidades en la presente situación climática son más aplastantes; pero, y esto es lo más indignante, el que posee todas las capacidades

científicas, técnicas y organizacionales que hubieran podido conducir al «mundo libre» hacia el tercer polo de atracción.

En cierto sentido, la elección de Trump confirma, para el resto del mundo, el fin de una política enfocada hacia un objetivo preestablecido. No es una política de la «posverdad», es una política «pospolítica», es decir, literalmente, sin objeto, pues rechaza el mundo que pretende habitar.

Es una decisión loca pero comprensible. Estados Unidos ha visto el obstáculo y, como un caballo que se planta, se negó a avanzar —en todo caso, por el momento—. Los demás deben vivir con esa gran negativa.

De pronto, podemos esperar que cada cual tenga la oportunidad de despertarse. El mundo de la indiferencia y de la indulgencia, que la amenaza climática no había logrado perforar por sí sola, será derribado quizá por el desorden que reina en la corte del rey Pétaud.(3)

No hay que ser un gran visionario para prever que, sin el advenimiento del trumpismo, todo terminará con un diluvio de fuego. Ese es el único paralelo verdadero con los fascismos.[30] A diferencia de la frase de Marx, la historia no va simplemente de la tragedia a la farsa: también puede quedarse atascada en la bufonada trágica.

9

Sería ridículo dar a entender que la única indicación precisa sobre ese tercer polo de atracción nos viene de quienes huyen de él. Como si nosotros los modernos no hubiéramos sabido nunca cuál era el marco general de nuestra acción ni la dirección general de nuestra historia. Como si hubiera que esperar al final del siglo pasado para constatar que, en cierta manera, nuestros proyectos flotaban en el vacío.

Sin embargo, ¿no es precisamente a esta situación a la que nos enfrentamos? El Global (tanto más como menos) hacia el que habíamos evolucionado hasta el momento, el horizonte que permitía proyectarse hacia una mundialización o una globalización indefinida (y, por reacción, la multiplicación de las localidades para escapar a ese destino ineluctable), jamás tuvo un suelo, una realidad, una materialidad consistente.

La impresión aterradora de que la política se ha vuelto insustancial, que ya no conecta ni moviliza alrededor de ningún tema, que carece de sentido y dirección, que se ha vuelto tan estúpida como impotente, no tiene otra causa que esta revelación progresiva: ni lo Global ni lo Local tienen existencia duradera.

Por consiguiente, el primer vector identificado arriba (figura 1), esa línea recta en la cual podían situarse los avances y retrocesos de la política, parece más bien una carretera sin principio ni fin.

Si la situación resulta, a pesar de todo, más clara, es porque en lugar de estar en suspenso entre el pasado y el futuro, entre el rechazo y la aceptación de la modernización, ahora nos encontramos inclinados a noventa grados, suspendidos entre el antiguo vector y uno nuevo, lanzados hacia delante por dos flechas del tiempo que no van en la misma dirección (figura 4).

Lo importante es establecer de qué se compone ese tercer término. ¿En qué puede ser más atrayente que los otros dos y por qué para muchos es tan repugnante?

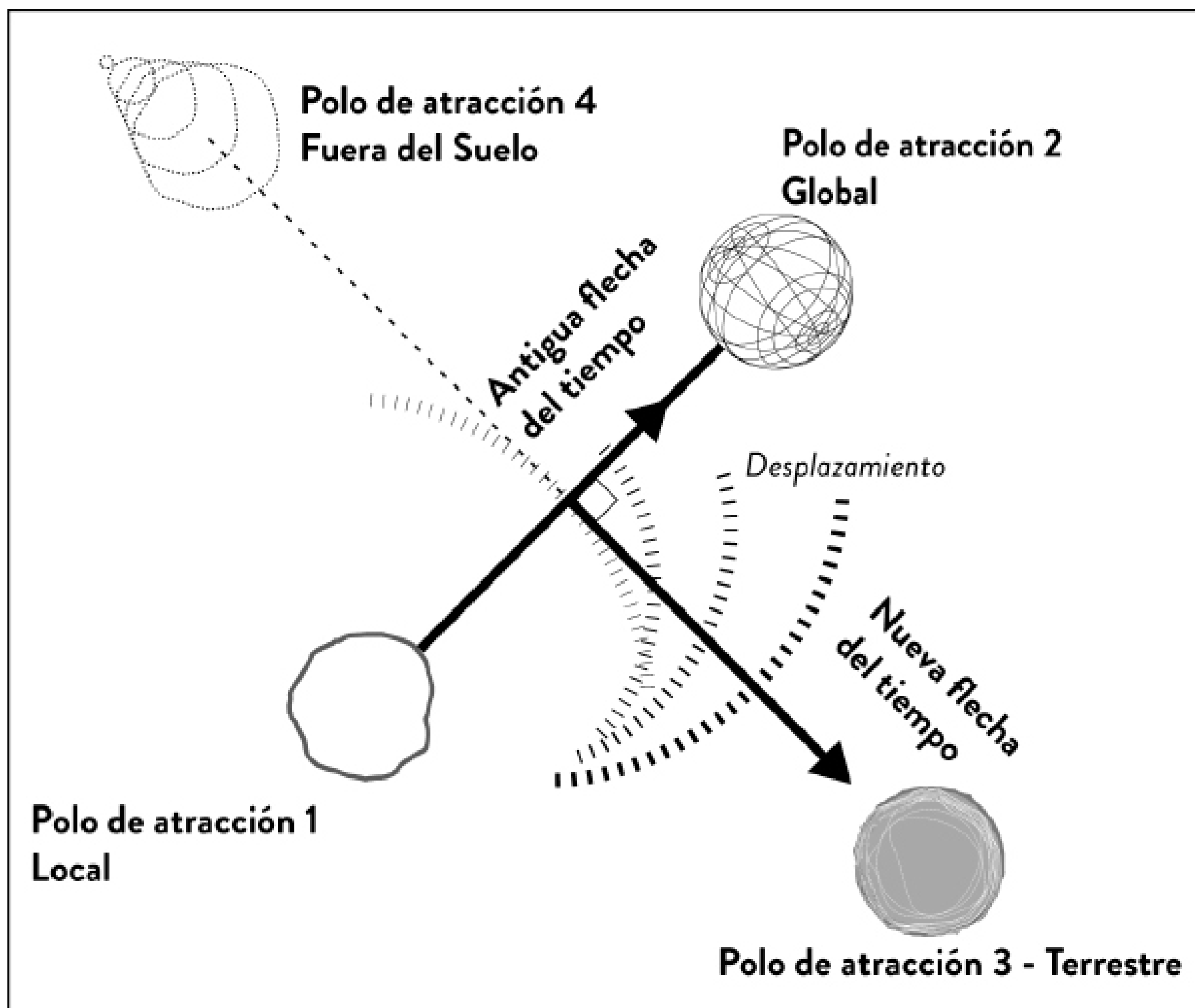


Figura 4. Una reorientación del lugar de la política

La primera dificultad es darle un nombre que no se confunda con los otros dos polos de atracción. ¿Tierra? Puede pensarse que se trata del planeta visto desde el espacio, el famoso planeta azul. ¿Naturaleza? Sería demasiado vasto. ¿Gaya? Sería la palabra exacta, pero se necesitarían páginas y páginas para precisar su uso. Suelo hace referencia a las antiguas formas de localidades. Mundo, sí, desde luego, pero existe el riesgo de asimilarlo a las antiguas formas de globalizaciones.

No; se necesita un término que recoja la sorprendente originalidad (la sorprendente antigüedad) de ese agente.

Digamos por el momento lo Terrestre, con T mayúscula, para subrayar que se trata de un concepto y para precisar de antemano hacia qué nos dirigimos: lo Terrestre como nuevo actor político. Se trata de encajar el acontecimiento masivo con el poder de actuar de eso Terrestre que ha dejado de ser el telón de fondo, el proscenio de la acción humana.

Se habla de geopolítica como si el prefijo «geo» designara solamente el marco en el cual se desarrolla la acción política. Ahora bien, lo que está cambiando es que «geo» designa desde ahora un agente que participa plenamente de la vida pública.

La desorientación actual viene del surgimiento de un actor que reacciona a las acciones de los hombres y les impide a los modernizadores saber dónde se encuentran, en qué época y, sobre todo, qué papel debe ser el suyo a partir de este momento.

Los estrategas de la geopolítica, que se precian de pertenecer a la «escuela realista», deberán modificar un poco la realidad que van a tener que afrontar sus planes de batalla.

Antes podía decirse que los humanos estaban «sobre la tierra» o «en la naturaleza», que se encontraban «en la época moderna» y que eran «humanos» más o menos «responsables de sus acciones».

Además, podía distinguirse una geografía «física» y una geografía «humana», como si se tratara de dos capas superpuestas. Pero ¿cómo decir dónde nos encontramos si eso sobre o dentro de lo cual estamos situados reacciona a nuestras acciones, se vuelve contra nosotros, nos encierra, nos domina, exige algo y nos lleva por delante? ¿Cómo distinguir entonces la geografía física de la geografía humana?

Mientras la tierra parecía estable, podía hablarse de espacio y situarse en la porción de territorio que pretendíamos ocupar. Pero ¿qué hacer cuando el territorio mismo comienza a participar en la historia, a devolver golpe tras golpe, en fin, a ocuparse de nosotros? La expresión «pertenezco a un territorio» ha cambiado de sentido. Ahora designa la instancia que posee al propietario.

Si lo Terrestre ya no es el marco de la acción humana es porque él toma parte activa en ella. El espacio ya no es el de la cartografía, con su cuadrícula de longitudes y latitudes. El espacio se ha convertido en una

historia agitada en la que nosotros somos unos participantes entre otros, reaccionando a otras reacciones. Pareciera que aterrizáramos en plena «geohistoria».[31]

Caminar hacia lo Global era avanzar cada vez más lejos hacia un horizonte infinito, empujar delante de nosotros una frontera sin límite —o si, al contrario, se giraba hacia el otro lado, hacia lo Local, se hacía con la esperanza de recuperar la seguridad de una frontera estable y de una identidad asegurada—.

Si es tan difícil comprender hoy a que época pertenecemos, es porque este tercer polo de atracción es conocido por todos y, al mismo tiempo, completamente extraño.

Lo Terrestre es un Nuevo Mundo, es cierto, que ya no se parece al que habían «descubierto» y despoblado los modernos. No es una nueva *terra incognita* para exploradores tocados con casco colonial. Y en ningún caso se trata de una *res nullius* dispuesta a ser apropiada.

Por el contrario, los modernos están migrando hacia una tierra, territorio, suelo, país o zona que ya está ocupada y poblada desde siempre. Y, más recientemente, que ha repoblado una multitud que sintió, mucho antes que los demás, la necesidad de huir de la imposición de modernizarse.[32]

En ese mundo el espíritu moderno parece condenado al exilio. Habrá que aprender a cohabitar con aquellos que dicho espíritu consideraba hasta ahora como arcaicos, tradicionales, reaccionarios o simplemente «locales».[33]

No obstante, por antiguo que sea, ese espacio es también nuevo para todos. A juzgar por las discusiones de los especialistas del clima, no hay precedente alguno de la situación actual. He ahí, una vez más, esa universalidad perversa: esa carencia universal de tierra.

Lo que se llama civilización, digamos las costumbres adquiridas en el curso de los diez últimos milenios, se ha desarrollado, explican los geólogos, en una época y en un espacio geográfico sorprendentemente estables. El Holoceno (ese es su nombre) tenía todas las características de un «marco» dentro del cual se podía distinguir sin dificultad la acción de los humanos, así como en el teatro el espectador olvida el decorado y los bastidores para concentrarse en la intriga.

Otro es el caso del Antropoceno, ese polémico término que algunos expertos le adjudican a la época actual.[34] Ya no se trata de pequeñas

fluctuaciones climáticas, sino de un estremecimiento que moviliza al mismo sistema tierra.[35]

Por supuesto los humanos siempre han modificado su medio ambiente, pero ese término solo designaba su entorno, precisamente lo que los rodeaba. Los humanos eran los personajes centrales, pero solo modificaban al margen el escenario de sus dramas.

Hoy, el escenario, los bastidores, el proscenio, el edificio entero se ha subido a las tablas y les disputa a los actores el papel principal. Esto cambia todos los libretos y sugiere nuevos desenlaces. Los humanos ya no son los únicos actores, aunque comprueban que se les confía un papel demasiado importante para ellos.[36]

Lo cierto es que ya no podemos de ningún modo contarnos los mismos cuentos. El suspenso es total.

¿Habrá que volver atrás? ¿Recuperar las viejas recetas? ¿Apreciar las sabidurías milenarias? ¿Aprender de las culturas que no han sido modernizadas? Sí, evidentemente, pero sin hacerse ilusiones; tampoco para ellas hay ningún precedente de lo que viven en la actualidad.

Por sabia, sutil, prudente o cauta que sea, ninguna sociedad humana ha debido enfrentar las reacciones del sistema tierra ante la acción de ocho o nueve mil millones de humanos. La sabiduría acumulada durante diez mil años, si lográramos recuperarla, solo sería efectiva para unas centenas, miles, millones de seres humanos en un escenario bastante estable.

El vacío de la política sería incomprensible sin tener en cuenta que la situación carece de todo precedente. Es desconcertante.

Por lo menos, es fácil entender la reacción de quienes han decidido huir. ¿Cómo aceptar dirigirse voluntariamente hacia ese polo de atracción cuando, en realidad, la intención era ir tranquilamente hacia el horizonte de la universal modernización?

Mirar cara a cara esta situación es encontrarse como el héroe del cuento de Edgar Allan Poe, «Descenso al Maelström».[37] La diferencia entre los ahogados y el sobreviviente es la fría atención con la que el viejo marinero de las islas Lofoten observa los desechos que el vórtice hace girar a su alrededor. Cuando el barco es atraído hacia el abismo, el narrador logra sobrevivir aferrándose a un barril vacío.

Hay que ser tan astutos como ese viejo marinero y no creer que saldremos adelante; no dejar de mirar atentamente la dirección que toman

los restos. Esto nos permitirá ver, tal vez, en medio de un relámpago, que algunos desechos son aspirados hacia el fondo mientras que otros, por su forma, podrían servir de salvavidas. «¡Mi reino por un barril!»

10

Si algún tema merece una atención fría, objetiva, es precisamente el de los efectos que ha producido el mundo moderno en la ecología. Desde luego, ese territorio tan antiguo y tan trágicamente nuevo, eso Terrestre en lo que deberíamos aterrizar, ya ha sido recorrido de cabo a rabo por los llamados «movimientos ecologistas». Los partidos verdes han intentado convertirlo en el nuevo eje de la vida pública, y han señalado, desde el comienzo de la revolución industrial y sobre todo desde la posguerra, la aparición de un tercer polo de atracción.[38]

Mientras que la flecha del tiempo de los modernos arrastraba todo hacia la mundialización, la ecología política intentaba remolcar todo hacia ese otro polo.

Hay que reconocerle a la mundialización el mérito de haber transformado todo en motivo de vivas controversias —desde la carne de res hasta el clima, pasando por los setos, las zonas húmedas, el maíz, los pesticidas, el diésel, el urbanismo o los aeropuertos—, y que cada objeto material haya adquirido su dimensión ecológica.

Gracias a ella, ya no existe un proyecto de desarrollo que no suscite protestas, ni una propuesta que no suscite una oposición. Hay una señal inequívoca: actualmente, los actores políticos más asesinados son los militantes ecologistas.[39] Y es en el clima donde se focalizan, como hemos visto, todas las formas de negacionismo. De este modo, la ecología ha recompuesto la política a partir de objetos que no formaban parte, hasta ahora, de las preocupaciones usuales de la vida pública. Ha logrado sacar a la política de una definición demasiado estrecha del mundo social. En ese sentido, la ecología política ha llenado plenamente el espacio público de nuevos desafíos.[40]

Modernizar o ecologizar se ha convertido en la decisión vital. Todo el mundo está de acuerdo. Sin embargo, la ecología ha fracasado. En esto también está de acuerdo todo el mundo.

Las formaciones verdes siguen siendo marginales en todas partes: nunca saben qué partido tomar (izquierda o derecha). Cuando se movilizan sobre cuestiones de la naturaleza, los partidos tradicionales se oponen en nombre de la defensa de los intereses humanos. Cuando los partidos verdes se movilizan sobre cuestiones sociales, los mismos tradicionales les preguntan: «¿Por qué os metéis donde no os llaman?».[41]

Tras cincuenta años de militantismo, con pocas y tímidas excepciones, la economía sigue oponiéndose a la ecología, las exigencias del desarrollo a las de la naturaleza, las cuestiones de injusticia social al curso del mundo viviente.

Para no ser injusto con los movimientos ecológicos, hay que situarlos con respecto a los tres polos de atracción, y entender así la causa de su provisional fracaso.

El diagnóstico es bastante sencillo: los ecologistas han tratado de no ser de izquierda, ni de derecha; ni arcaicos, ni progresistas. Por tanto, no han logrado salir de la trampa tendida por la flecha del tiempo de los modernos.

Comencemos con esa dificultad, aprovechando la triangulación que permite este esquema un tanto infantil. (Veremos más adelante por qué la noción misma de naturaleza ha paralizado la situación.)

En efecto, existen al menos dos maneras de «superar» la división Derecha/Izquierda. Es posible situarse en el medio de los dos extremos, a lo largo del vector tradicional (arista 1-2). Pero también es posible redefinir el vector aferrándose al tercer polo de atracción, lo que obliga a redistribuir la gama de las posiciones Izquierda/Derecha desde otro punto de vista (aristas 1-3 y 2-3 en la figura 5).

Numerosos partidos, movimientos y grupos de opinión pretenden haber descubierto una tercera vía entre liberalismo y localismo, entre apertura y cierre de las fronteras, entre emancipación de las costumbres y liberalización económica.[42] El fracaso de estos partidos políticos se explica por su incapacidad para imaginar un sistema de coordenadas distinto al que los condenaba de antemano a la impotencia.

Si se trata de superar la oposición Izquierda/Derecha no es para situarse en el centro de la antigua arista, atenuando así la capacidad de discriminar y

discernir. Dada la intensidad de las pasiones que despierta el solo cuestionamiento de la oposición Izquierda/Derecha, sería necesario no convertir dicha superación en una nueva arena movediza que aprisiona tanto como la oposición inicial.

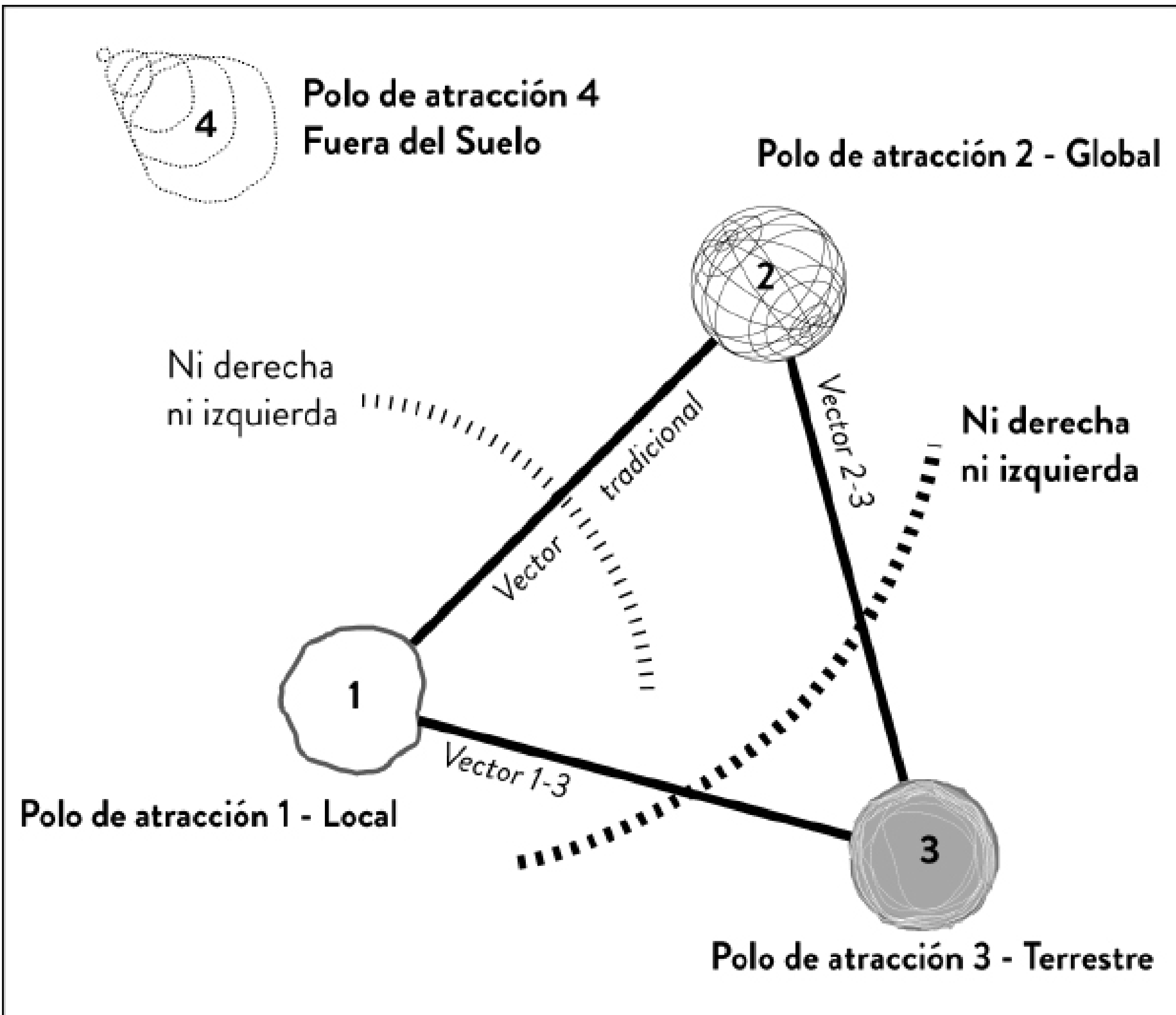


Figura 5: Dos maneras de ubicar el mismo eslogan: ni izquierda ni derecha

Por el contrario, como se ve en el triángulo, se trata de inclinar la línea de frente modificando el contenido de las diferencias fundamentales entre Izquierda y Derecha. O mejor, de las derechas y de las izquierdas, etiquetas tan numerosas y entremezcladas que han perdido la capacidad de ordenación en un sistema clásico de coordenadas.

Lo extraño es que se cree imposible cambiar ese vector Izquierda/Derecha, tallado en mármol, o mejor, grabado en el corazón de todos los ciudadanos desde hace dos siglos, al tiempo que se admite que esas divisiones están obsoletas. Esto demuestra que, a falta de otro vector, se vuelve siempre a la misma división, lo cual resulta tanto más estridente porque resulta menos pertinente, como una sierra circular girando en el espacio.

11

Debe existir, sin duda, una manera de romper el célebre hemiciclo mental que alinea en forma de ristra, extrema izquierda, izquierda, centro, derecha y extrema derecha. Y todo porque, en 1789, los representantes adoptaron la costumbre de formar así frente al presidente de la sesión para votar alguna oscura cuestión del veto real.

Sin embargo, por contingente y rudimentaria que sea, esta graduación sigue ordenando las encuestas, los discursos, las clasificaciones; sirve en cada elección y en cada relato histórico, y determina incluso nuestras reacciones más viscerales.[43] Qué peso contenido en los términos Derecha e Izquierda, qué flujo de emociones cuando se pronuncian estos juicios: «¡Pero si es un tipo de extrema derecha!» o «¡Cuidado con ella, es una izquierdista!».

Con todo, no parece claro, al menos por ahora, de qué manera puede ser superada esa carga afectiva. La acción pública debe estar orientada hacia un objetivo aceptable. Por discutible que sea la palabra «progresista», es poco probable que alguien pueda ser movilizado con la propuesta de retroceder. Con el fin del progreso, la perspectiva de vivir peor que sus padres y el proyecto de aprender lentamente a encorvarse, a encogerse, sería muy difícil entusiasmar a las masas.[44]

Si queremos reorientarnos en política y garantizar la continuidad entre las luchas pasadas y las luchas por venir, es prudente no buscar algo aún más complicado que la oposición entre dos términos.[45]

Algo no más complicado, por cierto, pero además orientado en otra dirección.

Al examinar el triángulo se observa la posibilidad de conservar el principio de un vector a lo largo del cual puedan distinguirse los reaccionarios de los progresistas (en caso de querer conservar esas

etiquetas), pero modificando el contenido de las causas que defienden unos y otros.

Después de todo, una brújula no es más que una aguja imantada y una masa magnética. Lo que necesitamos descubrir es el ángulo que forma la aguja y cuál es la composición de la masa.

Proponemos aquí una hipótesis: la aguja ha girado noventa grados para orientarse hacia un poderoso polo de atracción cuya originalidad nos sorprende y que, pese a las apariencias, no tiene las mismas propiedades de los polos que enmarcaron la vida política de la modernidad.

Así, ¿puede conservarse y desplazarse el conflicto propio a la vida pública?

Reorientándonos hacia ese tercer polo de atracción estaremos tal vez en condiciones de discernir qué resumían, contenían y envolvían Izquierda y Derecha durante el periodo moderno que está finalizando.

El estremecimiento que ha producido el polo de atracción Terrestre obliga a abrir el mecanismo y a reexaminar cada pieza, con el fin de esclarecer qué se esperaba de cada una de ellas —lo que aprenderemos poco a poco a denominar «movimiento», «avance» e incluso «progresión»— y qué va claramente en el otro sentido —que podremos llamar, desde ahora, «regresión», «abandono», «traición» y «reacción»—.

Esto va a complicar el juego político, pero también puede procurarnos márgenes de maniobra imprevistos.

Podemos girar hacia el polo de atracción Terrestre desde el sueño, ahora terminado, de un acceso imposible a lo Global (arista 2-3 del esquema), pero también desde el horizonte, igual de alejado, de lo Local (a lo largo de la arista 1-3).

Los dos ángulos permiten identificar las negociaciones, delicadas, que será necesario establecer si queremos reorientar los intereses de quienes siguen en fuga hacia lo Global y de quienes permanecen refugiados en lo Local, con el fin de interesarlos en experimentar el peso de este nuevo polo de atracción (figura 6).[46]

Si pretendiéramos encontrar una definición —aunque fuera completamente abstracta— de la nueva política, habría que empezar por referir dicha negociación. Nos veremos abocados a buscar aliados entre personas que, según la antigua gradación, eran claramente reaccionarias. Y, por supuesto, habrá que forjar alianzas con personas que, también según las

referencias antiguas, eran claramente progresistas, quizá liberales e incluso neoliberales.

¿Qué milagro sería necesario para que esta reorientación funcionara, si todos los esfuerzos por salir de la oposición Izquierda/Derecha, superar la división y buscar una tercera vía han fracasado?

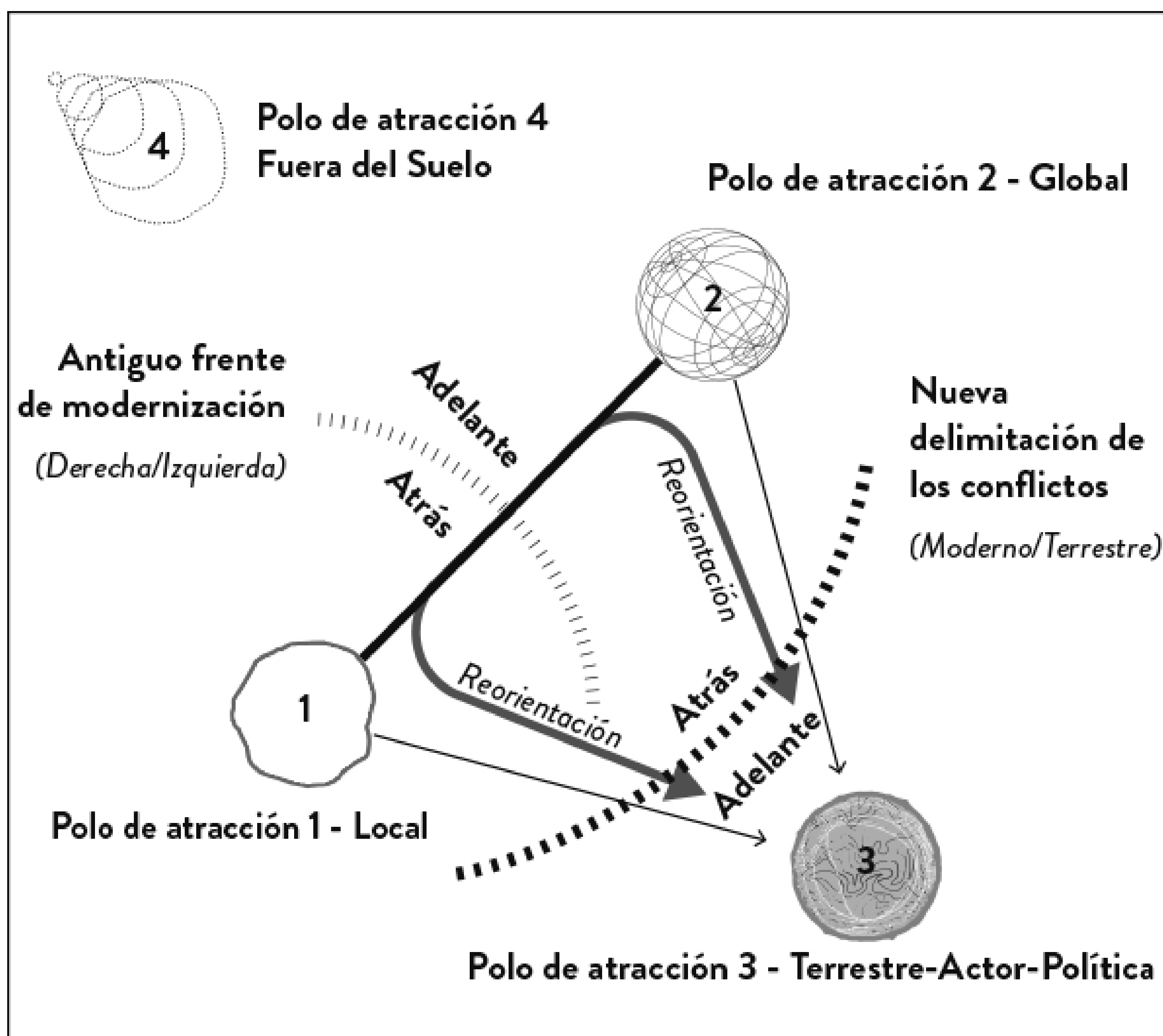


Figura 6: Un nuevo juego de alianzas

Y han fracasado por una razón sencilla, relacionada con la noción misma de orientación. Pese a las apariencias, no son las actitudes las que cuentan en política, sino la forma y el peso del mundo que determina esas actitudes.

La política siempre se ha orientado hacia temas, apuestas, situaciones, materias, cuerpos, paisajes, lugares. Lo que llamamos «valores que hay que defender» son respuestas a desafíos propios de un territorio que tiene que poder describirse.[47] De hecho, ese es el descubrimiento decisivo de la ecología política: es una política orientada al objeto.[48] Cambiad los territorios y cambiaréis también las actitudes.

La aguja de la brújula comienza a moverse y gira en todos los sentidos. Si se estabilizara, en cambio, significaría que la masa magnética ha ejercido su influencia sobre ella.

El único elemento reconfortante de la situación actual es que otro vector se vuelve cada vez más realista. El vector Moderno/Terrestre (figura 6) podría convertirse en una alternativa creíble, vivida, sensible, a la rígida división Izquierda/Derecha.

Es fácil reconocer a los nuevos adversarios: son aquellos que siguen dirigiendo su atención hacia los polos 1, 2 y, sobre todo, al 4. Son tres utopías (en el sentido etimológico de la palabra: lugares sin *topos*), lugares sin tierra y sin suelo: lo Local, lo Global y lo Fuera del Suelo. No obstante, esos adversarios son los únicos aliados potenciales: es preciso convencerlos y convertirlos.

Por este motivo, la prioridad es saber cómo dirigirse a quienes se sienten abandonados después de la traición histórica de las clases dirigentes; a quienes, con razón, piden a gritos que les garanticen la seguridad de un espacio protegido. En la lógica (muy frágil) del esquema, se trata de desviar hacia lo Terrestre las energías que iban hacia el polo Local.

Porque lo ilegítimo es el desarraigo, no la pertenencia. Pertenecer a un suelo, querer permanecer en él, cuidar una tierra, apegarse a ella, se ha vuelto «reaccionario», como hemos visto, por contraste con la huida impuesta por la modernización. Pero si dejáramos de huir, ¿en qué quedaría el deseo de arraigarse?

La negociación —¿la fraternidad?— entre los partidarios de lo Local y de lo Terrestre debe centrarse alrededor de la importancia, la legitimidad, incluso la necesidad de la pertenencia a un suelo, pero sin ser absorbida por esa otra faceta de lo Local: la homogeneidad étnica, la patrimonialización, el historicismo, la nostalgia y la autenticidad inauténtica.

Por el contrario, no hay nada más innovador, nada más presente, sutil, técnico, artificial (en el buen sentido de la palabra), nada menos rústico y de

pueblo, nada más creador, nada más contemporáneo que negociar el aterrizaje en un suelo.

No hay que confundir el regreso de la Tierra con el tristemente célebre retorno a la tierra. Esa es la verdadera apuesta de lo que se llama «zonas que hay que defender»: la repolitización de la pertenencia a un suelo.

Esta nueva distinción entre lo Local y el suelo es crucial, pues será necesario crear los lugares que los diferentes tipos de migrantes vendrán a habitar. Mientras que lo Local se distingue cerrándose, lo Terrestre se distingue abriéndose.

Aquí interviene la otra rama de la negociación, la que se dirige a quienes se precipitan hacia lo Global. De la misma manera que hay que conseguir canalizar la necesidad de protección hacia lo Terrestre, también hay que mostrar a los que ansían la globalización-menos hasta qué punto esta última impide el acceso al Globo y al mundo.

Porque lo Terrestre tiene que ver con la tierra y el suelo, pero también es mundial, porque no encaja en ninguna frontera, porque desborda todas las identidades.

En este sentido, se resuelve el problema de sitio anotado más arriba: ninguna Tierra se corresponde con el horizonte infinito de lo Global, pero, al mismo tiempo, lo Local es demasiado estrecho y diminuto para albergar la multiplicidad de seres del mundo terrestre. Por eso jamás tuvo sentido el intento de alinear lo Local y lo Global como etapas de un mismo recorrido.

Cualesquiera que sean las alianzas que hay que establecer, lo seguro es que no podremos llevarlas a cabo si seguimos hablando de actitudes, afectos, pasiones y posiciones políticas. El mundo real, punto de referencia de la política, ha cambiado por completo.

Dicho de otra manera, estamos *en mora* para reequipar nuestros afectos políticos. Por eso es necesario relanzar la operación y poner la nueva masa magnética frente a la brújula tradicional, para ver qué dirección indicará y cómo serán redistribuidas nuestras emociones.

Es inútil disimular las dificultades: será un combate difícil. El tiempo perdido en el antiguo vector Derecha/Izquierda ha retrasado las negociaciones y las movilizaciones necesarias.

Por otra parte, esto explica la dificultad de los partidos ecológicos para fortalecerse: si bien han intentado situarse entre la derecha y la izquierda, e incluso superar la oposición Derecha/Izquierda, no han precisado el lugar

desde donde podría imaginarse tal superación. Por no hacerse a un lado a tiempo, los partidos ecológicos fueron triturados por los dos polos de atracción, que en sí mismos habían perdido toda realidad. Así, es normal que los partidos ecologistas muestren a menudo la pérdida del principio de realidad.

¿No comenzamos a discernir, cada vez con más precisión, las premisas de un nuevo afecto que reorientaría por mucho tiempo las fuerzas en pugna? Deberíamos preguntarnos: ¿somos modernos o terrestres?

Los analistas políticos dirán que no deben reorientarse valores tan fundamentales como los defendidos por la Izquierda y la Derecha, a lo cual responderán los historiadores: ¿había gente de derecha y gente de izquierda antes del siglo XVIII?

Lo importante es poder salir del estancamiento, imaginando un conjunto de alianzas nuevas: «¿Vosotros nunca habéis sido de izquierda? No importa, yo tampoco, pero como vosotros, ¡soy radicalmente Terrestre!». Debemos aprender a reconocer un conjunto nuevo de posiciones, antes de que los militantes del extremo Moderno acaben con todo…

12

El ecologismo no ha definido con suficiente precisión a un actor político de gran envergadura: lo Terrestre. La prueba es que no ha logrado una movilización equivalente a la magnitud de los desafíos. En efecto, es sorprendente la distancia constatada cuando se comparan dos potencias afectivas: la suscitada por la cuestión social desde el siglo XIX y la de los movimientos ecológicos desde la posguerra.

Esta distancia está analizada de manera admirable por Karl Polanyi en *La gran transformación*.[49] Lo que resulta descorazonador en la lectura de Polanyi no es tanto su equivocación al pensar que los estragos del liberalismo habían quedado atrás; es más bien constatar que esos estragos han producido la gran inmovilidad de las referencias políticas.

El libro data de 1945, y estos setenta años definen con exactitud la otra gran transformación que pudo producirse si los movimientos ecologistas hubieran retomado, prolongado y amplificado la energía creada por los diferentes tipos de socialismos.

Pero esa transformación no tuvo lugar. Pese a compartir el objetivo de desviar la historia, ecologismo y socialismo jamás unieron fuerzas. En consecuencia, en lugar de desviarla, no han hecho más que frenar la marcha de la historia.

Si no han tenido la suficiente fuerza es porque su gran error fue creer que debían elegir entre cuestiones sociales y cuestiones ecológicas, cuando se trata, en realidad, de otra elección, mucho más decisiva, que se refería a las dos direcciones de la política: la que definía la cuestión social de manera restrictiva y la que definía los problemas de supervivencia sin hacer diferencias *a priori* entre los tipos de asociaciones que componen los colectivos.[50]

Estas dos direcciones no apuntan hacia actores diferentes. Por utilizar un lugar común, no hay que elegir entre el salario de los obreros y el destino de los pajaritos, sino entre dos tipos de mundo donde hay, en ambos casos, salarios de obreros y pajaritos (pero relacionados de otra manera).

La pregunta es entonces la siguiente: ¿por qué el movimiento social no se apropió de los asuntos ecológicos como si fueran los suyos propios, lo que le hubiera permitido escapar a la obsolescencia y echar una mano a un ecologismo todavía débil? En otras palabras, ¿por qué la ecología política no ha logrado tomar el relevo de la cuestión social?

Durante estos setenta años, que los especialistas llaman la Gran Aceleración,[51] todo se ha metamorfoseado —se desencadenaron las fuerzas del mercado, se desató la reacción del sistema tierra—, pero sigue definiéndose la política progresista o reaccionaria a lo largo del único y sempiterno vector de la modernización y la emancipación.

Por un lado, transformaciones mayores, por otro, un casi perfecto inmovilismo en la definición, el posicionamiento, las aspiraciones asociadas a la palabra socialismo. En este sentido, vale la pena recordar las inmensas dificultades que afrontaron las feministas para imponer sus combates, tanto tiempo juzgados como periféricos con respecto a las luchas por la transformación social. Es como si la brújula se hubiera bloqueado.[52]

En lugar de ver la conjugación de esas revueltas, hemos sufrido, con casi total impotencia, la Gran Aceleración, la caída del comunismo, el triunfo de la mundialización-menos y la esterilización del socialismo. Todo ello coronado por una payasada: la elección de Donald Trump. Acontecimientos que parecen anticipar catástrofes aterradoras.

Ahora bien, tales acontecimientos prolongaban la oposición, apenas atenuada, entre conflictos sociales y conflictos ecológicos.

Como si estuviéramos frente a dos conjuntos distintos entre los cuales hubiera que vacilar, como el asno de Buridán, muriendo de hambre y de sed. Si no hay que elegir es por la simple razón de que no hay humanos desnudos, por un lado, y objetos inhumanos, por el otro.

La ecología no es el nombre de un partido, ni siquiera el de un tipo de preocupación, sino el de una llamada a cambiar de dirección: significa encaminarse hacia lo Terrestre.

13

¿Cómo explicar la irrupción de la indignación colectiva?

El antiguo sistema permitía distinguir a los progresistas de los reaccionarios y se definía, desde la aparición de la cuestión social en el siglo XIX, por la noción de clases sociales, a su vez dependientes de una determinada posición ocupada en el proceso de producción.

A pesar de los esfuerzos realizados para atenuarla, e incluso para mostrar que ya no tiene sentido alguno, la política se organizó en torno a la noción de clases sociales y a las rivalidades que las oponen.

La eficacia de la interpretación de la vida pública como lucha de clases venía del carácter aparentemente material, concreto y empírico de las categorías antagónicas. Por tal razón se las calificaba de materialistas y generalmente estaban garantizadas por la llamada ciencia económica comprometida.

A pesar de todas las revisiones, esta interpretación ha sido ampliamente utilizada durante todo el siglo XX. Aun hoy permite identificar a quienes siguen adelante y quienes traicionan las fuerzas del progreso (incluso si, una vez más, las actitudes divergen conforme se hable de costumbres o de economía). En el fondo, seguimos siendo marxistas.

Si tales definiciones han empezado a perder su significado es porque el análisis en términos de clases sociales, y el materialismo que lo hacía posible, estaban claramente definidos por el polo de atracción Global, en oposición con el Local.

Los grandes fenómenos de industrialización, de urbanización y de ocupación de territorios colonizados definían un horizonte —siniestro o radiante, poco importa— que daba sentido al progreso. Y esto, en nombre de una justa causa: el progreso sacaba de la miseria, e incluso de la

dominación, a centenares de millones de seres humanos cuyas actuaciones debían dirigirse todas a una emancipación incontenible.

Así, a pesar de sus continuas desavenencias, Derechas e Izquierdas solo rivalizaban en saber cuál sería más resueltamente modernizadora, cuál de las dos llegaría con más rapidez al mundo Global, mientras se peleaban por saber si había que proceder por el camino de la reforma o de la revolución.

No obstante, ninguna de las dos se tomó el tiempo de describir con precisión, para los pueblos en vías de modernización, el mundo al cual los conduciría el progreso.

Lo que no previeron (¡y perfectamente hubieran podido hacerlo!)[53] es que ese horizonte se transformaría poco a poco en un simple horizonte, una simple idea reguladora, una especie de utopía cada vez más vaga a medida en que la tierra dejara de darle cuerpo.

Pero hasta esa idea se derrumbó el 13 de diciembre de 2015, fecha de clausura de la COP21, en el curso de la cual se hizo oficial que ya no había Tierra que pudiera soportar el horizonte de lo Global.

Si esos análisis fundados en las clases no les han permitido a las izquierdas resistir a sus enemigos de forma duradera —lo que explica el fracaso de las predicciones de Polanyi sobre la extinción del liberalismo— es porque estas tenían del mundo material una definición tan abstracta, tan ideal, por no decir idealista, que han fallado en su acercamiento a la nueva realidad.

Para ser materialista se necesita una materia; para dar una definición mundana de la actividad se necesita un mundo; para ocupar un territorio se necesita una tierra; para lanzarse a la *Realpolitik* se necesita una realidad.

Ahora bien, durante todo el siglo, mientras se desarrollaban análisis y experiencias fundadas en una definición clásica de la lucha de clases, ocurrió, de manera más o menos subrepticia, y en todo caso sin que las Izquierdas lo advirtieran, una metamorfosis de la definición misma de la materia, del mundo, de la tierra sobre la cual todo descansaba.

La cuestión pasó a ser, entonces, definir las luchas de clases de manera mucho más realista, tomando en cuenta esa nueva materialidad y ese nuevo materialismo que nos impone la orientación hacia lo Terrestre.[54]

Polanyi sobreestimó la capacidad de resistencia de la sociedad ante la mercantilización por contar solamente con los actores humanos, con su conciencia de los límites, de la mercancía y del mercado. Ahora bien, no

son estos los únicos que se rebelan. Lo que Polanyi no podía prever era la adición de tremendas fuerzas de resistencia arrojadas a los conflictos de clases y capaces de metamorfosear lo que está en juego. El resultado de las disputas solo puede modificarse si se les confía a todos los rebeldes, insertados los unos en los otros, la tarea de combatir.

Si las llamadas clases sociales se identificaban por su posición en el sistema de producción, ahora está claro que ese sistema quedó definido de manera excesivamente restrictiva.

Por supuesto, desde hace mucho tiempo los analistas habían agregado a la estricta definición de clases sociales todo un aparato de valores, culturas, actitudes y símbolos para afinar sus definiciones y explicar por qué los grupos no siempre perseguían intereses objetivos. Sin embargo, aun si se agrega culturas de clase a intereses de clase, esos grupos siguen sin tener territorios suficientemente poblados para afirmarse en una realidad y tomar conciencia de sí mismos. Su definición sigue siendo social, demasiado social.[55]

Por debajo de la lucha de clases perviven otras clasificaciones. Por debajo de las instancias, otras instancias. Por debajo de la materia, otros materiales.

Timothy Mitchell ha mostrado con claridad que una economía fundada en el carbón sostuvo, durante mucho tiempo, la lucha de clases, y que el paso al petróleo posibilitó que la ganaran las clases dirigentes.[56] Sin embargo, las clases sociales tradicionales seguían siendo iguales: obreros defendidos por sindicatos.

Sí, pero las clases territorialmente definidas no pueden ser clasificadas de la misma manera. La posibilidad para los mineros de bloquear la producción, de hacer acuerdos en el fondo de las minas, a escondidas de los vigilantes, de aliarse con los ferroviarios cercanos a sus escombreras y de enviar a sus mujeres a hacer manifestaciones frente a las ventanas de sus patronos desaparece con el petróleo, controlado por unos cuantos ingenieros expatriados a países lejanos, dirigidos por élites muy reducidas, fácilmente corruptibles, y cuyo producto circulaba a través de oleoductos de rápida reparación. Visibles con el carbón, los enemigos se volvieron invisibles con el petróleo.

Mitchell no señala solamente la dimensión espacial de las luchas obreras (lo que sería un lugar común). El autor llama la atención sobre el efecto que

el carbón o el petróleo ejercen en la tierra, los obreros, los ingenieros y las empresas.[57] Además, señala una consecuencia paradójica: a partir de la posguerra, entramos, gracias al petróleo, en el reino de una economía que se cree capaz de prescindir de todo límite material.

La lucha de clases depende de la *geo*-logía.

La introducción del prefijo «geo» no hace obsoletos los ciento cincuenta años de análisis marxistas o materialistas; obliga más bien a retomar la cuestión social, aunque intensificándola con la nueva geopolítica.

Como el mapa de la lucha de clases sociales da cada vez menos pie a la vida política —los analistas se limitan a lamentarse de que la gente no persiga sus intereses de clase— es necesario dibujar un mapa de luchas de lugares geo-sociales para situar al fin cuáles son sus verdaderos intereses, con quién establecerán alianzas y contra quién se enfrentarán.[58]

El siglo XIX fue la era de la cuestión social; el siglo XXI, el de la nueva cuestión geo-social.

De no cambiar sus mapas, los partidos de Izquierda terminarán pareciéndose a las plantas atacadas por el piral: solo quedará de ellas un montón de polvo para echar al fuego.

La dificultad radica en que, para encontrar los principios que permitan definir a esas nuevas clases y trazar las líneas de conflicto entre sus intereses divergentes, hay que aprender a no dar por buenas las definiciones de materia, de sistema de producción e, incluso, de los referentes en el espacio y en el tiempo que han servido para definir a las clases las luchas ecológicas.

En efecto, una de las particularidades más extrañas de la época moderna es haber construido una definición tan poco material, tan poco terrestre, de la materia. Dicha época se precia de un realismo que nunca supo practicar. ¿Cómo llamar realistas a personas capaces de lanzarnos por descuido a un planeta con un aumento de la temperatura de tres grados y medio, o que les infligen a sus conciudadanos ser agentes de la sexta extinción sin ni siquiera darse cuenta?

Puede parecer extraño, pero cuando los modernos hablan de política, no sabemos nunca en qué marco práctico sitúan su ejercicio.

Finalmente, «el análisis concreto de la situación concreta», como decía Lenin, nunca llegar a ser suficiente. La ecología ha dicho siempre a los

socialistas: «¡Un esfuerzo más, señoras y señores materialistas, para ser por fin materialistas!».

14

Si no ha sido posible una amalgama —en el sentido que las guerras de la Revolución le daban al término— entre los veteranos de la lucha de clases y los nuevos reclutas de los conflictos geo-sociales, es debido al papel que unos y otros le han atribuido a la naturaleza. Este es un caso en el que, literalmente, las ideas conducen el mundo.

Cierta concepción de la naturaleza les ha permitido a los modernos ocupar la Tierra de una manera tal que les ha impedido a otros ocupar, de manera distinta, su propio territorio.

Y es que, para que marche la política, se necesitan agentes que aúnen intereses y capacidades de acción. Pero es imposible establecer alianzas entre actores políticos y objetos ajenos a la sociedad y desprovistos de capacidad de actuar. Es ese el dilema que señala el lema genial de los zadistas: «No estamos defendiendo la naturaleza, somos la naturaleza que se defiende».[59]

Ahora bien, la exterioridad atribuida a los objetos no es un dato de la experiencia, sino el resultado de una historia político-científica muy particular que conviene examinar brevemente para devolverle a la política su margen de maniobra.

Es evidente que la cuestión de las ciencias es central para tratar lo Terrestre. ¿Qué sabríamos sin ellas acerca del nuevo régimen climático? ¿Cómo olvidar que se han convertido en el blanco privilegiado de los negacionistas climáticos?

Pero hay que saber cómo abordarlas. Si uno se traga cruda la epistemología convencional seguirá preso de una concepción de la naturaleza imposible de politizar, pues aquella ha sido inventada para limitar la acción humana apelando a leyes indiscutibles de la naturaleza objetiva. Por un lado, libertad; por otro, estricta necesidad del otro; esto

permite jugar en los dos tableros.[60] Cada vez que queramos apoyarnos en el poder de acción de otros actores nos pondrán objeciones de inmediato: «Ni lo penséis, son simples objetos, no pueden reaccionar» —al modo de los animales que imaginó Descartes: seres exentos de sufrimiento—.

Pero si nos oponemos a la racionalidad científica inventando una manera más íntima, más subjetiva, más arraigada, más global y más ecológica de entender nuestras relaciones con la naturaleza, saldremos perdiendo en los dos tableros. Conservaremos una forma de concebirla caduca tomada de la tradición y al mismo tiempo nos privaremos del aporte de saberes positivos.

En realidad, necesitamos contar con todo el poder de las ciencias, pero sin la ideología de la naturaleza que se le ha insertado. Debemos ser materialistas y racionales pero llevando esas virtudes al terreno correcto.

La dificultad es que lo Terrestre no es, en absoluto, el Globo. Es imposible ser materialista y racional del mismo modo en cada uno de ellos.

Para empezar, está claro que no puede hacerse el elogio de la racionalidad sin reconocer que la búsqueda de lo Global abusó de ella.

¿Cómo llamar realista a un proyecto de modernización que desde hace dos siglos olvida prever las reacciones del globo terráqueo a las acciones humanas? ¿Cómo considerar objetivas unas teorías económicas incapaces de integrar a sus cálculos la escasez de recursos que, sin embargo, se proponían agotar?[61] ¿Cómo hablar de eficacia a propósito de sistemas técnicos que no han integrado en sus planes una duración más allá de unas décadas? ¿Cómo llamar racionalista a un ideal de civilización culpable de un error de cálculo tan descomunal que prohibió a los padres dejar un mundo habitado a sus hijos?[62]

Así, no es sorprendente que la palabra «racionalidad» se haya convertido en algo aterrador. Antes de condenar al ciudadano de a pie por no interesarse en los hechos presentados por la gente racional, recordemos que si han perdido todo sentido común es porque fueron magistralmente traicionados.

Para devolver una connotación positiva a las palabras «realismo», «objetivo», «eficacia» o «racional», es necesario dirigirlas, ya no hacia lo Global —donde claramente han fallado— sino hacia lo Terrestre.

¿Cómo entender esta diferencia? Los dos polos son casi lo mismo, con la única diferencia de que lo Global toma todas las cosas desde lo lejano, como si fueran exteriores al mundo social y completamente indiferentes a

los asuntos humanos. Lo Terrestre considera las mismas cosas pero vistas de cerca, en el interior de los colectivos y sensibles a la acción humana, a la cual reaccionan vivamente. Los mismos expertos asumen dos maneras muy diferentes de tener, como se dice, los pies sobre la tierra.

Es una nueva distribución de las metáforas, de las sensibilidades, una nueva *libido sciendi,* esenciales para la orientación y la recuperación de los afectos políticos.

Hay que considerar lo Global como una declinación del Globo que ha terminado por pervertir el acceso a él. ¿Qué ha ocurrido? Debemos al nacimiento de las ciencias modernas la idea, a todas luces revolucionaria, de tomar la tierra como un planeta entre otros, sumida en un universo de pronto infinito y compuesto por cuerpos esencialmente similares. Esto se conoce, para simplificar, como la invención de los objetos galileanos.[63]

Los avances de esta visión planetaria son enormes, pues definen al Globo de la cartografía y al de las primeras ciencias de la tierra. Y permite, además, el nacimiento de la ciencia física.

Desafortunadamente, es una visión fácil de pervertir. A partir de la posibilidad de considerar, desde la tierra, que el planeta es un cuerpo que cae entre los cuerpos que caen en el universo infinito, algunas mentes concluirían que era necesario ocupar virtualmente el punto de vista del universo infinito para comprender lo que sucede en el planeta tierra.

La posibilidad de acceder a lo lejano desde la tierra se convierte en el deber de acceder a la tierra desde lo lejano.

Nada nos obliga a sacar esta conclusión, que será siempre, en la práctica, una contradicción en los términos: los gabinetes, las universidades, los laboratorios, los instrumentos, las academias, todo el circuito de producción y validación de conocimientos jamás ha abandonado el viejo suelo terrestre.[64] Por lejos que envíen sus reflexiones, los estudiosos han tenido siempre los pies en el barro.

Sin embargo, esta visión desde el universo (desde ninguna parte) será el nuevo sentido que recibirán los términos «racional» e incluso «científico».[65]

Desde ese Gran Afuera comenzaría a ser conocida, pensada y juzgada la vieja tierra primordial. Lo que era apenas una virtualidad se convirtió, para grandes y pequeñas inteligencias, en un proyecto fascinante: conocer es

conocer desde el exterior. Todo debía ser considerado desde Sirius —un Sirius imaginario al que nadie ha accedido—.

Además, la promoción de la tierra como planeta y elemento del universo infinito, como cuerpo entre los cuerpos, ha limitado a unos cuantos movimientos —al comienzo de la revolución científica a uno solo: la caída de los cuerpos— toda la gama de movimientos considerados por los saberes positivos.[66]

Ahora bien, en la Tierra vista desde dentro existían otras formas de movimiento cada vez más difíciles de considerar. Progresivamente, se hizo cada vez más difícil saber qué hacer, en términos de conocimiento, con toda una gama de transformaciones: génesis, nacimiento, crecimiento, vida, muerte, corrupción, metamorfosis.

Este desvío por el exterior introdujo, en la noción de naturaleza, una confusión de la que no hemos logrado salir.

Si bien ese concepto incluía, hasta el siglo XVI, toda una gama de movimientos —de hecho, ese es el sentido etimológico de la *natura* latina o de la *phusis* griega, vocablos traducibles por las palabras «procedencia», «engendramiento», «proceso», «curso de las cosas» —, con el tiempo se reservaría el término «natural» a un solo tipo de movimiento considerado desde el exterior. Ese sentido tomaría en la expresión «ciencias de la naturaleza».

Esto no sería problemático en sí mismo si se hubiera restringido el uso del término a las ciencias del universo, como vamos a proponer más adelante, es decir, a los espacios infinitos conocidos desde la superficie terrestre mediante cálculos o instrumentos. Pero se ha pretendido hacer algo más. Se ha buscado conocer igualmente, de esta manera, todo lo que ocurría en la tierra, aspirando a conocerla desde lejos.

Aunque estábamos ante una gama de fenómenos que exigían ser considerados por saberes positivos, nos hemos alejado voluntariamente de tales fenómenos, hasta tal punto que, en una especie de ascesis sádica, de todos los movimientos accesibles nos hemos dado a comprender solo aquellos que podían percibirse desde Sirius.

Todo movimiento debía ser conforme al modelo de los cuerpos que caen. Es lo que se denomina la «visión mecanicista» del mundo, haciendo uso de

una extraña metáfora basada una idea inexacta del verdadero funcionamiento de las máquinas.[67]

Todos los demás movimientos se volvieron sospechosos. Considerados desde dentro, en la Tierra, no podían ser realmente científicos ni verdaderamente naturalizados.

De ahí la división clásica entre saberes, vistos de lejos pero confirmados, e imaginaciones que veían las cosas de cerca pero sin asentarse en la realidad. En el peor de los casos, simples canciones de cuna; en el mejor, antiguos mitos respetables pero sin contenido verificable.

Todo parece indicar que el planeta ha terminado por alejarse de lo Terrestre porque la naturaleza, vista desde el universo, se puso a reemplazar, poco a poco, a redescubrir, a expulsar a la naturaleza vista desde la Tierra, aquella que consideraba, que podía haber considerado, que debería seguir considerando, desde dentro, todos los fenómenos de génesis.

La grandiosa invención galileana ocupó toda la escena, haciendo olvidar que ver la tierra desde Sirius es ver apenas una minúscula parte —¡aun si se trata del universo infinito!— de lo que estamos en condiciones de saber positivamente.

Consecuencia inevitable: empezamos a no ver gran cosa de lo que sucedía en la Tierra. Inevitablemente, desde Sirius se pueden pasar por alto muchos acontecimientos, conservando intactas las ilusiones sobre la racionalidad o la irracionalidad del planeta Tierra.

Si recordamos todas las excentricidades que, desde hace tres o cuatro siglos, los terrícolas han creído entender del planeta rojo antes de advertir sus errores, no parece sorprendente la cantidad de errores cometidos sobre el destino de las civilizaciones terrestres vistas desde Sirius.

¿Los ideales de racionalidad y la acusación de irracionalidad pueden volverse contra la tierra y los terrícolas? Es tan concreto como un castillo en el aire, tan acertado como mezclar churras con merinas, tan probable como los canales de Marte…

15

La bifurcación entre lo real —exterior, objetivo y cognoscible— y lo interior —irreal, subjetivo e incognoscible— no intimidaría a nadie, o sería la simple exageración de expertos desconectados de las realidades mundanas, si no se hubiera superpuesto con el famoso vector de modernización mencionado antes.[68]

Ese es el punto en el que difieren por completo los sentidos positivo y negativo de la palabra «Global».

A partir de entonces, lo subjetivo comienza a asociarse con lo arcaico y lo superado; lo objetivo con lo moderno y lo progresista. Así, la única virtud de ver las cosas desde dentro es la de remitirnos a la tradición, a lo íntimo, a lo arcaico. Ver las cosas desde fuera, en cambio, se convierte en el único medio legítimo de considerar la realidad y, sobre todo, de orientarse hacia el futuro.

Esta división brutal le dio cuerpo, por decirlo así, a la ilusión de lo Global como horizonte de la modernidad. En consecuencia, se hizo necesario trasladarse con todo el equipaje (aun sin moverse) de las posiciones subjetivas y sensibles a las posiciones objetivas, liberadas por fin de toda sensibilidad —o de toda sensiblería—.

Apareció entonces, por contraste con lo Global, la figura necesariamente reactiva, regresiva, nostálgica, de lo Local (véase la figura 1).

La pérdida de la sensibilidad hacia la naturaleza —en el sentido antiguo del término— se convirtió en el único medio para acceder a la naturaleza como universo infinito —según la nueva definición—.[69] En la modernidad, progresar es desprenderse del suelo primordial y dirigirse al Gran Afuera para ser, si no natural, al menos naturalista.[70]

Por una extraña perversión de las metáforas del parto, no depender ya de las antiguas formas de génesis permitiría, al fin, el nacimiento de la

modernidad.

Como lo han mostrado las feministas cuando analizan los procesos abiertos contra las brujas, el odio hacia un gran número de valores femeninos será resultado de esa trágica metamorfosis, haciendo grotesca toda forma de arraigo a los antiguos suelos.[71] Huir de esa pertenencia al terruño equivalía a decir: «¡Esconded ese seno, no lo puedo ver!».

Esa gran mudanza —la única Gran Sustitución[72] de verdad— se pretenderá después hacérsela soportar al mundo entero, convertido así en el paisaje de la mundialización-menos a medida que las últimas adherencias a la antigua naturaleza-proceso se habrán erradicado de forma duradera.

Tal es el sentido de una expresión desueta, pero cuyos ecos se oyen aún cuando se habla de progreso, desarrollo y futuro: «Vamos a modernizar el planeta en vías de unificación…».

O bien se habla de naturaleza, y en ese caso nos situamos lejos, o bien nos ubicamos cerca y nos limitamos a expresar sentimientos. Este es el resultado de la confusión entre visión planetaria y visión Terrestre. Pues es del planeta de lo que se puede decir, considerando las cosas «desde arriba», que siempre ha variado y que durará mucho más que los humanos, lo que invita a pensar que el nuevo régimen climático es una oscilación sin importancia. Lo Terrestre, en cambio, no tolera semejante desarraigo.[73]

A partir de ahí, es perfectamente comprensible la imposibilidad de dar a los conflictos de suelo una descripción poco precisa, así como la necesidad de desmitificar la noción de naturaleza que pretende abarcar ambos polos.

Cuando los llamados partidos ecologistas intentan despertar el interés de la gente por la naturaleza, entendiendo con ese término la naturaleza-universo vista desde ninguna parte (desde el universo), supuestamente extendida desde las células de nuestro cuerpo hasta las galaxias más lejanas, la única respuesta posible es, sencillamente, «es demasiado lejos, demasiado vago, no nos concierne; ¡nos importa un bledo!».

Y tendrán razón. No avanzaremos un palmo hacia una política de la naturaleza mientras sigamos utilizando el mismo término para designar, por ejemplo, una investigación sobre el magnetismo terrestre, la clasificación de los tres mil quinientos exoplanetas identificados hasta hoy, la detección de las ondas gravitacionales, el papel de las lombrices de tierra en la aireación de los suelos, la reacción de los pastores de los Pirineos ante la reaparición de los osos, o la de las bacterias en nuestro intestino ante el último plato de

callos de moda en Caen. Así entendida, la naturaleza no es más que un comodín.

No vale la pena buscar más lejos el origen de la parsimonia que afecta a las movilizaciones en pro de la naturaleza-universo: esta última es absolutamente incapaz de participar en lo político. Hacer de ese tipo de seres —los objetos galileanos— el modelo de lo que debería movilizarnos en los conflictos geo-sociales es un fracaso garantizado. Tratar de movilizar a esa naturaleza en los conflictos de clases es como hacer una manifestación en un callejón sin salida…

Para comenzar a describir objetiva, racional y eficazmente, para dibujar, con algún realismo, la situación terrestre, necesitamos de todas las ciencias, pero posicionadas de otra manera.

En otras palabras, para ser sabio no hace falta teletransportarse a Sirius. Tampoco es necesario abandonar la racionalidad a fin de añadir sentimientos al frío conocimiento. Hay que conocer, lo más fríamente posible, la ardiente actividad de una tierra por fin considerada de cerca.

16

Evidentemente, todo depende de lo que se entienda por actividad caliente. Pues, vistos desde la naturaleza-universo, ese calor y esa actividad parecen meras ilusiones subjetivas, resultantes de una simple proyección de sentimientos sobre una naturaleza indiferente.

Por esta razón, cuando la economía comenzó desde el siglo XVII a integrar la naturaleza, esta se presentaba a ojos de los expertos como un factor de producción, un recurso exterior e indiferente a nuestras acciones, considerado desde lejos, como si tales expertos fueran extranjeros persiguiendo objetivos indiferentes a la Tierra.

En el llamado sistema de producción era fácil identificar agentes humanos —los obreros, los capitalistas, los gobiernos—, e infraestructuras artificiales —las máquinas, las fábricas, las ciudades, los paisajes—, pero era imposible tomar en consideración seres presuntamente naturales (vistos desde Sirius) y tratarlos como agentes, actores, seres animados y actuantes del mismo calibre.

Existía la vaga sensación de que todo lo demás dependía de ellos y que necesariamente terminarían por reaccionar, pero el recubrimiento de la naturaleza-proceso por la naturaleza-universo privó de palabras, conceptos y orientación a quienes se apoderaban de esos recursos —a veces temblando—.

Por supuesto, era posible buscar en los archivos a otros pueblos para descubrir actitudes, mitos y ritos que ignoraban la idea misma de recurso y de producción. Pero tales hallazgos fueron considerados como residuos de antiguas formas de subjetividad, de culturas arcaicas e irreversiblemente superadas por el frente de modernización.[74] Testimonios conmovedores, no cabe duda, pero solo útiles para los museos de etnografía.

Había que esperar hasta el momento presente para que todas esas prácticas se convirtieran en preciosos modelos para aprender cómo sobrevivir en el futuro.[75]

La relación con las ciencias solo puede cambiar si se distingue cuidadosamente, en las llamadas ciencias naturales, las que tratan del universo y las dedicadas a la naturaleza-proceso (*natura* o *phusis*).

Mientras las primeras toman al planeta como un cuerpo entre otros, para las segundas la Tierra es completamente singular.

Esta oposición resulta más clara si se compara el mundo hecho de objetos galileanos con el mundo compuesto por agentes que podríamos llamar lovelockianos, en honor a James Lovelock (este nombre, como el de Galileo, se toma como resumen de un linaje mucho más largo de científicos).[76]

Entre los partidarios de las ciencias de la naturaleza-universo existe una gran incomprensión frente al argumento de bioquímicos como Lovelock, quien recomienda considerar a los seres vivientes de la tierra como agentes que participan plenamente en los procesos de génesis de las condiciones químicas e incluso, al menos en parte, de las condiciones geológicas del planeta.[77]

Si la composición del aire que respiramos depende de los seres vivientes, el aire deja entonces de ser el medio ambiente en el cual dichos seres se sitúan y evolucionan y pasa a ser, en parte, el resultado de su acción. Dicho de otro modo, no hay organismos de un lado y medio ambiente del otro; lo que existe es más bien una superposición de condicionamientos mutuos que recompone todas las acciones.

La dificultad para comprender el papel de los seres vivientes, su capacidad de actuar, su agentividad (*agency*), en la evolución de los fenómenos terrestres, reproduce las dificultades para comprender el fenómeno de la vida en periodos anteriores. Esto sin hablar de las dificultades para interpretar las acciones humanas enfocadas desde Sirius.

En efecto, si se utiliza como patrón de todo movimiento el modelo de la caída de los cuerpos, todos los demás movimientos, agitaciones, transformaciones, iniciativas, combinaciones, metamorfosis, procesos, entramados y superposiciones van a parecer extraños. Para considerarlos, habrá que imaginar muchos más epiciclos de los que los astrónomos antiguos habían inventado para captar el movimiento de los planetas.

La simplificación que introdujo Lovelock en la comprensión de los fenómenos terrestres no consistió en dar vida a la tierra, ni en hacer de ella un organismo vivo, sino, al contrario, en dejar de negar que los seres vivientes son participantes activos en el conjunto de los fenómenos bio y geoquímicos. Su argumento reduccionista se opone por completo a todo vitalismo. Lo que Lovelock rechaza es *desanimar*(4) al planeta mediante la exclusión de la mayoría de los actores que intervienen en una cadena de causalidad. Ni más ni menos.

Lo que nos interesa aquí no es seguir a Lovelock en sí mismo, sino comprender la reorientación política que permite una concepción de las ciencias naturales que no excluya a ninguna de las actividades necesarias para nuestra existencia.

Las leyes físicas son las mismas en Sirius y en la Tierra, pero no producen los mismos resultados en ambos escenarios.

Según el modelo de los objetos galileanos es coherente la idea de naturaleza como recurso explotable. Con agentes lovelockianos, en cambio, es inútil hacerse ilusiones; estos actúan, van a reaccionar —química, bioquímica y geológicamente— y es ingenuo creer que permanecerán inertes cualquiera que sea la presión ejercida sobre ellos.

Dicho de otra manera, los economistas pueden hacer de la naturaleza un proceso de producción, pero nadie que haya leído a Lovelock —o a Humboldt—[78] albergará semejante idea.

El conflicto puede resumirse de manera simple: hay quienes siguen considerando las cosas desde Sirius, sin ver nada, creyendo imposible que el sistema tierra reaccione a la acción humana y esperando siempre que la tierra se teletransporte misteriosamente hasta Sirius para convertirse en un planeta entre otros.[79] En el fondo, no creen que haya vida en la tierra capaz de sufrir y de reaccionar.

Otros buscan, aferrándose con fuerza a las ciencias, entender el significado de replantear los temas de la acción, la animación, la potencia de actuar en sus propias cadenas de causalidad. Los primeros son escépticos climáticos (bien sea por gusto de la distancia o por corrupción activa); los segundos aceptan hacer frente a un enigma sobre el número y la naturaleza de los actuantes.

17

Se comprende que para avanzar en la descripción de los conflictos geo-sociales no podemos prescindir de las ciencias ni de la racionalidad sino, más bien, ampliar y al mismo tiempo limitar la extensión de las ciencias positivas. En efecto, es necesario extenderla a todos los procesos de génesis para no limitar de antemano la agentividad (la palabra es horrible pero cómoda) de los seres con los cuales habrá que tratar. Pero también hay que limitarla.

De ahí el interés de seleccionar, en las ciencias, aquellas que se ocupan de lo que algunos investigadores llaman la o las Zonas Críticas.[80]

En efecto, de manera sorprendente, todo lo que hay por conocer de ese tercer polo, lo Terrestre, se limita, visto desde el espacio, a una minúscula zona de pocos kilómetros de grosor entre la atmósfera y las rocas madre. Una película, un barniz, una piel, unas cuantas capas infinitamente plegadas.

Hablad de la naturaleza en general todo lo que queráis, exaltaos ante la inmensidad del universo, penetrad con el pensamiento el centro del planeta, aterraos frente a esos espacios infinitos: de todas maneras, todo lo que os concierne reside en esta minúscula Zona Crítica. De ella parten y a ella regresan todas las ciencias que nos importan.

Por eso es conveniente delimitar, dentro de los saberes positivos, aquellos que tratan de la Zona Crítica a fin de no vérselas con todo el universo cada vez que se hable de conflictos territoriales.

Además, una simple razón de filosofía política explica por qué debe mantenerse la distinción: aunque las ciencias de la naturaleza-universo estén del todo aferradas a la Tierra, se ocupan de fenómenos alejados, conocidos a través de instrumentos, modelos y cálculos.

No tiene mucho sentido, al menos para el común de los mortales, pretender ofrecer alternativas o poner en tela de juicio la calidad de esas investigaciones. Frente a sus resultados, nos encontramos todos en la situación normal de aprender de lo que dicen los sabios —conservando el derecho a no interesarnos en ello…—.

La situación es completamente diferente para las ciencias de la naturaleza-proceso que se ocupan de la Zona Crítica. En ese caso, los investigadores se enfrentan a saberes concurrentes que nunca tienen el poder de descalificar *a priori*.[81] Deben afrontar conflictos por cada uno de los agentes que habitan la naturaleza-proceso y que no tienen derecho ni posibilidad de interesarse en ellos.

Muy pocos harían campaña en favor de una visión alternativa sobre los agujeros negros o sobre la inversión magnética. Pero todos sabemos por experiencia que, hasta el más mínimo estudio sobre los suelos, las vacunas, las lombrices de tierra, los osos, los lobos, los neurotransmisores, los hongos, la circulación del agua o la composición del aire, se encontrará inmerso por completo en una gran batalla de interpretaciones. La Zona Crítica no es un aula, y la relación con quienes investigan sobre ella no tiene nada de exclusivamente pedagógica.

Si quedaba alguna duda al respecto, la pseudocontroversia sobre el clima bastaría para disolverla. Es difícil imaginar que una empresa pague un solo dólar por producir ignorancia sobre la detección del Bosón de Higgs. En cambio, la negación del cambio climático es otra historia. En ese caso, la financiación abunda. La ignorancia del público es un bien tan precioso que justifica enormes inversiones.[82]

En ese sentido, las ciencias de la naturaleza-proceso no pueden tener la misma epistemología un tanto condescendiente y desinteresada de las ciencias de la naturaleza-universo, pues la filosofía que protegía a estas no sirve de nada a las primeras. En lugar de escapar a las controversias, las ciencias de la naturaleza-proceso harían mejor en organizarse para resistir a quienes se interesan en ellas.

El punto político esencial es que la reacción de la Tierra a la acción de los humanos aparece como una aberración a los ojos de quienes creen en un mundo terrestre hecho de objetos galileanos y como una evidencia para quienes los consideran como una concatenación de agentes lovelockianos.

Si se admite lo anterior, se entenderá que el tercer polo de atracción no tiene mucho que ver con la naturaleza (en el sentido de naturaleza-universo) imaginada como Globo o como Global.

Lo Terrestre, que designa la acción conjunta de los agentes conocidos por las ciencias de la Zona Crítica, agentes que luchan por la legitimidad y la autoridad contra innumerables partes implicadas en intereses contradictorios, todas interesadas en otros saberes positivos, eso Terrestre, dibuja literalmente otro mundo tan distinto de la naturaleza como del llamado «mundo humano» o «sociedad». En parte, los tres son entes políticos, pero no conducen a la misma ocupación del suelo ni a la misma apropiación de la tierra.

Es evidente que descubrir este nuevo mundo exige otro equipamiento psicológico, una *libido sciendi* distinta a la de la aventura hacia lo Global. Apuntar a una emancipación en gravedad cero no requiere las mismas virtudes que apuntar a una emancipación de soterramiento. Innovar rompiendo todo límite y todo código no es igual que hacerlo aprovechando esos mismos límites. Celebrar la marcha del progreso no puede tener el mismo significado según nos dirijamos hacia lo Global o que hagamos avances decisivos en la toma de conciencia sobre las reacciones de la Tierra frente a nuestra acción.

En ambos casos se trata de saberes positivos y sin embargo no son las mismas aventuras científicas, los mismos laboratorios, los mismos instrumentos, los mismos estudios ni, sobre todo, los mismos investigadores los que se dirigen hacia un polo o hacia el otro.

La ventaja estratégica que ofrece esta distinción es que garantiza la continuidad del espíritu de innovación, emprendimiento y descubrimiento, condición indispensable para no ahuyentar a los vecinos de Billancourt(5) ni a los modernos, que también son aliados potenciales. Solo se modifica el terreno de aplicación de la innovación.

Entramos en una nueva época de grandes descubrimientos, pero estos difieren de la conquista extensiva de un Nuevo Mundo que fue despoblado, y de la fuga entusiasta hacia una forma de hiperneomodernidad. Es más bien la época del enraizamiento en la Tierra de los mil repliegues.

Hoy, de esa Tierra, aprendemos con entusiasmo y terror que tiene más de un as bajo la manga y es impredecible. En ambos casos se trata, para conservar uno de los baluartes de la tradición moderna, de hacer caso omiso

de ello, pero esta vez sin violar las mismas prohibiciones, sin cruzar las mismas columnas de Hércules.

18

Redirigir la atención de la naturaleza hacia lo Terrestre podría poner fin a la desconexión que ha paralizado las posiciones políticas desde la aparición de la amenaza climática, al presentar como peligrosa la conjunción de las luchas sociales y las llamadas «luchas ecológicas».

La nueva articulación supone el paso de un análisis en términos de sistemas de producción a uno en términos de sistemas de generación. Los dos análisis difieren, ante todo, en su principio fundamental: la libertad para uno, la dependencia para el otro. Difieren también en el papel concedido al ser humano: central para uno, relativo para el otro. Finalmente, difieren en el tipo de movimientos que toman a su cargo: mecanismo para uno, génesis para el otro.

El sistema de producción estaba fundado en una concepción específica de la naturaleza, del materialismo y del rol de las ciencias. Ese sistema daba otra función a la política, cuyo principio era la división entre los actores humanos y sus recursos. Su base era la idea de que la libertad de los humanos se desplegaría en un marco natural donde sería posible reconocer, en cada propiedad, sus límites precisos.

El sistema de generación pone en juego agentes, actores, seres animados que tienen capacidades de reacción distintas. No procede de la misma concepción de la materialidad, no tiene la misma epistemología y no conduce a las mismas políticas.

La razón es que este sistema no se interesa en producir bienes para humanos a partir de recursos, sino en generar terrestres —todos los terrestres y no solamente los humanos—. Además, se fundamenta en la idea de cultivar arraigos, operaciones difíciles, puesto que los seres animados no están limitados por fronteras y no dejan de superponerse ni de mezclarse unos con otros.

Ambos sistemas entran en conflicto porque ha aparecido otra autoridad que obliga a replantear todas las preguntas antiguas, ya no a partir de la emancipación como proyecto único, sino a partir de las virtudes nuevamente recuperadas de la dependencia.

Depender implica limitar, complicar, obligar a retomar el objeto de emancipación para amplificarlo. Es como si se invirtiera, una vez más, con una nueva pirueta dialéctica, el proyecto hegeliano.[83] Como si el Espíritu nunca hubiera terminado de reencarnarse.

Esta nueva forma de obligación aparece cuando se afirma que no hay planeta (habría que decir Zona Crítica) capaz de albergar la utopía de la modernización o de la mundialización-menos. ¿Cómo negar que nos encontramos situados frente a otro poder que impone barreras diferentes a los antiguos límites naturales?[84]

Este es el mismo conflicto de autoridad que las élites oscurantistas han identificado a la perfección cuando decidieron dejar de compartir el mundo común con el resto de los nueve mil millones de personas cuyo destino —o eso decían— había sido siempre su principal preocupación. ¿No están dejando al descubierto una autoridad nueva, cuyos estragos intentan disimular?[85]

Y es esta misma contradicción la que estalló, en forma diplomática, el 12 de diciembre de 2015, en la clausura del acuerdo de París sobre el clima, cuando cada delegación murmuró *in petto*: «¡¿De modo que no hay mundo para nuestros proyectos acumulados de desarrollo?!».

Entonces ¿quién ha obtenido la firma de los ciento setenta y cinco estados sino una nueva forma de soberanía ante la cual aceptaron arrodillarse y que los obligó a ponerse de acuerdo? Si no es una potencia que domina a los jefes de Estado, y a la cual le reconocen una legitimidad todavía vaga, ¿cómo llamarla?

Esta misma contradicción se resume en el término Antropoceno, más allá de las disputas sobre su fecha de aparición y su definición: «A partir de ahora, el sistema tierra reacciona a vuestras acciones de tal manera que ya no contáis con un marco estable e indiferente en el cual poder albergar vuestros deseos de modernización». Pese a las críticas lanzadas a ese concepto, el prefijo «antrophos» aplicado a un periodo geológico es síntoma de una repolitización de todas las cuestiones planetarias. Es como si se

hubiera grabado una etiqueta *Made in Human* sobre todos los recursos naturales.[86]

Por fin, es la misma contradicción que quedó aclarada el día en que Trump, desde la rosaleda de la Casa Blanca, anunció triunfalmente la retirada del acuerdo de París. Una declaración de guerra que permite ocupar todos los demás países, si no con tropas, al menos con el CO2 que Estados Unidos se permite emitir.

Id a contarles a los firmantes del acuerdo que no están siendo literalmente invadidos por Estados Unidos, que, aun si se encuentra a miles de kilómetros, influye en la composición de su atmósfera. He ahí la nueva expresión de un derecho a la dominación en nombre de una versión renovada del *Lebensraum*.(6)

Si las contradicciones son las que orientan la historia política, aquello que aviva la contradicción entre sistema de producción y sistema de generación es la dependencia de esta forma de autoridad, a la vez muy antigua y muy nueva.

Otra diferencia entre ambos sistemas es el rol atribuido al ser humano, consecuencia directa de ese principio emergente de autoridad.

Desde hace cien años hay una disputa por saber si las cuestiones de la naturaleza nos obligarían a salir del antropocentrismo o si, al contrario, es necesario dejar al humano en el centro —como si hubiera que elegir entre una ecología más o menos profunda y otra más o menos humanista—.

¡Evidentemente, no hay ninguna otra política más que la de los humanos y en provecho suyo! Nunca ha sido esa la cuestión. La discusión busca establecer la forma y composición de ese humano.

Lo que el nuevo régimen climático pone en tela de juicio no es el lugar central de lo humano, sino su composición, su presencia, su figuración y, a fin de cuentas, su destino. Desde luego, si esto cambia, cambia también la definición de sus intereses.

Para los modernos, en efecto, era imposible situar al humano en un lugar preciso. O bien era un ser natural como todos los demás (en el sentido clásico de la naturaleza-universo), o bien era el ser por excelencia capaz de sustraerse de la naturaleza (concebida una vez más a la antigua) gracias a su alma, su cultura o su inteligencia. Pero esta oscilación nunca se ha podido estabilizar situando a la humanidad en un paisaje preciso.

La situación ha cambiado actualmente porque la crisis climática ha sacado a las dos partes de sus casillas: la noción de naturaleza, de un lado; la de humano, del otro.

Por eso es plausible la idea de una elección a favor o en contra del antropocentrismo. Porque hay un centro, o dos, el hombre y la naturaleza, entre los cuales habría que elegir. Y lo que es aún más extraño, ese círculo tiene bordes tan bien definidos que dejan fuera todo lo demás. ¡Como si hubiera un afuera!

El nuevo régimen climático consiste precisamente en no saber ya de qué dependemos para subsistir. De la Tierra, más que del universo infinito, debería decirse con Pascal que «su centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna».

Para subrayar este punto, es oportuno hablar, ya no de humanos, sino de terrestres (*Earthbound*), insistiendo así en el humus presente en la etimología de la palabra «humano» («terrestre» tiene la ventaja de no precisar ni el género ni la especie…).

Afirmar «somos terrestres en medio de terrestres» no conduce en absoluto a la misma política que afirmar «somos humanos en la naturaleza». Esas dos afirmaciones no están hechas de la misma madera —o, mejor dicho, del mismo mantillo—.

La tercera diferencia entre sistemas de producción y sistemas de generación reside en la posibilidad de multiplicar los actuantes sin naturalizar las conductas. Devenir materialistas no es necesariamente reducir el mundo a objetos, sino ampliar la lista de los movimientos que hay que tener en cuenta, incluir precisamente aquellos de génesis que la vista desde Sirius no permitía seguir de cerca.

En efecto, los terrestres tienen el delicado problema de descubrir de cuántos otros seres necesitan para subsistir. Esa lista dibuja su terreno de vida (expresión que permitiría renovar la palabra «territorio», a menudo reducida a la simple cuadrícula administrativa del Estado).

Localizar a los terrestres es añadir conflictos de interpretación a lo que son, quieren, desean o pueden este o aquel actuante, y a lo que son, quieren, desean o pueden otros actuantes —y esto vale tanto para los obreros como para los pájaros del cielo, tanto para los hombres de éxito como para las bacterias del suelo, para bosques como para los animales—.[87] ¿Qué

queréis? ¿De qué sois capaces? ¿Con quiénes estáis dispuestos a convivir? ¿Quién puede amenazaros?

Así se evita el escollo de pensar que se puede vivir en simpatía y en armonía con agentes supuestamente naturales. No se trata de buscar el acuerdo de todos estos agentes superpuestos, sino de aprender a depender de ellos. Ni reducción ni armonía. Simplemente, la lista de los agentes se está extendiendo, sus intereses se están imbricando, y hay que contar con todas las potencias de la investigación para empezar a orientarse.

En un sistema de generación, todos los actuantes, todos los seres animados se plantean la pregunta de tener descendientes y de reconocerse en ascendientes, es decir, de reconocer e insertarse en linajes que es posible que logren durar.[88]

Es una operación eminentemente contraintuitiva con respecto a los modernos. Para ellos siempre era necesario elegir entre lo antiguo y lo nuevo, dos referentes irreversiblemente separados. El pasado ya no era lo que permitiría el paso, sino lo que sencillamente había quedado superado. Discutir sobre esa elección, dudar, parlamentar, darse tiempo, equivalía a dudar de la flecha del tiempo: era volverse anticuado.

La perversidad del frente de modernización estriba en que, al ridiculizar la noción de tradición presentándola como algo arcaico, ha vuelto imposible toda forma de tradición, de herencia, de recuperación y, en consecuencia, de transformación; en una palabra, de generación. Y esto vale tanto para la educación de los pequeños humanos como para los paisajes, los animales, los gobiernos o las divinidades.

Inmersos en un sistema de producción, los humanos son los únicos que pueden rebelarse —siempre demasiado tarde—. Inmersos en un sistema de generación, pueden oírse muchos otros clamores —antes de la catástrofe—. Los puntos de vida, y no solamente los puntos de vista, se han multiplicado.[89]

Al pasar de un sistema de producción a un sistema de generación, será posible multiplicar las fuentes de rebelión contra la injusticia y, en consecuencia, acrecentar considerablemente la gama de aliados potenciales en las luchas que hay que emprender en favor de lo Terrestre.

Si el cambio de geopolítica surgiera de una decisión filosófica, carecería de fuerza. Hasta la irrupción del nuevo régimen climático, dicho cambio parecía inverosímil, eludido, apocalíptico.

Ahora gozamos, si se puede decir, del auxilio de los agentes desencadenados que obligan a replantear las definiciones de humano, territorio, política, civilización.

Si examinamos la situación actual, veremos que no es una contradicción más en el curso de la historia material y los sistemas de producción. Se trata, más bien, de la contradicción entre el sistema de producción y el sistema de generación. Es una cuestión de civilización, no solo de economía.

Para mudar de un sistema a otro hay que aprender a deshacerse del reinado de la economización, esa vista desde Sirius proyectada sobre la tierra que termina oscureciéndola.[90] Como decía Polanyi, la «religión secular» del mercado no es de este mundo.[91] Su materialismo es un idealismo que la mutación climática ha vuelto aún más inmaterial. Reapropiarse del suelo es luchar contra la invasión de esa especie extraterrestre que tiene otros intereses y temporalidades distintos de la infraterrestre, y que impiden, literalmente, «traer al mundo» a cualquier ser.

El objeto al que se apunta desde el comienzo de este ensayo puede ser nombrado ahora: lo Terrestre no es todavía una institución, pero ya es un actor claramente diferenciado del papel político que se le había atribuido a la naturaleza de los modernos.[92]

Los nuevos conflictos no sustituyen a los antiguos: los agudizan, los despliegan de otras maneras y, sobre todo, los vuelven al fin identificables. Combatir para alcanzar la utopía de lo Global o la utopía de lo Local no tiene los mismos efectos de clarificación que luchar por aterrizar en la Tierra.

(Por otra parte, quizá sea hora de prescindir por completo de la palabra «ecología», salvo para designar un campo científico. No hay más que cuestiones de terrenos de vida con o contra otros terrestres que tienen las mismas urgencias. El adjetivo político debería bastar, a partir de ahora, para señalarlos, una vez ampliado el sentido de la *polis,* tanto tiempo restringido).

Por fin estamos en una situación clara de guerra, pero es otra guerra ilusoria, a la vez declarada y soterrada.[93] Algunos la ven en todas partes, otros la ignoran por completo.

Digamos, dramatizando hasta la extravagancia, que es un conflicto entre los humanos modernos, que se creen solos en el Holoceno, huyendo hacia

lo Global o en éxodo hacia lo Local, y los terrestres, que se saben en el Antropoceno y que buscan habitar con otros terrestres bajo la autoridad de una potencia aún sin institución política afirmada.

Y esta guerra, a la vez civil y moral, nos divide por dentro a todos y cada uno de nosotros.

19

El talón de Aquiles de todo texto que pretenda canalizar afectos políticos hacia nuevos problemas está en que el lector tiene derecho a preguntarse al final: «Todo eso está muy bien. La hipótesis es atrayente, aunque no haya sido demostrada. Pero ¿qué hacer de todo ello en la vida práctica y qué cambia para mí esta situación?».

«¿Debería incursionar en la permacultura,[94] encabezar las manifestaciones,[95] asaltar el Palacio de Invierno, seguir las enseñanzas de san Francisco,[96] volverme hacker, organizar fiestas de vecinos, reinventar ritos de brujería,[97] invertir en la fotosíntesis artificial[98] o aprender a rastrear a los lobos[99]?»

«Me proporcionáis, dirá el lector, un esquema para "triangular" las posiciones de mis amigos y de mis enemigos, pero aparte de darme flechas para ver si se alejan o se acercan de tal o cual polo, estoy completamente desarmado.»

Ciertamente, el objetivo de este ensayo no es decepcionar, pero tampoco se le puede pedir que vaya más rápido que el curso de la historia: lo Terrestre es algo conocido por todos —¿quién no tiene presente el abandono del referente moderno?— y, al mismo tiempo, el nuevo régimen climático no tiene institución compartida. Es en ese interregno, en esta guerra ilusoria, donde nos encontramos movilizados hacia el frente y desmovilizados hacia atrás.

La situación es tanto más incierta cuanto que lo Terrestre está a la vez vacío y poblado. Innumerables son las iniciativas de regreso al suelo, término que encontramos por todas partes: en las exposiciones de arte y en las revistas especializadas, en el resurgir de lo común y en la reocupación de lo rural profundo. Aun si, a falta de otro sistema de coordenadas, no nos damos cuenta en el momento de las elecciones o al acudir a los medios de

comunicación, la suerte está echada ya: el gran desplazamiento ya tuvo lugar.[100]

Y, sin embargo, es cierto, el tercer polo de atracción no tiene colores con encanto. Exige demasiado cuidado, demasiada atención, demasiado tiempo, demasiada diplomacia. Aún hoy, lo Global es lo que brilla, libera, entusiasma, lo que emancipa y tiene apariencia de eterna juventud. El único problema es que no existe. Lo Local es lo que alivia, tranquiliza y aporta identidad. Pero tampoco existe.

Lo cierto es que la pregunta planteada al comienzo de este ensayo debería cambiar de sentido: «¿Cómo sentirse protegido sin volver de inmediato a la identidad y a la defensa de las fronteras? A través de dos movimientos complementarios que la modernización había presentado como contradictorios: aferrarse a un suelo, por un lado; mundializarse, por el otro».

Ahora bien, el polo Terrestre —claramente distinto de la naturaleza, y que no abarca a todo el planeta, sino solo a la fina película de la Zona Crítica— conjuga las figuras opuestas de suelo y mundo. Un suelo que nada tiene que ver con lo Local y un mundo que no debe asimilarse ni a la mundialización-menos ni a la visión planetaria.

Del suelo, lo Terrestre ha heredado la materialidad, la heterogeneidad, el espesor, el polvo, el humus, la sucesión de capas, de estratos, la sorprendente complejidad, el acercamiento que exige, el atento cuidado que necesita. Todo lo que no se ve desde Sirius. Todo lo contrario de un suelo-soporte propicio para los proyectos de desarrollo o apetecido por alguna inmobiliaria. El suelo, en ese sentido, es inapropiable. Nosotros le pertenecemos, él no le pertenece a nadie.

Pero también hereda del mundo, no bajo la forma de lo Global —esa mundialización-menos asociada al proyecto de modernización—, sino bajo la forma siempre activa del Globo, la mundialización-más, es decir, el conocimiento de formas de existencia que se niegan a limitarse a una localidad y a encerrarse dentro de una frontera cualquiera.

El suelo permite arraigarse. El mundo, desarraigarse. El arraigo permite salir de la ilusión de un Gran Afuera; el desarraigo permite salir de la ilusión de las fronteras. Tal es la martingala que habrá que calcular.

Por fortuna, este nuevo agente de la historia, el nuevo régimen climático, nos acerca a la solución: no podemos pasar de lo Local a lo Global por una

serie de escalas parecidas a la impresión ilusoria de zoom que nos da Google Earth.

No tiene sentido devolver a las fronteras nacionales, regionales, étnicas o identitarias, a los seres que animan los disputados territorios que componen lo Terrestre; pretender escapar a esas disputas territoriales para pasar al nivel Global y considerar la Tierra como un todo, tampoco tiene sentido. Lo Terrestre se define por la subversión de las escalas temporales o espaciales. Esta potencia actúa en todas partes a la vez pero carece de unidad. Política sí, estatal no. Es, *stricto sensu,* atmosférica.

Es en este sentido muy práctico que lo Terrestre recompone la política. Cada uno de los seres que participan en la composición de un terreno de vida posee su propia manera de identificar qué es local y qué es global, y de definir su implicación con los demás.

El CO2 no tiene la misma espacialidad que los transportes urbanos. Los acuíferos no son locales en el mismo sentido que las gripes aviares; los antibióticos globalizan el mundo de una manera distinta al terrorismo islámico,[101] las ciudades no forman los mismos espacios que los estados; el perro Cayenne obliga a Donna Haraway, su dueña, a hacer trayectos que jamás pensó;[102] la economía fundada sobre el carbón no dibuja, como hemos visto, las mismas luchas que la economía fundada en el petróleo. Y así sucesivamente.

Tanto lo Global como lo Local promueven una mala imagen de lo Terrestre, lo que explica la desesperanza actual: ¿qué hacer ante problemas tan grandes y tan pequeños? Hay motivos para desanimarse.

¿Qué hacer? Ante todo, describir. ¿Cómo podríamos actuar políticamente sin haber inventariado, recorrido, calculado, centímetro a centímetro, ser animado por ser animado, cabeza por cabeza, las características que componen lo Terrestre? Sin ese esfuerzo, tal vez enunciaríamos opiniones audaces y defenderíamos valores respetables, pero nuestros afectos políticos se vaciarían de sentido.

Ninguna política sería honrada si no propusiera retomar la descripción de terrenos de vida que se han vuelto invisibles. No podemos quemar esta etapa. No hay mentira política más descarada que proponer un programa.

Si la política se ha vaciado de su esencia es porque combina la queja inarticulada de los dejados-de-lado con una representación muy distanciada

de esta en la cima del poder, hasta el punto que no parece haber relación entre ambas. Es lo que llamamos déficit de representación.

Ahora bien, ¿qué ser animado es capaz de describir con cierta precisión de qué depende? La mundialización-menos ha vuelto casi imposible dicha operación —y ese era su principal objetivo: quitar poder a las protestas haciendo que sea imposible seguir el sistema de producción—.

De ahí la importancia de proponer un periodo inicial de desdistanciamiento para afinar en primer lugar la representación de los paisajes donde se sitúan las luchas geo-sociales antes de recomponerlos. ¿Cómo? Pues, como siempre, por la base, por la vía de la investigación.

Para lograrlo, es necesario definir los terrenos de vida como aquello de lo cual depende un terrestre para sobrevivir y preguntándose cuáles son los otros terrestres que comparten esa dependencia.

Es poco probable que ese territorio demarque una unidad espacial clásica, jurídica, administrativa o geográfica. Al contrario, su configuración atravesará todas las escalas de espacio y tiempo.

Definir un terreno de vida, para un terrestre, consiste en poner en una lista aquello que necesita para su subsistencia y, por consiguiente, lo que está dispuesto a defender con su propia vida, si fuera necesario. Esto vale para un lobo y para una bacteria, para una empresa y para un bosque, para una divinidad y para una familia. Lo que hay que documentar es cuáles son las propiedades de un terrestre —en todos los sentidos de la palabra propiedad—, es decir, qué lo posee y de qué depende, y cuya privación lo haría desaparecer.

Evidentemente, la dificultad está en establecer dicha lista. Ahí es cuando más extrema parece la contradicción entre sistema de producción y sistema de generación.

En el sistema de producción la lista es fácil: humanos y recursos. En el sistema de generación, en cambio, la lista es mucho más difícil de elaborar puesto que los agentes, los seres animados y los actuantes que la componen tienen cada uno su propio recorrido e interés.

En efecto, un territorio no se limita a un solo tipo de agente. Es el conjunto de seres animados —alejados o cercanos— que hemos identificado, por investigación, experiencia, costumbre o cultura, como presencias indispensables para la supervivencia de un terrestre.

Se trata de extender las definiciones de clase ampliándolas hasta la investigación de todo lo que permite subsistir. ¿Qué es lo más preciado para vosotros? ¿Con quién podéis vivir? ¿Quién depende de vosotros para subsistir? ¿Contra quién tendréis que luchar? ¿Cómo jerarquizar la importancia de todos los agentes?

Solo cuando planteamos este tipo de preguntas nos damos cuenta plenamente de nuestra ignorancia. Cada vez que se emprende un estudio como este, resulta sorprendente la abstracción de casi todas las respuestas.[103] No obstante, las cuestiones de la generación se encuentran por todas partes, en asuntos vinculados al género, la raza, la educación, la alimentación, el empleo, las innovaciones técnicas, la religión o el ocio. Pero la mundialización-menos ha hecho perder de vista, en sentido literal, los pormenores de nuestros sometimientos. De ahí la tentación de quejarse en general y la impresión de carecer de apoyo para modificar la situación.

Se dirá que tal redescripción de los terrenos de vida es imposible, y que tal geografía política no tiene sentido y nunca se produjo.

Sin embargo, un episodio de la historia de Francia podría ilustrar el objeto de una empresa como esa: los cuadernos de quejas, escritos entre enero y mayo de 1789, antes de que el movimiento revolucionario utilizara tales descripciones con la intención de cambiar de régimen —monárquico o republicano—. Antes, precisamente, de que se agregaran todas las descripciones para producir la figura clásica de la Política como cuestión total, figura que reencontramos hoy en la inmensa y paralizante tentativa de reemplazar el capitalismo por algún otro régimen.

En unos cuantos meses, a petición de un rey acorralado, en grave situación financiera y tensión climática, todos los pueblos, todas las ciudades, todas las corporaciones, sin olvidar los tres estados, lograron describir con bastante precisión su medio de vida, regla por regla, terruño por terruño, privilegio por privilegio, impuesto por impuesto.[104]

Evidentemente, la descripción era más fácil en una época en la que podían identificarse mejor que hoy los privilegios que detentaban algunos; en la que podía recorrerse de un vistazo el territorio que garantizaba la subsistencia —en el sentido terriblemente preciso de lo que evitaba el hambre—.

Pero, de todas maneras, ¡qué hazaña! Se nos pide que vibremos con los relatos de la toma de la Bastilla o de Valmy, pero la originalidad de esa

inscripción, de esa geografía de las quejas, era igual de grande. En pocos meses, agitado por la crisis general, estimulado por modelos impresos, un pueblo supuestamente incapaz logró representarse los conflictos derivados a un territorio para el que reclamaba reformas. Existir como pueblo y poder describir los propios terrenos de vida es una sola y misma cosa —y de eso es, precisamente, de lo que nos priva la mundialización-menos—. Es por falta de territorio que el pueblo termina por faltar.

Encontramos en este episodio un modelo para retomar por la base la descripción de terrenos de vida tanto más impresionante cuanto, según parece, nunca se ha intentado de nuevo.

¿Cómo es posible que la política francesa jamás haya retomado sus apuestas materiales, con este nivel de detalle, desde la época prerrevolucionaria? ¿Seremos menos capaces que nuestros predecesores de definir nuestros intereses, reivindicaciones y quejas?

Y si fuera esa la razón por la cual la política parece carente de toda sustancia, ¿no somos perfectamente capaces de volver a empezar? A pesar de los agujeros que la mundialización ha cavado en todas partes, y que hacen tan ardua la identificación de nuestros arraigos, cuesta creer que hoy no podamos estar a la altura de nuestros predecesores.

Si resulta cierto que la desaparición del polo de atracción Global ha desorientado por completo todos los proyectos de vida de los terrestres —y esto no se limita a los humanos—, entonces debería ser prioritario recomenzar el trabajo de descripción de todos los seres animados. En cualquier caso, vale la pena llevar a cabo la experiencia.

Lo más sorprendente de la situación actual es constatar que los pueblos faltantes se sienten desorientados y perdidos a falta de una representación de sí mismos y de sus intereses, y se comportan todos de la misma manera, tanto los que se mueven como los que no, los que emigran y los que no, los que se dicen originarios y los que se sienten extranjeros, como si no tuvieran suelo durable y habitable bajo sus pies y tuvieran que refugiarse en alguna parte.

La cuestión consiste en saber si la emergencia y la descripción del polo de atracción Terrestre pueden devolverle sentido y dirección a la política, encargada de prevenir la catástrofe que desencadenaría la fuga hacia lo Local y el desmantelamiento del llamado orden mundial. Para que exista un

orden mundial, sería necesario un mundo más o menos compartible gracias a ese esfuerzo de inventario.

A mediados del presente año 2017, los observadores, o al menos los sensibles a la situación, se preguntan con una angustia que no logran disimular si es posible evitar un segundo agosto de 2014, es decir, evitar el suicidio —esta vez mundial y no solo europeo— de naciones bajo las cuales se está abriendo una depresión tan profunda que puede terminar por derrumbarlas —entusiasmados y encantados—.

Y esta vez, no sería posible contar con el auxilio tardío de Estados Unidos…

20

Tras haber instado a retomar labores de inventario, sería descortés no presentarme.

Universitario de origen burgués y provinciano, hijo del *baby boom* y contemporáneo de la Gran Aceleración, me beneficié a fondo de la mundialización (tanto de la más como de la menos) sin olvidar el terruño al que me arraiga una familia de negociantes de vinos —vinos de Borgoña que pretendemos globalizados desde tiempos de los galos—. Sin duda alguna, soy un privilegiado. El lector es libre de concluir que no tengo autoridad para hablar de conflictos geo-sociales.

Entre los numerosos arraigos que experimento, hay dos que quisiera describir con precisión: el primero concierne a las Zonas Críticas, y es objeto de investigaciones que publicaré más adelante; con el segundo, quisiera cerrar estas reflexiones.

Aterrizar es, por fuerza, aterrizar en alguna parte. Lo que sigue a continuación debe tomarse como una apertura en la negociación diplomática de alto riesgo con quienes deseamos convivir. En mi caso, es en Europa donde quiero tomar tierra.

Europa, ese Viejo Continente, ha cambiado de geopolítica desde que el Reino Unido consideró pertinente abandonarla mientras el Nuevo Mundo, gracias a Trump, se detiene en una versión de la modernidad cuyo ideal son los años cincuenta.

Quisiera dirigirme a lo que llamo tentativamente «patria europea». Europa está sola, es cierto, pero solo Europa puede retomar el hilo de su propia historia. Precisamente, porque vivió ese agosto de 2014 poniendo al resto del mundo de su parte, contra la mundialización y contra el regreso a las fronteras nacionales y étnicas.

Europa tiene todas las virtudes de sus defectos. Ser un viejo continente cuando se habla de generación y no solamente de producción es una ventaja y no un inconveniente. Es retomar la cuestión de la transmisión. Es abrazar la esperanza de pasar de lo moderno a lo contemporáneo.

Se dice que esta Europa de reglamentos y acuerdos es burocrática, la llamada Europa de Bruselas. Sin embargo, como invención jurídica, ofrece una de las respuestas más interesantes a la

idea, de nuevo extendida por todas partes, según la cual el Estado nación parece ser el único capaz de proteger a los pueblos garantizándoles la seguridad.

Mediante un increíble bricolaje, la Unión Europea ha logrado materializar de mil maneras la superposición (*overlap*) entre intereses nacionales. Con su entramado de reglamentos, que alcanza la complejidad de un ecosistema, Europa señala una vía. Ese es exactamente el tipo de experiencia necesaria para abordar el mutación ecológica que cabalga por encima de todas las fronteras.

Las dificultades mismas del Brexit para salir de la UE señalan en qué medida la construcción es original porque ha logrado complicar la idea de soberanía delimitada por fronteras estancas. Esa cuestión ha quedado resuelta: si el Estado nación ha sido durante tanto tiempo el vector de la modernización contra viejas pertenencias, ahora no es más que otro nombre de lo Local. Ya no es el nombre del mundo habitable.

Se dice que la Europa continental ha cometido el pecado del etnocentrismo y ha pretendido dominar el mundo, que es preciso entonces provincializarla para devolverla a sus justas dimensiones.[105] Hoy en día, esa provincialización la está salvando.

Peter Sloterdijk dijo un día que Europa era el club de las naciones que había renunciado definitivamente al imperio. Dejemos que los partidarios del Brexit, los electores de Trump, los turcos, los chinos y los rusos se entreguen de nuevo al sueño de la dominación imperial.[106] Sabemos que siguen soñando con reinar en un territorio, en el sentido de la cartografía, pero no tienen más oportunidades que nosotros de dominar esta Tierra que hoy nos domina del mismo modo que a ellos.

Europa conoce los límites de su extensión en el espacio global. Ya no puede pretender dictar el orden mundial, desde luego, pero puede ofrecer un ejemplo de lo que significa volver a encontrar un suelo habitable.

Después de todo, fue ella quien pretendió inventar el Globo, en el sentido de espacio captado por instrumentos de la cartografía. Un sistema de coordenadas tan potente —demasiado— que permite registrar, conservar, proteger la multiplicidad de las formas de vida. Esa es la primera representación de un mundo común: simplificado, por supuesto, pero común; etnocéntrico, claro, pero común; objetivante, desde luego, pero común.

Se ha dicho todo lo que podía decirse contra esta visión demasiado cartográfica, demasiado unificante del mundo —me incluyo—, pero hay que reconocer que el proyecto europeo permite proponer un primer referente para posibilitar una empresa diplomática.

Que Europa no haya podido evitar que el Globo se le escapara de las manos para transformarse en Global le impone una responsabilidad especial. A ella le corresponde desglobalizar ese proyecto para devolverle su virtud. A pesar de todo, siempre ha estado llamada a redefinir la soberanía de los estados nación, cuyo modelo inventó.

Sí, Europa era peligrosa cuando se creía capaz de dominar el mundo. Pero ¿no sería aún más peligrosa haciéndose pequeña y buscando, como un ratón, esconderse de la historia? ¿Cómo podría escapar a su vocación de recordar, en todos los sentidos de la palabra, la forma de modernidad que ha inventado? En razón de los crímenes que ha cometido, la pequeñez le está prohibida.

De todos esos crímenes el más importante es haber creído que podía instalarse en lugares, territorios, países y culturas eliminando a sus habitantes o reemplazando sus formas de vida por las suyas —en nombre de la necesaria civilización—. Fue ese crimen, como sabemos, el que forjó la imagen y la forma científica del Globo.

Pero incluso ese crimen es otra de sus ventajas: la exime para siempre de la inocencia, de esa idea según la cual podría rehacerse la historia desde cero, rompiendo con el pasado, o escapar, de una vez por todas, a la historia.

Si la primera Europa Unida se hizo por abajo —el carbón, el hierro y el acero—, la segunda se hará también por abajo, la humilde materia de un suelo un poco duradero. Si la primera Europa

Unida se hizo para dar una casa común a los millones de personas desplazadas, como se decía al final de la última guerra, entonces la segunda se hará también por y para las personas desplazadas de hoy.

Europa no tiene sentido si no vuelve sobre los abismos abiertos por la modernización. Este es el mejor sentido que puede dársele a la idea de modernización reflexiva.[107]

De todas maneras, se le impone otro sentido de la reflexividad: el choque de la mundialización. Si Europa lo olvidara, las migraciones le recordarían que no puede escapar a sus acciones pasadas.

Algunos fariseos se indignan de que tanta gente pretenda cruzar las fronteras de Europa para venir a instalarse impúdicamente «en nuestra casa» haciendo «como si estuvieran en su casa». Había que haberlo pensado antes, antes de los grandes descubrimientos, antes de la colonización, antes de la descolonización.

Si Europa le teme a la Gran Sustitución, tenía que haber empezado por evitar sustituir las tierras vírgenes por sus propios modos de vida.

Es como si Europa hubiera hecho un pacto centenario con los migrantes potenciales: nosotros vinimos a vuestro territorio sin consultaros; vosotros vendréis al nuestro sin consultarnos. Toma y daca. No hay ninguna escapatoria. Después de haber invadido todos los pueblos, todos los pueblos vienen a Europa.

Tanto más cuanto Europa hizo otro pacto con terrestres que se proponían invadir sus fronteras: aguas oceánicas, ríos secos o crecidos, bosques obligados a migrar rápidamente para no ser alcanzados por el cambio climático, microbios y parásitos, todos ellos aspiran también a la Gran Sustitución. Habéis venido a nuestra casa sin consultarnos; nosotros iremos a la vuestra sin consultaros. Después de haberse aprovechado de todos los recursos, esos mismos recursos, convertidos en actores de pleno derecho, se han puesto en marcha, como el bosque de Birnam, para recuperar sus bienes.

En parte, es en el territorio europeo donde pueden converger las tres grandes cuestiones de nuestro tiempo: ¿cómo sustraerse a la mundialización-menos? ¿Cómo asimilar la reacción del sistema tierra ante las acciones humanas? ¿Cómo organizarse para acoger a los refugiados?

Esto no quiere decir que otros territorios no lo harán. Quiere decir que Europa, por su historia, debe ser la primera en lanzarse por ser la primera responsable.

¿Pero qué Europa? ¿Quién es europeo? ¿Cómo asociar la bella expresión de terreno de vida a ese aparato burocrático y sin alma?

¡Sin alma, Europa! ¡Qué mal la conocéis! Habla decenas de idiomas —y gracias a los refugiados, miles—. Ocupa de sur a norte y de este a oeste centenares de ecosistemas diferentes. Tiene, en todas partes, en cada pliegue de terreno, en cada esquina, la huella de batallas que han vinculado a cada uno de sus habitantes con todos los demás. Tiene ciudades, ¡y qué ciudades! Europa es un archipiélago de ciudades suntuosas. Mirad esas ciudades y comprenderéis por qué tanta gente, de tantas partes, busca una oportunidad de habitar en ellas —aunque sea en sus periferias—.

Europa ha tejido y destejido, de todas las maneras posibles, los límites y las virtudes de la soberanía. Ha saboreado desde hace siglos el pan de la democracia. Es lo bastante pequeña para no tomarse por el mundo entero y lo bastante grande para no limitarse a un pequeño terruño. Es rica, increíblemente rica, y su riqueza está garantizada en un suelo que no ha sido completamente devastado —en parte, como sabemos, porque ha invadido y devastado el de los otros—.

Aunque parezca increíble, ha logrado conservar una campiña, paisajes y administraciones, e incluso estados providencia que aún no han sido desmantelados.

Otra ventaja derivada de sus vicios: tras extender la economía al planeta, ha sabido no intoxicarse con ella por completo. Con la economización sucede como con la modernización: es un

veneno de exportación del que los europeos han logrado protegerse, al menos en parte, con sutiles antídotos.

¿Sus límites no son claros? Nadie sabe dónde termina. ¿Pero de qué organismo terrestre puede decirse dónde comienza y dónde termina? Europa es mundial a su manera, como todos los terrestres.

Parece que otras culturas la llaman decadente y pretenden oponerle sus propias formas de vida. Que nos muestren su virtud esos pueblos que se burlan de la democracia —y, entonces, dejaremos juzgar a los demás pueblos—.

Europa retoma el hilo de su historia. Ha querido ser el mundo entero. Ha tenido una primera tentativa de suicidio. Luego otra. Ambas estuvieron a punto de ser exitosas. Después creyó escaparse de la historia poniéndose a salvo bajo el paraguas americano. Ese paraguas moral tanto como atómico se cerró. Europa está sola y sin protector. Este es precisamente el momento para que vuelva a entrar en la historia sin imaginarse que la va a dominar.[108]

¿Es una provincia? Bueno, es exactamente lo que necesitamos: una experimentación local, sí, provinciana, de lo que es habitar una tierra después de la modernización, con aquellos que la modernización ha desplazado definitivamente.

Como al comienzo de su historia, Europa retoma la cuestión de la universalidad, pero esta vez no se precipita para imponerle a todo el mundo sus propios prejuicios. Nada mejor que un Viejo Continente para recuperar lo que es común y aceptar, temblando, que hoy la condición universal consiste en vivir en las ruinas de la modernidad buscando a tientas dónde habitar.

Después de todo, retomar la cuestión del mundo común en un momento de retorno imprevisto a la barbarie, cuando aquellos que formaban el antiguo Occidente han abandonado la idea misma de componer un orden mundial, ¿no es exactamente una versión más positiva de su historia milenaria?

La Tierra que había querido considerar como Globo se ofrece otra vez como lo Terrestre, en una nueva oportunidad que Europa no ha hecho nada por merecer. Esta nueva oportunidad le sienta bien a la región del mundo que tiene la responsabilidad más grande en la historia del desenfreno ecológico. Una vez más, una debilidad que puede convertirse en ventaja.

Cómo dudar que Europa pueda convertirse en una de las patrias de todos aquellos que buscan un suelo. «Es europeo quien quiera serlo.» Yo quisiera estar orgulloso de ella, de esta Europa arrugada y remendada: quisiera poder llamarla mi país —y su refugio—.

He terminado. Ahora, si os parece, os toca a vosotros presentaros, para que sepamos dónde queréis aterrizar y con quién aceptáis convivir.

La primera versión de este texto se vio beneficiada por los comentarios, a menudo minuciosos, de Alexandra Arènes (con quien estoy en deuda por las figuras), Pierre Charbonnier, Deborah Danowski, Gérard de Vries, Maylis Dupont, Jean-Michel Frodon, François Gemenne, Jacques Grinevald, Émilie Hache, Graham Harman, Chantal Latour, Anne Le Strat, Baptiste Morizot, Dominique Pestre, Isabelle Stengers y Clara Soudan. He tratado de tenerlos a todos en cuenta.

Algunas secciones de este texto han sido sacadas de «L'Europe seule. Seule l'Europe», en Benoît Hamon, Yannick Jadot y Michel Wieworka (dir.), *La Politique est à nous*, París, Robert Laffont, 2017, pp. 269-276 y «L'Europe refuge», en Heinrich Geiselberger (dir.), *L'Âge de la régression*, París, Premier parallèle, 2017, pp. 115-126, así como de los artículos de prensa: «Propositions pour recaler nos GPS politiques», *Libération*, 3 de febrero de 2016; «Comment ne pas se tromper sur Trump», *Le Monde*, 13 de diciembre de 2016.

Una parte de estas investigaciones ha sido realizada gracias al proyecto «Politiques de la terre à l'époque de l'anthropocène», USPC-Sciences Po.

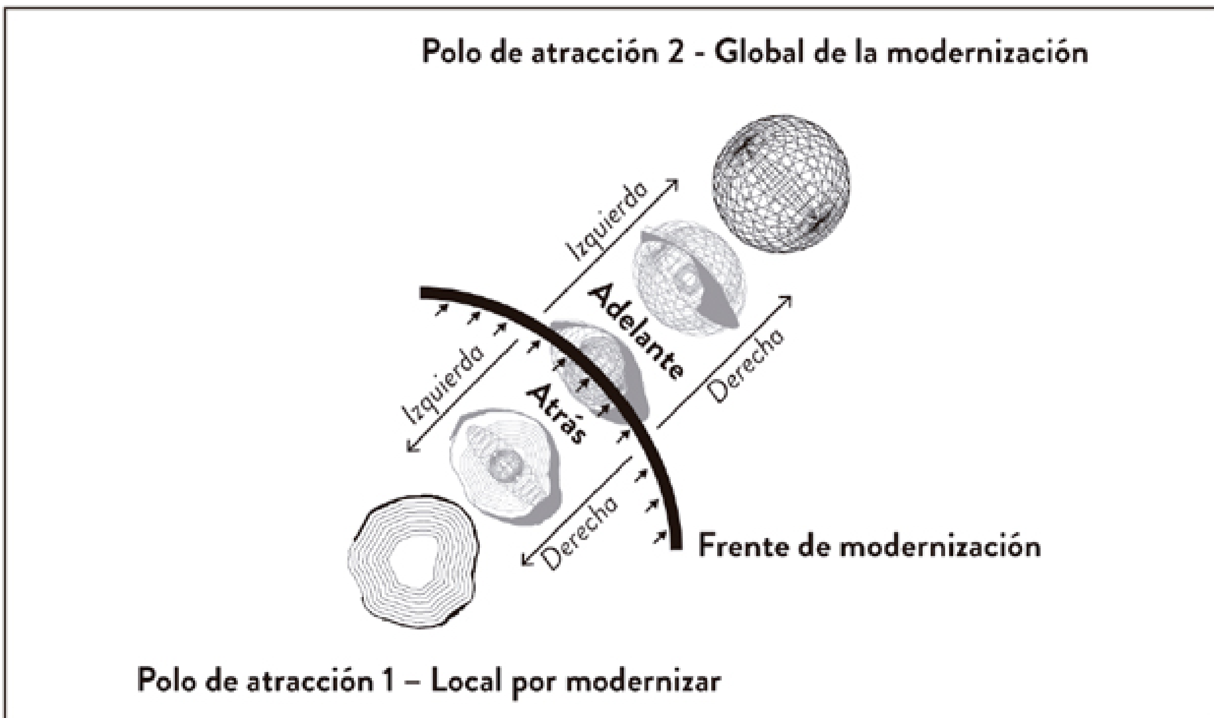


Figura 1

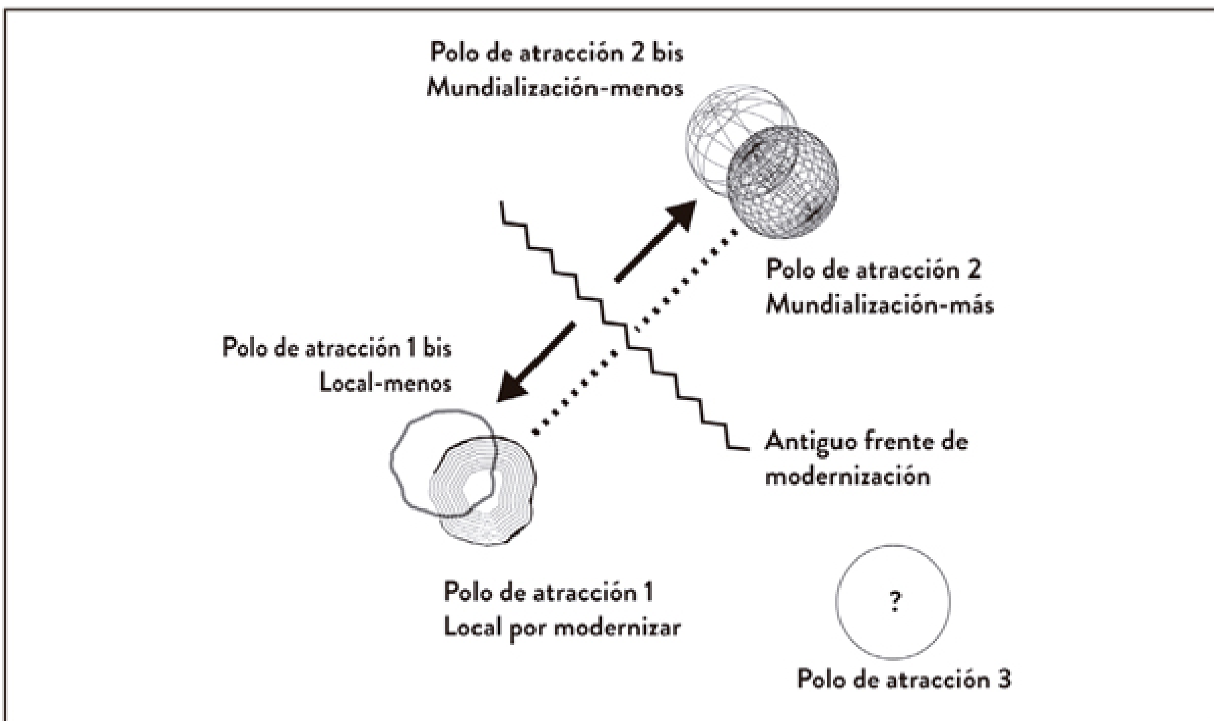


Figura 2

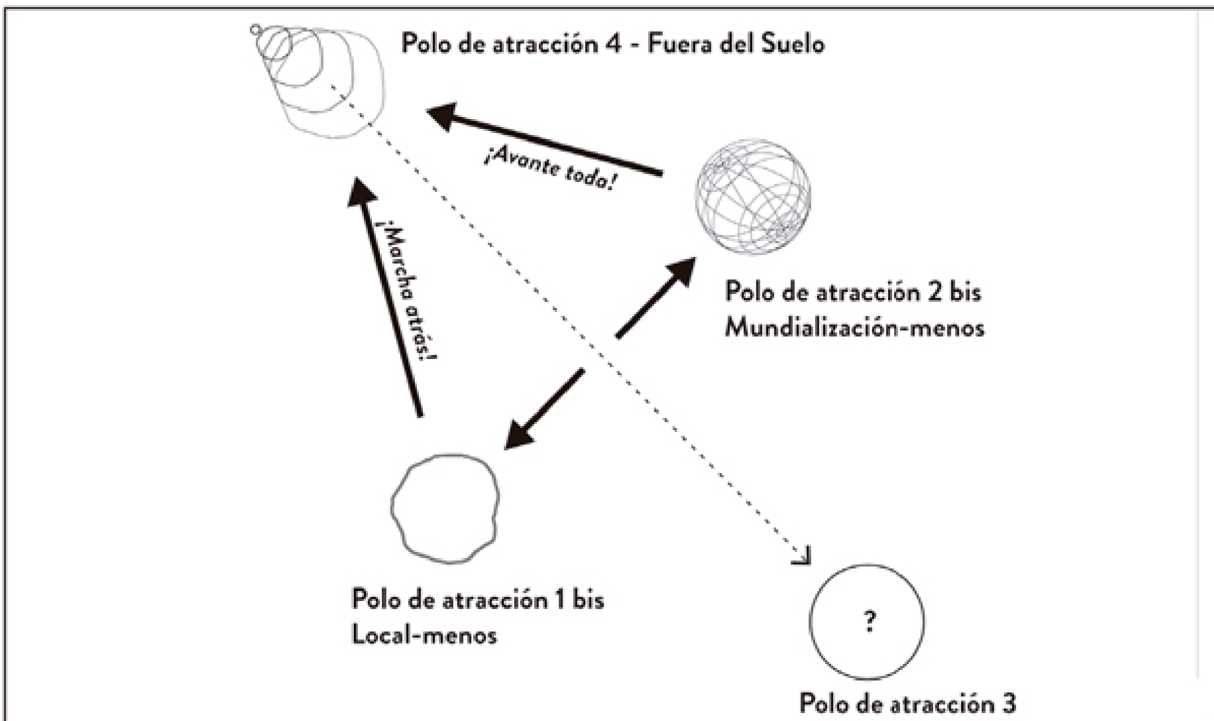


Figura 3

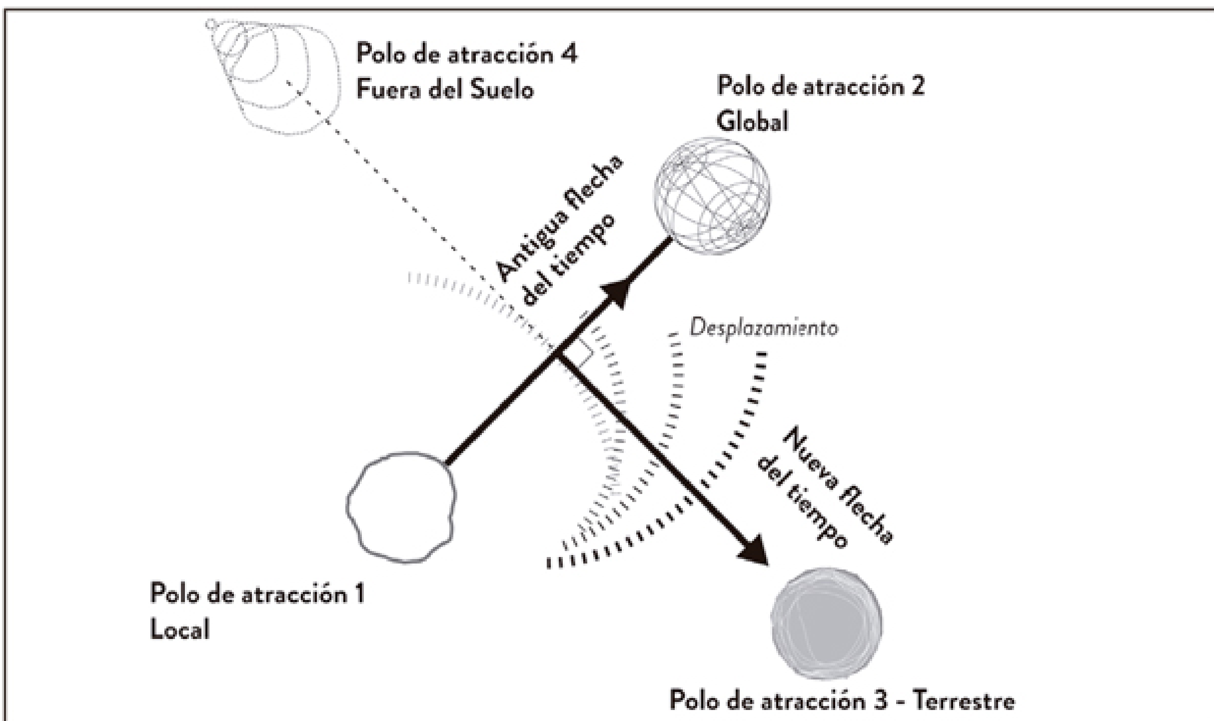


Figura 4

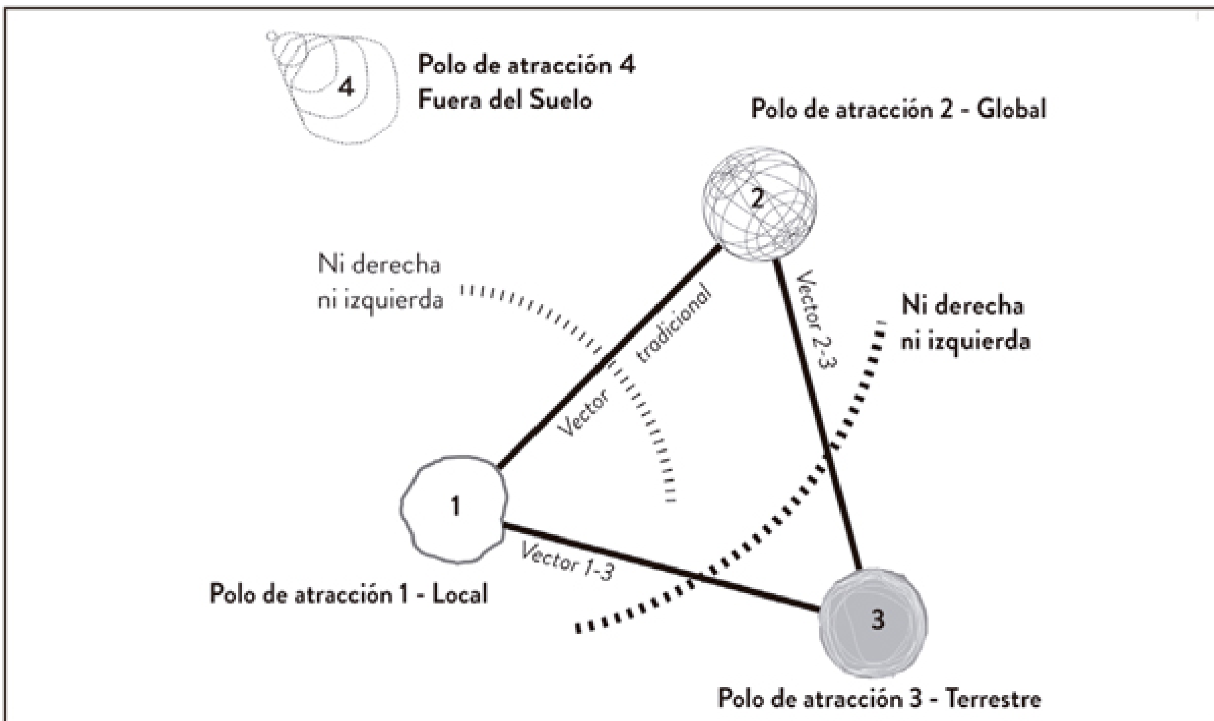


Figura 5

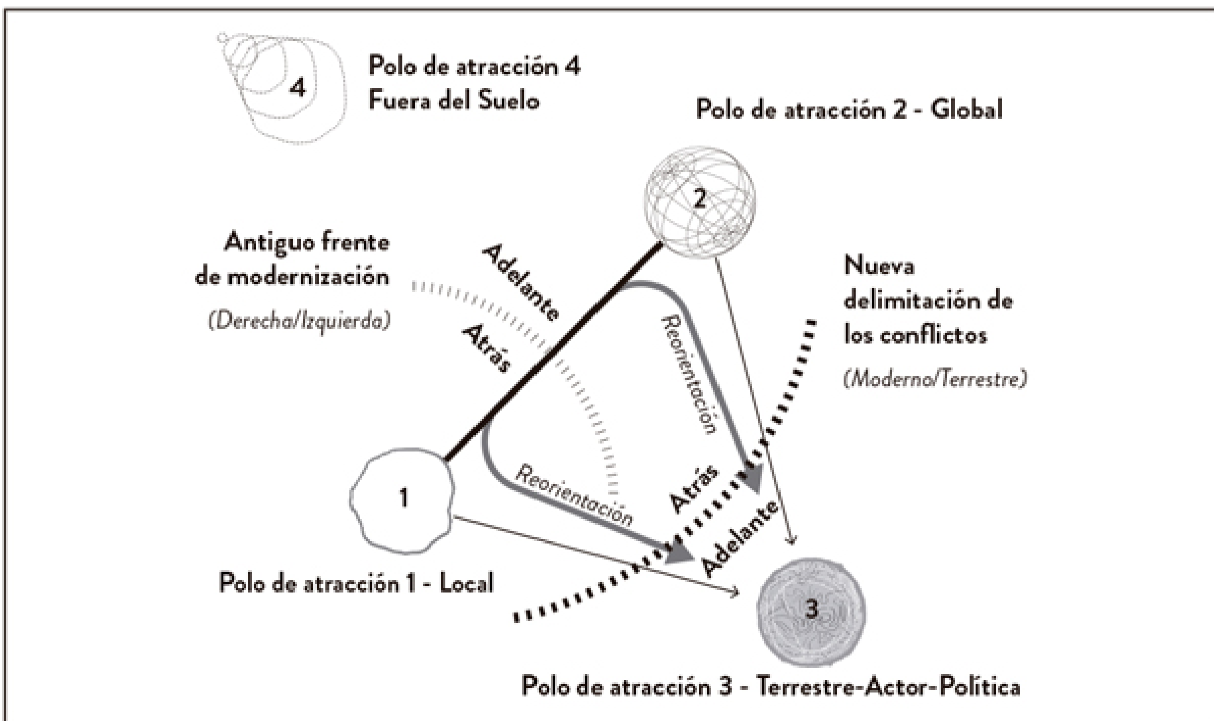


Figura 6

NOTAS

[1] Frase pronunciada por el yerno de Donald Trump, citada por Sarah Vowell, *New York Times*, 9 de agosto de 2017.

[2] Francis Fukuyama, *La Fin de l'histoire ou le dernier homme*, París, Flammarion, 1992. [Hay trad. cast.: Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.]

[3] La expresión «nuevo régimen climático» ha sido desarrollada en Bruno Latour, *Face à Gaïa. Huit conférences sur le Nouveau Régime Climatique*, París, Les Empêcheurs de penser en rond, La Découverte, 2015. [Hay trad. cast.: Bruno Latour, *Cara a cara con el planeta,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.]

[4] Los católicos han hecho todo lo posible por ignorar la relación entre pobreza y desastre ecológico, relación claramente articulada, sin embargo, en la encíclica del Papa Francisco, *Laudato Si'. Sobre el cuidado de la casa común,* Roma, Libreria Editrice Vaticana, 2015. [Existen varias ediciones en español: Estella, Editorial Verbo Divino, 2015; Madrid, Editorial San Pablo, 2015, y otras.]

[5] Incluso el presidente Macron, indiferente a esas cuestiones, se sintió obligado a referirse a ellas hasta el punto de lanzar el #MaketheEarthGreatAgain.

[6] Dina Ionesco, Daria Mokhnacheva y François Gemenne*, Atlas des migrations environnementales,* París, Presses de Sciences Po, 2016.

[7] La lectura de las INDC (Intended Nationally Determined Contributions en la jerga de la ONU) preparadas para la COP21 presenta los proyectos de desarrollo de cada país (véase <diplomatie.gouv.fr/fr/politique-etrangerede-la-france/climat/paris-2015-cop21/les-contributionsnationales-pour-la-cop-21>, consultado el 7 agosto de 2017.

[8] La expresión «aprender a vivir en las ruinas» viene del muy importante libro de Anna Lowenhaupt Tsing, *Le Champignon de la fin du monde. Sur les possibilités de vivre dans les ruines du capitalisme*, París, Les Empêcheurs de penser en rond, La Découverte, 2017, trad. de Philippe Pignarre. Argumento recogido y desarrollado con otros ejemplos en Anna Lowenhaupt Tsing, Nils Bubandt, Elaine Ganet, Heather Anne Swanson (dir.), *Arts of Living on a Damaged Planet: Ghosts and Monsters of the Anthropocene*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2017.

[9] La idea de frente de modernización y la manera en que reparte las emociones políticas ha sido desarrollada en Bruno Latour, *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*, París, La Découverte, 1991. [Hay trad. cast.: Bruno Latour, *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.]

[10] Karl Polanyi, *La Grande transformation. Aux origines politiques et économiques de notre temps*, París, Gallimard, 1983 [1945]. [Hay trad. cast.: Karl Polanyi, *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, FDE, 2017.]

[11] Por convenio, «tierra» con minúscula corresponde al marco tradicional de la acción humana (humanos en la naturaleza) y «Tierra» con mayúscula, a una potencia de acción a la cual se le reconoce, a falta de ser plenamente instituida, algo así como una función política.

[12] Sobre esta historia, véase, entre otros, Spencer Weart, *The Discovery of Global Warming*, Cambridge, Harvard University Press, 2003. [Hay trad. cast.: Spencer Weart, *El calentamiento global. La historia de un descubrimiento científico*, Pamplona, Laetoli, 2006.]

[13] Jean-Baptiste Fressoz, *L'Apocalypse joyeuse. Une histoire du risque technologique*, París, Seuil, 2012.

[14] Naomi Oreskes y Erik M. Conway, *Les Marchands de doute*, París, Le Pommier, 2012, trad. de Jacques Treiner.

[15] Esta datación es evidentemente muy vaga, pero no contradice los datos de Thomas Piketty (*Le Capital au XXIe siècle*, París, Seuil, 2013) [*El capital en el siglo XXI,* México, FCE, 2015], ni la muy meticulosa exploración de Dominique Pestre de la manera en que la ciencia económica ha absorbido y eufemizado la ecología. Véase en particular: Dominique Pestre, «La mise en économie de l'environnement comme règle, 1970-2010. Entre théologie économique, pragmatisme et hégémonie politique», *Écologie et Politique*, 52, 2016. Las reacciones al informe del Club de Roma de 1972 pueden servir de referente para estas cuestiones cronológicas. Véase la tesis de Élodie Vieille-Blanchard, *Les Limites à la croissance dans un monde global. Modélisations, prospectives, réfutations*, París, EHESS, 2011.

[16] Para un sorprendente retrato psicológico del dueño del *Titanic*, sobreviviente del naufragio, léase Frances Wilson, *How to Survive the Titanic: The Sinking of J. Bruce Ismay*, Nueva York, Harper, 2012.

[17] David Kaiser y Lee Wasserman, «The Rockefeller family fund takes on Exxon Mobil», *New York Review of Books*, 8 y 22 de diciembre de 2016. Geoffrey Supran y Naomi Oreskes, «Assessing ExxonMobil's climate change communications (1977-2014)», *Environnemental Research Letters*, 12, 2017.

[18] Evan Osnos, «Quand les ultra-riches se préparent au pire», *Le Crieur*, 7, 2017, pp. 7-21, traducido del *New Yorker*, 30 de enero de 2017.

[19] El problema de las teorías del complot, como lo ha mostrado Luc Boltanski, es que a veces son totalmente reales (*Énigmes et complots. Une enquête à propos d'enquêtes*, París, Gallimard, 2012 [*Enigmas y complots. Una investigación sobre investigaciones*, México, FCE, 2016]). Y estamos tentados de darle la razón tras la lectura del nuevo libro de Nancy Maclean, *Democracy in Chains: The Deep History of the Radical Right's Stealth Plan for America*, Londres, Penguin Random House, 2017.

[20] Dominique Pestre, *Introduction aux Science Studies*, París, La Découverte, 2006. Para una descripción y un resumen educativo: Bruno Latour, *Cogitamus. Six lettres sur les humanités scientifiques*, París, La Découverte, 2010. [Hay trad. cast.: *Cogitamus. Seis cartas sobre las humanidades científicas*, Barcelona, Paidós, 2012].

[21] James Hoggan, *Climate Cover-Up. The Crusade to Deny Global Warming*, Vancouver, Greystone Books, 2009. [Hay trad. cast.: *Cortina de humo sobre el cambio climático. La cruzada para negar el calentamiento globlal*, Barcelona, Librux, 2017.]

[22] Véase el breve pero muy impresionante libro de M. Conway y Naomi Oreskes, *L'Effondrement de la civilisation occidentale*, París, Les liens qui libèrent, 2014, trad. de Françoise y Paul Chemla.

[23] Lo que no quiere decir que los comentaristas son conscientes de ello. En un manifiesto publicado en doce lenguas, que agrupa lo que los intelectuales piensan sobre la «gran regresión» —o mejor, la sorpresa que sienten ante el «ascenso del populismo»—, un solo capítulo, el mío, trata este asunto: Heinrich Geiselberger (dir.), *L'Âge de la régression*, Premier parallèle, París, 2017.

[24] Véase el sitio web de la Universidad de la Singularidad: <su.org>, consultado el 7 de agosto de 2017.

[25] La multiplicación a Izquierda y Derecha de reivindicaciones cada vez más estridentes por aferrarse a una identidad consistente y para definir la política como la adhesión a valores no negociables muestra que el segundo polo, el Globo, ha dejado de ejercer la atracción que permitía fusionarlas en un proyecto de universalidad.
[26] Le doy las gracias a Jean-Michel Frodon por establecer la relación con la película *Sully*, 2016.
[27] El texto de Eric Hazan y Julien Coupat en *Libération*, publicado el 24 de enero de 2016, indica que no se trata de plegarse al vector tradicional: «Creemos que estamos asistiendo a una destitución de todos los aspectos de la existencia presente. Estos últimos años nos han probado con creces que ese movimiento cuenta con aliados en todas partes. Hay que *devolver ciertas cosas a la tierra y retomar el control* de todo lo que sustenta nuestras vidas y trata todo el tiempo de escapársenos. Lo que debemos preparar no es un estado de sitio, sino un movimiento continuo de *sustracción*, la destrucción atenta, sutil y metódica de toda política que *se desentienda* del mundo sensible». Los énfasis en *cursiva* son míos. Tal destitución —la palabra «sustitución» sería más exacta— sería una buena traducción para el inglés *reclaim*.
[28] Diferente del pensamiento conservador, como lo muestra el artículo de Jeremy W. Peters, «They're building a Trump-centric movement. But don't call it trumpism», *New York Times*, 5 de agosto de 2017.
[29] Fue a finales del siglo XX cuando la cuestión del clima se convirtió en un tema tan esencial para definir a los republicanos como el tema del aborto o el antidarwinismo. La estrategia de Scott Pruitt, nuevo director de la EPA (Oficina de Protección del Medio Ambiente), para obstruir el conocimiento sobre la cuestión climática, es más coherente que la de su presidente.
[30] Con la interesante novedad de que la potencia del fuego no está solamente en las armas atómicas sino, según los modelos, en un clima de +3,5° (algunos hablan de +5°, +7° o incluso +8°).
[31] El tema de la geohistoria fue introducido en un célebre artículo de Dipesh Chakrabarty, «The climate of history: Four theses», *Critical Enquiry*, 35, invierno de 2009, pp. 197-222. Véase su capítulo en: Émilie Hache (dir.), *De l'univers clos au monde infini*, París, Éditions Dehors, 2014.
[32] Émilie Hache, *Reclaim. Recueil de textes écoféministes,* París, Cambourakis, 2016.
[33] Michel Tournier dibuja bien esta figura del espíritu moderno en pleno reaprendizaje con su Robinson, a quien Viernes debe explicarle pacientemente cómo debe comportarse en su isla para dejar de ser un extranjero. Es tan completa la inversión de los vínculos entre poseedor y posesión que Crusoe decide quedarse en la isla Speranza. Michel Tournier, *Vendredi ou les limbes du Pacifique*, París, Gallimard, 1967. [Hay trad. cast.: *Viernes o los limbos del Pacífico*, Barcelona, Alfaguara, 1992.]
[34] Clive Hamilton, Christophe Bonneuil y François Gemenne, *The Anthropocene and the Global Environment Crisis: Rethinking Modernity in a New Epoch*, Londres, Routledge, 2015.
[35] Una excelente presentación se encuentra en Timothy Lenton, *Earth System Science*, Oxford, Oxford University Press, 2016.
[36] De ahí la viva disputa sobre el regreso o no de la figura de lo humano como actor principal. Por poner dos extremos: Donna Haraway, *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*, Durham, Duke University Press, 2016, y Clive Hamilton, *Defiant Earth: The Fate of Humans in the Anthropocene*, Cambridge, Polity Press, 2017
[37] Agradezco a Aurélien Gamboni y Sandrine Tuxeido el haber establecido el vínculo entre Poe y la crisis climática.
[38] Ver Serge Audier, *La Société écologique et ses ennemis. Pour une histoire alternative de l'émancipation*, París, La Découverte, 2017, sobre la antigüedad de la preocupación que, retrospectivamente, llamamos ecológica, lo que sería como volver a las tradiciones románticas.
[39] <globalwitness.org/en/campaigns/environmental-activists/dangerous-ground>, consultado el 7 de agosto de 2017.

[40] Bruno Karsenti y Cyril Lemieux, *Socialisme et Sociologie*, París, EHESS, 2017. Los autores terminan por admitir, después de tomar infinitas precauciones, que la ecología puede tener algo que decir sobre una sociedad cuya definición, quizá, Durkheim hubiera aceptado ampliar…

[41] Agradezco a Anne Le Strat haberme comunicado su experiencia como representante y consultora.

[42] De Blair a Macron, pero también, más seriamente, en teoría social: Anthony Giddens, *Beyond Left and Right: The Future of Radical Politics*, Londres, Polity Press, 1994. [Hay trad. cast.: *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Madrid, Cátedra, 2011.]

[43] Este es el sentido que suele dar Gilles Deleuze a esta diferencia, que en ese caso sería de orden natural y no contingente.

[44] Es el mismo problema de los afectos que ha desencadenado el tema del decrecimiento. En el horizonte moderno, decrecer significa retroceder. De ahí la importancia de proponer otros términos como el de prosperidad, según lo sugiere Maylis Dupont. En el nuevo vector, en lugar de aspirar a progresar, deberíamos buscar prosperar.

[45] Mi agradecimiento a Pierre Charbonnier por haberme señalado la importancia de esta continuidad. Los capítulos siguientes deben mucho a sus investigaciones en curso. Véase también: Pierre Charbonnier, Bruno Latour y Baptiste Morizot. «Redécouvrir la terre», *Tracés*, 2017, pp. 227-252.

[46] Anna Tsing propone un esquema que no sitúe todos los temas entre los cuatro polos de atracción, lo que sería más realista pero más difícil de representar. Comunicación personal, Aarhus, junio de 2016.

[47] Bruno Latour y Peter Weibel, *Making Things Public: Atmospheres of Democracy*, Cambridge, MIT Press, 2005.

[48] Noortje Marres, *Material Participation: Technology, the Environment and Everyday Publics*, Londres, Palgrave, 2012. A Marres debemos el bello eslogan «No issue, no politics».

[49] Polanyi, *La gran transformación, op. cit.*

[50] Las dificultades de los sociólogos de lo social para situar la sociología de las asociaciones (llamada también del actor red) va a la par con la lentitud de los movimientos socialistas para definir qué hacer con los asuntos ecológicos. Recordemos que «colectivo» es el término que permite reemplazar «social», ampliando la gama de las asociaciones así agrupadas. Bruno Latour, *Changer de société - refaire de la sociologie*, París, La Découverte, 2006, trad. de O. Guilhot.

[51] El término señala el crecimiento exponencial de la huella de la actividad humana en el planeta y comienza, por convenio, en la posguerra. Es, si se quiere, la versión distópica de los «treinta años gloriosos». Will Steffen, Wendy Broadgate, Lisa Deutsch, Owen Gaffney y Cornelia Ludwig. «The trajectory of the anthropocene: The great acceleration», *The Anthropocene Review*, 1-18, 2015.

[52] Bloqueo visible también en los continuos lamentos sobre el fin del espíritu revolucionario, sobre la necesidad de inventar nuevas utopías o de proponer nuevos mitos movilizadores. En última instancia, pretextos para seguir soñando instalados en la misma trayectoria histórica.

[53] Pierre Charbonnier, «Le socialisme est-il une politique de la nature ? Une lecture écologique de Karl Polanyi», *Incidences*, 11, 2015, pp. 183-204.

[54] Retomamos aquí la pregunta formulada por el libro de Naomi Klein, *Tout peut changer. Capitalisme et changement climatique*, Arles, Actes Sud, 2015 [hay trad. cast.: *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, Barcelona, Paidós, 2015] tratando de comprender por qué, precisamente, pocas cosas cambian debido a esa estabilidad de los referentes políticos —y en particular por la estupefacción que crea el término capitalismo—.

[55] O es que en realidad no logran salir de un modelo que vuelve a naturalizar las cuestiones. Es el problema de todas las metáforas biológicas como la del metabolismo. De ahí la importancia de revisar hacia atrás las metáforas naturales para asegurarse de que no van a extinguir precisamente la

política que se pretende impulsar. Véase Jason Moore, *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*, Nueva York, Verso, 2015, título que resume el problema que aquí tratamos de delimitar.

[56] Timothy Mitchell, *Carbon Democracy. Le pouvoir politique à l'ère du pétrole*, París, La Découverte, 2013, trad. de Christophe Jacquet.

[57] La obsesión de Trump por regresar al carbón ofrece una ilustración casi perfecta de la nueva geopolítica: una utopía humeante y anhelada con todas sus relaciones sociales, en una tierra que ya no existe y en una época superada hace cincuenta años.

[58] Tomo este contraste de Michel Lussault, *De la lutte des classes à la lutte des places*, París, Fayard, 2009, pero en un sentido un poco diferente. Reconozco que geo-social mantiene el dualismo y pone el énfasis en el guion (-). En este caso, más vale poner el vino nuevo en odres viejos.

[59] Citado en <reporterre.net/Nous-ne-defendons-pas-la-nature-nous-sommes-la-nature-qui-se-defend>, consultado el 7 de agosto de 2017.

[60] Bruno Latour, *Politiques de la nature. Comment faire entrer les sciences en démocratie*, París, La Découverte, 1999. [Hay trad. cast.: *Políticas de la naturaleza. Por una democracia de las ciencias*, Barcelona, RBA, 2013.]

[61] En esto consiste el sentido del trabajo de Timothy Mitchell (*Carbon democracy*, *op. cit.*): comprender la inversión de una ciencia de los límites a una ciencia de lo ilimitado.

[62] Dejar a los hijos un mundo menos habitado que aquel en el que nacimos y vivir con la idea de que somos agentes de la sexta extinción son algunas de las preocupaciones que tiñen de tragedia la cuestión ecológica.

[63] Término introducido por Edmund Husserl. El tema del universo infinito remite a la obra clásica de Alexandre Koyré, *Du monde clos à l'univers infini*, París, Gallimard, 1962. [Hay trad. cast.:. *Del mundo cerrado al universo infinito*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1979.]

[64] Véase el magnífico libro en tres volúmenes publicado bajo la dirección de Dominique Pestre, *L'Histoire des sciences et des savoirs*, el cual logra una visión historicista y sobre todo localizar geográficamente a los productores de universalidad.

[65] Isabelle Stengers, *L'Invention des sciences modernes*, París, La Découverte, 1993.

[66] Isabelle Stengers, *La Vierge et le Neutrino*, París, Les Empêcheurs de penser en rond, 2005. Véase en particular el anexo.

[67] Lo paradójico es que una máquina no obedece en absoluto a los principios del mecanismo, que son una forma de idealismo. Este tema ha sido desarrollado por Georges Simondon, *Du mode d'existence des objets techniques*, París, Aubier, 1958. [Hay trad. cast.: *Del modo de existencia de los objetos técnicos*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.]

[68] Didier Debaise, *L'Appât des possibles. Reprise de Whitehead*, Dijon, Les Presses du Réel, 2015. El autor ofrece una visión particularmente esclarecedora de la historia filosófica de esta bifurcación.

[69] De ahí el título, a veces incomprendido, de Émilie Hache (dir.), *De l'univers clos au monde infini, op. cit*. El mundo es infinito por sus repliegues; el infinito con respecto al cual el universo, por vasto que sea, parece cerrado.

[70] El término «naturalista» recibió una definición canónica en Philippe Descola, *Par-delà nature et culture*, París, Gallimard, 2005. [Hay trad. cast.: *Más allá de naturaleza y cultura*, Barcelona, Amorrortu, 2012.]

[71] Silvia Federici, *Caliban et la sorcière. Femmes, corps et accumulation primitive*, Marsella, Entremonde, 2014. [Hay trad. cast.: *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid, Traficantes de sueños, 2010.] Ver también la compilación ya citada de Émilie Hache.

[72] Idea obsesiva del pensamiento reaccionario sobre el riesgo de que las migraciones alóctonas lleguen a reemplazar a los pueblos autóctonos «de pura cepa». Como todas las obsesiones, esta idea simboliza y traslada la presencia de otro fenómeno, de otra gran sustitución: el cambio de suelo.

[73] De ahí el esfuerzo por hacer visible el contraste entre Planeta y Terrestre facilitado por la cartografía, como se muestra en el proyecto, próximo a publicarse, de Frédèrique Ait-Touati, Alexandra Arènes y Axelle Grégoire: *Terra Forma*.
[74] Sobre este punto, es importante lo expuesto respecto a la producción en la segunda parte del libro ya citado de Descola.
[75] Brusca transformación de la mirada que nos obliga a leer ávidamente a Nastassja Martin, *Les Âmes sauvages. Face à l'Occident, la résistance d'un peuple d'Alaska*, París, La Découverte, 2016, y a Lowenhaupt Tsing, *Le Champignon de la fin du monde*, *op. cit*.
[76] Sébastien Dutreuil, *Gaïa: Hypothèse, programme de recherche pour le système terre, ou philosophie de la nature ?*, tesis doctoral, París, Université de Paris-I, 2016. De próxima publicación en La Découverte. Véase también Latour, *Face à Gaïa, op. cit.* y Lenton, *Earth System, op. cit.*
[77] James E. Lovelock, *La Terre est un être vivant. L'hypothèse Gaïa*, París, Flammarion Champs, 1999.
[78] El regreso triunfal de Alexander von Humboldt es un síntoma del desplazamiento hacia esas otras ciencias de la tierra. Véase el best seller de Andrea Wulf, *The Invention of Nature: Alexander von Humboldt's New World,* Nueva York, Knopf, 2015. [Hay trad. cast.: *La invención de la naturaleza. El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*, Barcelona, Taurus, 2017.]
[79] Esta teletransportación metafórica se advierte en los argumentos desarrollados en Deborah Danowski y Eduardo Vivieros de Castro, «L'arrêt du monde», en Hache, *De l'univers clos au monde infini, op. cit.*
[80] Término empleado por una red de investigadores en ciencias de la tierra para comparar lugares ocupados —a menudo cuencas— combinando los saberes de disciplinas que suelen trabajar por separado. En singular, el término «Zona Crítica» señala la fina película donde la vida ha modificado radicalmente la atmósfera y la geología —por oposición, ya sea al espacio, más allá, ya sea a la geología profunda, más aquí—.
[81] Gran parte del trabajo de Isabelle Stengers propone atenuar esta descalificación sin restarle importancia a las ciencias. Es lo que ella denomina «civilizar». Véase su obra más reciente: *Civiliser la modernité ? Whitehead et les ruminations du sens commun*, Dijon, Les Presses du Réel, 2017.
[82] Edwin Zaccai, François Gemenne y Jean-Michel Decroly, *Controverses climatiques, sciences et politiques*, París, Presses de Sciences Po, 2012. La idea de producción activa de ignorancia se popularizó a propósito del caso del tabaco, por Robert N. Proctor, *Golden Holocaust. La conspiration des industriels du tabac*, París, Éditions des Équateurs, 2014, trad. de Matthias Girel.
[83] La cuestión comunista se planteó mal, ante todo, porque se ideó como cuestión social, es decir, como cuestión estrictamente humana. A pesar de ello, nunca ha dejado de estremecer al mundo. Comité invisible, *Maintenant*, París, La Fabrique, 2017, p. 127.
[84] Will STEFFEN *et al.*, «Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet», *Science Express*, 2015.
[85] El mito de los republicanos estadounidenses, según el cual la ciencia del clima es un complot comunista o chino para dominar a Estados Unidos, le da un aspecto enteramente geopolítico a esta nueva potencia, reconocida así como algo intencional. Esto significa que los partidarios de la realidad alternativa son capaces, a pesar de todo, de designar con bastante precisión la realidad que afrontan.
[86] Hamilton, *Defiant Earth, op. cit.*
[87] El éxito de los libros que hablan de la agentividad de seres tan diferentes como los bosques, las bacterias intestinales, los chimpancés o los suelos es prueba del gran viraje que ha tomado la definición de lo que actúa. Es el cambio de paradigma que inició Vinciane Despret. Ver, en particular, *Que diraient les animaux si on leur posait les bonnes questions ?*, París, La Découverte, Les Empêcheurs de penser en rond, 2012.

[88] Por eso es importante la filosofía del organismo elaborada por Whitehead y renovada por Isabelle Stengers, *Penser avec Whitehead. Une libre et sauvage création de concepts*, París, Seuil, 2002.
[89] Término propuesto en Emanuele Coccia, *La Vie des plantes. Une métaphysique du mélange*, París, Payot, 2016.
[90] Michel Callon, *L'Emprise des marchés. Comprendre leur fonctionnement pour pouvoir les changer*, París, La Découverte, 2017.
[91] Polanyi, *La Grande Transformation*, *op. cit.*
[92] Encontramos aquí el sentido de la palabra «ley» tal como la entendía Montesquieu, es decir, ligada a la noción de «clima», término a su vez mal comprendido hasta el nuevo cambio climático, lo que obligaría a escribir algo así como «El espíritu de las leyes de la naturaleza». Estoy en deuda con Gerard de Vries por su interpretación de Montesquieu.
[93] De ahí la extrañeza de ver a Macron y a Trump asistir juntos al desfile militar del 14 de julio de 2017…
[94] Como hicieron muchos después de ver el documental *Demain*, de Cyril Dion y Mélanie Laurent, 2015.
[95] El texto del Comité invisible, *Maintenant, op. cit*., a la vez revolucionario y extrañamente lleno de espiritualidad cristiana, llega a la conclusión práctica de «golpear al policía» para ponerse a la cabeza de las manifestaciones.
[96] Recordemos que el texto de Michael Hardt y Toni Negri, *Empire*, París, UGE, 2000, terminaba con un curioso elogio de san Francisco de Asís. [Hay trad. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2005.]
[97] Starhawk, *Parcours d'une altermondialiste. De Seattle aux Twin Towers,* París, Les Empêcheurs de penser en rond, 2004, trad. de Isabelle Stengers y Édith Rubinstein.
[98] Sobre el magnífico proyecto de Marc Robert y de su grupo, véase el artículo de Heng Rao, Luciana C. Schmidt, Julien Bonin y Marc Robert, «Visible-light driven methane formation from CO2 with a molecular iron catalyst», *Nature*, 17 de julio de 2017.
[99] Según el proyecto de Baptiste Morizot, *Les Diplomates. Cohabiter avec les loups sur une nouvelle carte du vivant*, Marsella, Éditions Wildproject, 2016.
[100] Véase Marie Cornu, Fabienne Orsi y Judith Rochfeld (dir.), *Dictionnaire des biens communs*, París, PUF, 2017.
[101] Hannah Landecker, «Antibiotic resistance and the biology of history», *Body and Society*, 2015, pp. 1-34. Agradezco a Charlotte Brives el haberme dado a conocer este asombroso artículo.
[102] Donna Haraway, *Manifeste des espèces de compagnie*, París, Éditions de l'éclat, 2010, trad. de Jérôme Hansen. [Hay trad. cast.: *Manifiesto de la especies de compañía,* Madrid, Sans Soleil, 2016.]
[103] Mi agradecimiento a los participantes de las exploraciones preliminares en Mielle, Châtelperron y Dompierre-sur-Besbre por renovar prácticamente la descripción de su territorio.
[104] Philippe Grateau, *Les Cahiers de doléances. Une lecture culturelle*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2001.
[105] Dipesh Chakrabarty, *Provincialiser l'Europe. La pensée postcoloniale et la différence historique*, París, Éditions Amsterdam, 2009, trad. de Olivier Ruchet.
[106] Peter Sloterdijk, *Si l'Europe s'éveille*, París, Mille et une nuits, 2003. [Hay trad. cast.: *Si Europa despierta*, Valencia, Pre-textos, 2004.]
[107] Término introducido, con otro significado, en: Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Lash, *Reflexive Modernization: Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*, Stanford, Stanford University Press, 1994. [Hay trad. cast.: *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza, 1997.]
[108] Como lo expresó Angela Merkel al día siguiente de que Trump abandonara el acuerdo de París, el 28 de mayo de 2017: «Nosotros, los europeos, debemos tomar las riendas de nuestro propio

destino».

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) Decidimos conservar la expresión francesa *chez soi* porque designa el sentimiento de arraigo a un lugar con dimensiones variables: el hogar, la ciudad, el país propio, pero también, como este caso, el planeta Tierra.

(2) El autor se refiere al personaje de *Ubu Roi*, pieza de teatro de Alfred Jarry publicada en 1896 y considerada una sátira del ejercicio de la política.

(3) Alusión a *Tartufo*, de Molière, donde la expresión «la corte del rey Pétaud» designa un lugar sumido en el caos.

(4) En el sentido de «quitar vigor a un ser vivo».

(5) Población exclusiva de la región de París, lugar predilecto de residencia de los multimillonarios franceses.

(6) Del alemán *Leben* (vida) y *Raum* (espacio). Su traducción más frencuente es «espacio vital». Forjada en la geopolítica alemana del siglo XIX, la expresión designa el espacio necesario para una población, por lo que ha sido entendida como una manera de nombrar y justificar políticas de conquista territorial.

Bruno Latour, uno de los pensadores más influyentes del mundo, traza un plan de supervivencia con un nuevo actor: la propia Tierra.



El panorama político de los últimos cincuenta años se caracteriza por un peligroso cóctel compuesto de tres ingredientes: la explosión vertiginosa de las desigualdades, la masiva desregulación y la sistemática maniobra de negación del cambio climático. Dónde aterrizar relaciona estos tres fenómenos de sobra conocidos pero cuyos puntos en común han pasado en gran medida desapercibidos. Por ello, la gran energía política que se podría extraer de esta conexión tampoco ha sido aún aprovechada.

Lo que subyace a estas tendencias es la convicción, compartida por los poderosos, de que la amenaza ecológica es real y que la única forma de sobrevivir es abandonar la idea de un futuro común. De ahí su potente inversión en la negación del cambio climático. La tesis de Latour es que no se puede entender ese panorama político si no otorgamos un papel central a la mutación ecológica. Para autor, las clases dirigentes han llegado a la conclusión de que no queda espacio en la tierra para ellas ni para el resto de la gente.

En un momento en el que aumenta la insatisfacción con el ideal de la modernidad, se refuerzan las fronteras nacionales o incluso étnicas y el sueño de la globalización se ha convertido en una pesadilla para la mayoría de las personas, es urgente que aterricemos. Latour traza un mapa de los puntos de vista impuestos por este nuevo panorama y redefine lo que realmente está en juego, mucho más allá de la discusión sobre la izquierda y la derecha o lo global y lo nacional: cómo habitar la Tierra es nuestro mayor desafío.

La crítica ha dicho...

«Fascinante. Latour es uno de los pensadores más interesantes de la escena intelectual mundial. Sabe cómo llamar nuestra atención sobre la complejidad de los problemas, manteniendo una claridad expositiva fuera de lo común.»

La Stampa

«La elección de Donald Trump ha sacado de sus casillas a Bruno Latour. Y cuando este imperturbable filósofo y antropólogo, de temperamento alegre, se sale de sus casillas, se dirige al poder maligno en un estilo deliberadamente abrupto, pero también elabora los medios para combatirlo. Una interesante invitación a recuperar el norte.»

Philosophie Magazine

«Una reflexión estimulante.»

Les Inrockuptibles

«Un acusación punzante, un «Yo acuso» a la escala de la biosfera.»

Le Nouvel Observateur

«Un panfleto afilado como un cristal, un manual del siglo venidero. Bruno Latour arroja luz sobre una situación que parece caótica pero en realidad es extremadamente coherente.»

Libération

«Una obra a la vez importante, sorprendente e inquietante.»

Joseph Confavreux, *Médiapart*

SOBRE EL AUTOR

Bruno Latour (Beaune, Francia, 1947), filósofo, antropólogo, politólogo y sociólogo de la ciencia, ha impartido clases en la London School of Economics y en el Departamento de Historia de la Ciencia de la Universidad de Harvard, y es profesor emérito de la École de Sciences-Po de París. Entre sus obras más destacadas están *Nunca fuimos modernos* (1993) y *Cara a cara con el planeta* (2015). Es sin duda uno de los pensadores franceses con mayor prestigio internacional.

Título original: *Où atterrir?*

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-2199-6
Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Octavo Plublicaties
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

ÍNDICE

Dónde aterrizar
Cita
1. Una hipótesis de política ficción: la explosión de las desigualdades y la negación de la situación climática son el mismo fenómeno
2. Con la salida de Estados Unidos del acuerdo de París sobre el clima sabemos, al fin con claridad, de qué tipo es la guerra que ha sido declarada
3. La cuestión de las migraciones concierne, ahora, a todo el mundo y presenta una nueva y perversa universalidad: verse privado de suelo
4. Hay que evitar la confusión entre mundialización-más y mundialización-menos
5. Las clases dirigentes mundiales han decidido deshacerse poco a poco de todos los lastres de la solidaridad
6. El abandono de un mundo común ocasiona cierto desorden en la confianza que se concede a los hechos
7. La aparición de un tercer polo modifica la orientación clásica de la modernidad, apresada entre los polos de lo Local y lo Global
8. La invención del trumpismo permite identificar un cuarto polo de atracción: el Fuera del Suelo
9. Al identificar el polo de atracción Terrestre se define una nueva orientación geopolítica
10. Por qué los logros de la ecología política no siempre han estado a la altura de los desafíos
11. Por qué la ecología ha tenido tanta dificultad para salir de la oposición Derecha/Izquierda
12. Cómo garantizar el relevo entre luchas sociales y luchas ecológicas
13. La lucha de clases se convierte en lucha de lugares geo-sociales
14. El desvío por la historia de las ciencias permite comprender cómo cierta noción de naturaleza ha inmovilizado algunas posiciones políticas

15. Es necesario «liberar de su hechizo» a la naturaleza, capturada por la visión moderna y la oposición Izquierda/Derecha
16. Un mundo compuesto por objetos no tiene el mismo tipo de resistencia que un mundo compuesto por agentes
17. Las ciencias de la Zona Crítica no tienen las mismas funciones políticas que las demás ciencias naturales
18. La contradicción se acrecienta entre sistema de producción y sistema de generación
19. Volver a la descripción de terrenos de vida: el posible modelo de los cuadernos de quejas
20. Declaración personal del autor sobre el Viejo Continente
Notas
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos